

de la gran literatura

Un pequeño demonio

Fiodor Sologub



CULTURA SEP XI

I

Los feligreses se dirigían a sus casas, oída la misa. En el camino formaban grupos y se detenían a charlar. Todos iban endomingados y cambiaban miradas alegres. Cualquiera hubiera dicho al verlos: “¡En qué buena armonía viven los habitantes de esta ciudad!” Pero se hubiera equivocado al guiarse por las apariencias.

Peredonov, el profesor del colegio, rodeado de sus amigos, decía, colocando, luego de limpiarlas, sus gafas de oro ante sus ojillos inexpresivos:

—La propia princesa Volchansky se lo ha prometido a Varia. Es una cosa segura. “En cuanto se casen ustedes —han sido sus palabras—, pediré para Peredonov la plaza de inspector.”

—Pero ¿cómo vas a casarte con Varvara Dmitrievna? —le preguntó su compañero Falastov, un buen hombre de cara roja—. ¿No es prima tuya?

—¡No es prima, es parienta lejana! —contestó con voz desapacible Peredonov.

—Conque la propia princesa te lo ha prometido, ¿eh? —inquirió otro profesor, Rutilov, currutaco, alto, pálido.

—¡A mí no, a Varia!

—¡Qué cándido eres! —exclamó Rutilov—. Debías ir tú mismo a ver a la princesa.

—¿Voy a hacer un viaje a San Petersburgo para eso?

—Yo, si te he de decir la verdad, no creo que la princesa le haya prometido nada a tu parienta —dijo Rutilov, y se echó a reír, enseñando sus dientes podridos.

Peredonov se quedó mirándole, perplejo.

Los demás amigos se fueron.

—Naturalmente, yo podría hacer una boda más ventajosa —aseveró Peredonov.

—¿Qué duda cabe?... Tú no tienes más que elegir.

Los dos colegas siguieron andando, a través de la ancha plaza polvorienta.

—Pero temo que la princesa, si abandono a Varvara, se enfade.

—Que te dé, por de pronto, la plaza de inspector, y luego Dios dirá.

—Tienes razón —asintió Peredonov, titubeante.

—Dile sin rodeos a Varvara que quieres primero la plaza. Y cuando seas inspector te casas con quien te parezca. Por ejemplo, con una de mis hermanas. Tengo tres, y puedes escoger. Las tres son instruidas, inteligentes... Varvara no vale un comino comparada con cualquiera de ellas.

—¡Mentira!

—¡No te quepa duda! Tu Varvara es una chancla. Además, es tres veces más vieja que la mayor de mis hermanas.

—¡No tanto, no tanto! —replicó negligentemente Peredonov, limpiándose las gafas.

—Como lo oyes, Ardalion Borisovich... No seas tonto; cástate con una de mis hermanas... Cualquiera de ellas te aceptaría como marido.

—¡Ya lo creo! Todas las mujeres de la ciudad se despepitan por mí —repuso

Peredonov con un orgullo melancólico—. Yo quisiera casarme con una mujer carnosita. No me gustan las delgadas.

—Precisamente mis hermanas responden a tus gustos. Y cuando se casen engordarán más.

—Yo me casaría con una; pero temo que Varia arme un escándalo terrible.

—Pues haz una cosa: cástate hoy o mañana, y llévate a casa a tu mujer. Varia tendrá que bajar la cabeza ante los hechos consumados. ¿Quieres que te lo arregle todo para mañana en la noche? ¿Con cuál de mis hermanas prefieres casarte?

—¡Esa canalla de Varia me denunciará! —dijo temeroso, en voz baja, Peredonov—. O tal vez me envenene.

—¡No tengas cuidado! Yo lo arreglaré todo, verás...

—Además —interrumpió, con rudo acento, el indeciso profesor—, yo no quiero casarme sin dote.

Rutilov no manifestó ningún asombro ante el sesgo positivista que su amigo daba de pronto a la conversación.

—Mis hermanas la tienen, tonto... ¿Consientes, pues? En ese caso, corro a arreglarlo todo. Y por ahora, ¡chitón! ¿Estamos?...

Hecha esta advertencia, Rutilov le estrechó la mano a su compañero y se alejó presuroso.

Peredonov, pensando en sus apetitosas hermanas, se sonrió con una sonrisa lasciva. Pero una súbita inquietud turbó sus torpes pensamientos. Aquello sería la ruptura con la princesa, la pérdida de una poderosa protectora. Casándose con Varvara podría ser en breve inspector, y quizás director algún día, mientras que si lo hacía con una hermana de Rutilov, ¡adiós halagüeñas esperanzas!

Y mirando a Rutilov alejarse casi corriendo, se dijo con malévolta complacencia: “¡Si le gusta hacer ejercicio!...”

Luego invadió su alma una ola gris de aburrimiento, y calándose el sombrero casi hasta las cejas se encaminó a su casa, a través de las calles desiertas, en cuyo suelo, sin empedrar, crecía la hierba y gualdeaban diminutas flores.

—¡Buenos días, Ardalion Borisovich! —oyó de pronto—. Entre usted un instante.

Levantó los ojos y vio en un jardín, junto a la verja, a Natalia Verchina, una mujercita delgada, morena, de ojos negros, de cejas negras, vestida de negro.

La mujercita fumaba un cigarrillo y se sonreía de un modo enigmático, como quien sabe algo a lo que no quiere aludir sino con sonrisas.

Peredonov entró tras una corta vacilación; pero a los pocos pasos que dio por la senda arenosa se detuvo indeciso y sacó el reloj.

—¡Es hora de almorzar! —dijo.

Aunque lo llevaba hacía mucho tiempo, le gustaba sacar el reloj a cada instante, para lucir sus gruesas tapas de oro.

Eran las doce menos cuarto. Podía estar allí un ratito. Y siguió a Verchina por la senda, a cuyos dos lados se extendían bancales de fresas y frambuesas.

El jardín amarilleaba ya y los árboles estaban cargados de fruta. A la

derecha se alzaba una casita de madera, pintada de gris, con terraza.

—¿Viene usted de misa? —preguntó Verchina.

—Sí.

—Marta también ha estado. Acaba de volver. Va por usted. Cuando se lo he dicho, se ha puesto colorada y no ha contestado... Vamos al cenador. Allí se está divinamente.

En el cenador, situado en medio del jardín, a la sombra de los álamos, hallábase Marta, muy emperejilada. Vestía un traje claro, que le sentaba bastante mal. Las cortas mangas dejaban ver sus brazos recios y sus codos agudos y rojos. No era fea. Entre sus compatriotas los polacos, muy numerosos en la ciudad, se le consideraba bella.

Estaba haciendo cigarrillos para Verchina. Aunque no amaba a Peredonov, se alegró de que la encontrase tan peripuesta. Verchina quería casarla con él. De una familia numerosa y pobre, la joven vivía, con su hermano, en casa de la viuda desde que ésta enterró a su marido.

Peredonov, con su habitual gesto melancólico, le estrechó la mano y se sentó fuera del alcance de la corriente de aire. Su mirada se detuvo un instante en las coquetonas botas crema de la polaca. “Quieren —pensó el taimado— casarme con ella.” Siempre que una muchacha estaba amable con él pensaba lo mismo. En aquel momento sólo veía las imperfecciones de Marta: sus manos grandes, su piel tosca, sus pecas. Sabía que su padre tenía un empleo modesto en una propiedad rural de las cercanías, que ganaba muy poco y que eran muchas sus obligaciones domésticas.

—¿Un vaso de cerveza? —le preguntó Verchina.

Había sobre la mesa vasos, dos botellas de cerveza, un azucarero, con azúcar en polvo, y una cucharilla.

—Sí, tomaré un vaso —contestó él con voz ronca.

La viuda miró a Marta, que llenó un vaso y se lo alargó a Peredonov, disimulando su turbación con una sonrisa.

—¡Póngase usted azúcar! —invitó la viuda.

—No; no le pongo nunca azúcar a la cerveza.

—Como usted quiera... ¿Sabe usted que Cherepnin está cada día más pesado? Cree que voy a casarme con él...

Las dos mujeres se echaron a reír.

Peredonov conservaba su expresión de indiferencia; los asuntos ajenos nunca le interesaban; no quería a nadie, y, en lo extraño a su propia persona, sólo le preocupaba lo que pudiera haber en ello de ventajoso para él.

—Anoche se coló en el jardín cuando nosotras estábamos cenando, y se puso a espiarnos por la ventana, sentado en un barril de agua que había debajo. Al hacer un movimiento perdió el equilibrio y se cayó dentro del barril. Nos asomamos, asustadas, al oírle zambullirse, y ¡había que ver cómo corría, hecho una sopa, el pobre hombre!

Marta se reía con alegres carcajadas de niña. Peredonov tardó un poco en dejar oír su risa sonora de sochantre; lo que se le decía no obraba en seguida sobre su espíritu, cerrado y torpe.

Verchina fumaba un cigarrillo tras otro; no podía vivir sin tener humo al alcance de las narices.

—¡Pronto seremos vecinos! —notició Peredonov. Verchina le dirigió a

Marta una mirada rápida. La joven se ruborizó, miró tímidamente al profesor y volvió los ojos hacia el jardín.

—¿Se muda usted? —preguntó la viuda—. ¿Por qué?

—Vivo muy lejos del colegio.

En los labios de Verchina se dibujó una sonrisa de incredulidad. ¡Lo que quería el profesor era vivir más cerca de la polaca!

—Pues lleva usted ya mucho tiempo en la casa donde vive ahora...

—Sí, pero me he cansado. Además, el ama es una mala persona.

—¿Sí?

Peredonov se animó un poco.

—Mire usted si será canalla, que nos ha cambiado el papel de las paredes y nos ha puesto uno de un gusto abominable. Falastov se ha indignado al verlo. Todas las visitas se burlan de nosotros...

—¡Qué porquería!

—Pero no le decimos que vamos a mudarnos —añadió en tono confidencial Peredonov—. Tenemos que encontrar antes otro piso.

—¡Desde luego! —aprobó Verchina.

—Si se lo dijéramos nos armaría un escándalo —dijo Peredonov, pintado el espanto en los ojos—. Además, no quiero pagarle el último mes.

—¡Pero se lo reclamará a usted!

—Y yo no se lo pagaré. Con tanto más motivo cuanto que hemos pasado muchas semanas en San Petersburgo.

—Ella dirá que el piso, durante todas esas semanas, ha seguido siendo de usted...

—No importa. No le pagaré. ¡Es una mujer insolente, pendenciera!

—En eso... me parece que no le va a la zaga su prima de usted. También le gusta armar escándalos.

El profesor frunció las cejas y no contestó. Sacó del bolsillo un caramelo, lo deslió y se lo metió en la boca. “¿Debo —pensó— darles caramelos a ellas? ¡Bah!, es igual... ¿O quedará mejor si les doy...? No vayan a creerse que soy un roñoso... Tengo muchos, llevo el bolsillo lleno. ..”

Sacó un puñado y se lo alargó primero a Verchina y luego a Marta.

—¡Tomen ustedes! —les decía—. Son excelentes. Me cuestan treinta copecs la libra.

Cada una cogió un caramelo.

—¡Tomen más! Llevo muchos y son muy buenos; yo nunca compro cosas malas.

Las damas no querían coger más caramelos; pero Peredonov puso sobre la mesa, delante de Marta, los que le quedaban en la mano. La joven se sonrió y le dio las gracias con una inclinación de cabeza.

—¡Qué mal educada! —pensó Peredonov—. Ni siquiera sabe dar las gracias como es debido.

No sabía de qué hablar con ella. Le era indiferente, como todas las cosas no relacionadas con su propio interés.

Cuando las dos botellas de cerveza estuvieron vacías, Verchina le dirigió a Marta una mirada significativa.

—Voy por cerveza —dijo la polaca, que había entendido, como siempre, lo que quería decirle con los ojos la viuda.

—Que vaya su hermano de usted. Está ahí, en el jardín.

—¡Vladislav! —gritó Marta.

—¿Qué quieres? —contestó el muchacho, tan a punto como si estuviera en la puerta escuchando.

—¡Sube de la bodega dos botellas de cerveza!

Momentos después, el muchacho le entregó a su hermana, por la ventana, las dos botellas. Al ver a Peredonov le saludó.

—¡Buenos días! —le contestó el profesor—. ¿Cuántas botellas de cerveza se ha bebido usted hoy?

El muchacho repuso, con cara de pocos amigos:

—Yo no bebo cerveza.

Marta le habló en voz baja, y los dos se rieron. Peredonov los miró con desconfianza. Cuando las gentes se reían en su presencia y él ignoraba el motivo de su hilaridad, recelaba siempre que se burlaban de él.

—¿De qué se ríen ustedes? —preguntó desapaciblemente,

Marta se estremeció y se volvió hacia él, sin saber qué contestar. Su hermano, muy colorado, se sonreía de un modo tímido.

—¡No es cortés el reírse en presencia de personas extrañas! —les reprochó Peredonov—. ¿Se ríen ustedes de mí?

—Perdone usted —contestó Marta, no menos colorada que el muchacho—. No nos reímos de usted... Hablamos de tonterías nuestras...

—¿Secretos?... No es cortés, señorita, el secretar en sociedad.

—Le aseguro a usted que no secreteamos. Mi hermano está descalzo y no se atreve a entrar. Eso es todo.

El profesor se apaciguó, y hasta le dio un caramelo al muchacho.

—Marta, tráigame usted mi mantilla negra. Y dese una vuelta por la cocina no vaya a quemarse el pastel —dijo Verchina.

La muchacha salió. No se le ocultaba que la viuda quería hablar a solas con Peredonov.

El muchacho se alejó del cenador.

Verchina miró, a través del humo de su cigarrillo, al profesor, que, con los ojos fijos en el azucarero, chupaba en silencio el caramelo. El vidrioso sujeto se congratulaba de que Marta y su hermano se hubieran retirado; pues, aunque sabía que no era de él de quien se reían, les guardaba rencor.

—¿Por qué no se casa usted? —le preguntó de pronto la viuda—. ¿Qué espera usted, Ardalion Borisovich?... ¡Varvara no es digna de usted, se lo digo francamente!

Peredonov se acarició los cabellos castaños y contestó con gravedad:

—¡Aquí no hay ninguna mujer digna de ser mi esposa!

—¡No diga usted eso! Hay muchachas muy superiores a Varvara.

La viuda sacudió la ceniza de su cigarrillo y prosiguió:

—Usted podría encontrar una mujer excelente, claro es que aviniéndose, desde luego, a que no tuviera dinero. Lo que no le sería ningún sacrificio, ganando lo que gana.

—Diga usted lo que quiera, lo más ventajoso para mí es casarme con Varvara. La princesa le ha prometido su protección. Me dará una plaza de inspector.

Verchina le escuchaba con una sonrisa de duda.

—¿Se lo ha prometido a usted mismo? —inquirió.

—A mí no, a Varvara. Pero es igual.

—¡Es usted demasiado crédulo, amigo mío!... ¿Cuántos años le lleva a usted Varvara?... Lo menos quince, ¿verdad? Debe de tener cerca de cincuenta.

—¡Si no ha cumplido aún los treinta, señora!

—¿De veras? —dijo Verchina en tono irónico—. Pues parece mucho mayor que usted... Claro es que yo no debo meterme en lo que no me importa; pero le compadezco a usted de todo corazón: un hombre joven, no mal parecido, inteligente y simpático como usted, es, en verdad, digno de mejor suerte.

Peredonov se contoneó.

—Usted no necesita protección —continuó la viuda—. Sin que la princesa le ayude puede usted hacer una bonita carrera, y no comprendo por qué no rompe usted con Varvara. Una hermana de Rutilov tampoco le conviene a usted. Son muchachas poco serias, y usted necesita una mujer... como Marta, por ejemplo.. .

Peredonov sacó el reloj.

—¡Qué tarde es! —exclamó, levantándose.

Verchina pensó: “He sabido tocarle en lo vivo al proponerle que se case con Marta, y no se decide a hablar del asunto así de pronto...”

II

Varvara Dmitrievna Malochina, la amante de Peredonov, le esperaba vestida con harta descuido, pero muy empolvada.

Había preparado para el almuerzo unas empanadillas muy del agrado del profesor, y corría a cada momento a la cocina, temiendo que la cocinera, la gruesa Natalia, se comiese alguna. En su rostro, que conservaba aún como el eco de una pretérita belleza, se pintaban la sordidez y el mal humor.

Peredonov, como siempre que llegaba a casa, sintió su espíritu invadido por el fastidio y el enojo. Entró en el comedor, tiró el sombrero sobre el antepecho de la ventana, se sentó a la mesa y gritó:

—¡Varia, la comida!

Varia, según acostumbraba, le sirvió la comida ella misma.

Cuando le llevó el café, el profesor acercó la nariz a la taza e hizo una mueca de repugnancia. Varvara, asustada, le preguntó:

—¿Huele mal el café, Ardalion Borisovich?

Peredonov le dirigió una mirada sombría y repuso:

—Quiero cerciorarme de que no le has echado veneno.

—¡Qué disparate, Ardalion Borisovich! ¿Cómo se te ocurren esas cosas?

El profesor siguió olfateando la taza. Al cabo, se tranquilizó y dijo:

—Si hubieras echado veneno se notaría. El veneno exhala un olor característico.

Tras una corta pausa añadió:

—Puedes escribirle a la princesa que no me casaré contigo mientras no me dé la plaza de inspector.

—¡Ardalion Borisovich, sé razonable! La princesa es mujer de palabra y me ha prometido solemnemente que tendrás la plaza en cuanto se celebre nuestra boda. Mientras vivamos juntos sin estar casados, me ha hecho saber que no podrá intervenir en tu favor.

—Pues escríbele que nos hemos casado ya, y todo está arreglado. ¿Qué te parece la idea?

—Muy mal. La princesa podría enterarse de que la habíamos engañado. Lo mejor es que fijas el día de la boda. Tendré que encargarme del traje.

—¿Qué traje?

—¿Voy a casarme hecha una puerca? Es preciso que me des dinero...

—¿Dinero? ¡Espérate sentada!

El profesor sintió de pronto un maligno deseo de hacer rabiar a su amante.

—¿Sabes —le dijo— dónde he estado hoy?

—¿Dónde? —preguntó ella muy inquieta.

—¡En casa de Verchina! —contestó riéndose Peredonov.

—¡Podías tener amistades más interesantes! —gritó Varia llena de ira.

—Y he visto a Marta.

—¡Vaya una beldad! Una boca de espuerta, la cara pecosa...

—¡Es mucho más guapa que tú!... No tendría nada de extraño que me casase con ella.

—¡Hazlo, si eres hombre! —vociferó, roja de cólera, la manceba—. ¡Verás cómo le pongo los ojos de vitriolo!

—No me asustan tus amenazas. Cuando las oigo me dan ganas de escupirte...

—¡Atrévete, cochino!

—¡No me he de atrever!

Y con gesto indiferente, sombrío, el profesor le escupió a su amante en plena faz.

—¡Marrano! —dijo ella, muy tranquila, limpiándose con la servilleta.

Peredonov calló. Desde hacía algún tiempo trataba a Varvara con más brutalidad.

—¡Marrano, marrano!

—¡Chitón, que viene gente!

—¡Ah, es Pavluchka! —exclamó Varvara, sonriendo.

Lanzando alegres carcajadas entró Pavel Vasilevich Volodin, un joven asombrosamente parecido a un carnero, de cabello lanudo, de ojos redondos e inexpresivos... Era maestro de carpintería en la Escuela de Artes y Oficios.

—¡Ardalion Borisovich, mi querido amigo! —gritó—. ¡Heme aquí!

—¡Siéntate y come! —le invitó Peredonov, a quien regocijaba aquella visita—. ¿No sabes que pronto seré inspector? La princesa se lo ha prometido a Varia.

El otro prorrumpió en una sonora risotada.

—¡Se le saluda, excelentísimo señor inspector! —gritó, dando palmadas en el hombro de su amigo.

—¿Crees que es fácil ser inspector?... ¡Una simple denuncia y cádate sin plaza!

—Pero ¿qué denuncia puedes tú temer?

—¡Qué sé yo!... ¡Figúrate que alguien me acusa de que leo libros prohibidos!

—¡Líbrete Dios de leerlos!

¡Ni por el forro los conozco, puedes estar seguro! —replicó el profesor, dirigiéndole a su visitante una mirada recelosa, y añadió—: ¿Quieres una copita de vodka?

—¡Con mucho gusto, en tan buena compañía! —contestó el joven carneril, inclinando la cabeza como si fuese a topar a alguien.

Peredonov siempre se hallaba dispuesto a echar un trago.

Ambos bebieron.

De pronto, Peredonov lanzó a la pared el café que quedaba en su taza. Volodin le miró asombrado. El papel de la pared estaba lleno de manchas y de desgarrones.

El profesor y su amante, al ver el asombro del joven, se echaron a reír.

—Es para vengarnos de la propietaria de la finca —explicó Varvara—. Pensamos mudarnos muy pronto. Pero no se lo diga usted a nadie.

—¡Magnífico, soberbio! —exclamó Volodin, regocijadísimo.

Peredonov se acercó a la pared y empezó a dar patadas en ella. Volodin le imitó.

—Todos los días, después de comer —dijo el profesor—, nos distraemos un rato en estropear este indecoroso papel, para dejarle un recuerdo a la sinvergüenza del ama.

Y los tres estuvieron pateando, escupiendo y desgarrando, hasta que se cansaron, el papel en mal hora escogido por la propietaria para ornato del comedor.

Luego, Peredonov cogió un gato que ronroneaba en torno de la mesa —un gato blanco, grande y feo— y se puso a tirarle del rabo.

—Sóplale en los ojos —le aconsejó, muy excitado, Volodin—. Verás qué bufidos da...

El gato esforzábese en desasirse, maullaba, bufaba. Por fin, Peredonov lo soltó.

No tardó en llegar otra visita, Sofía Efimovna Prepolovenskaya, una mujer gruesa, de rostro maligno, casada con el inspector forestal. Apenas hubo tomado asiento se encaró con Volodin y le dijo:

—¡Veo que viene usted mucho a casa de Varvara Dmitrievna!

—¡Vengo a casa de Ardalion Borisovich! —replicó con dignidad el joven.

—¿De quién está usted enamorado ahora?

Era público en la ciudad que Volodin buscaba una novia con dote y que se pasaba la vida haciendo declaraciones amorosas y recibiendo calabazas.

—Eso es una cosa —contestó, ofendido— que a nadie le importa, señora mía.

—Tenga usted cuidado —insistió Prepolovenskaya—. Si Varvara Dmitrievna se enamora de usted, el señor Peredonov se quedará huérfano.

La maligna señora acariciaba el proyecto de casar a Peredonov con su hermana, y hacía todo lo posible por provocar la ruptura entre Varvara y el profesor.

Peredonov escuchaba las reticencias de Prepolovenskaya, y una sospecha horrible se insinuaba en su corazón. ¿Existiría acaso una intriga amorosa entre

su amigo y su manceba, y habrían concebido ambos el diabólico plan de envenenarlo?

En aquel momento se oyeron gritos en el recibimiento. Peredonov y Varvara se levantaron asustados. Él clavó en la puerta una mirada de terror. Ella avanzó de puntillas y la entreabrió sin ruido, apresurándose a cerrarla de nuevo. Los gritos aumentaban.

—¡Es Yerchija, la propietaria de la finca! —murmuró—. Viene completamente borracha. Quiere entrar aquí y Natalia no la deja.

—¡Hay que esconderse! —dijo Peredonov.

Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Yerchija irrumpió como una tromba en la habitación, y por todo saludo soltó unos cuantos juramentos.

Peredonov y Varvara trataron de calmarla. Varvara llevó su amabilidad hasta el extremo de ofrecerle una empanadilla; pero ella rechazó el obsequio, cada instante más furiosa.

—¡Vaya unos inquilinos! —gritaba—. Yo soy mujer casada y tú...

De pronto se fijó en las manchas y los desgarrones del papel de la pared y silbó de un modo significativo.

—¡Ahora lo comprendo! Van ustedes a mudarse, ¿eh?

—¿Quién le ha dicho a usted eso? —protestó Varvara—. ¡Ni por pienso, señora!

—¿Para qué íbamos a mudarnos —apoyó Peredonov—, encontrándonos tan bien aquí?

El ama no los escuchaba y agitaba los puños ante las narices de Varvara. Peredonov se había parapetado detrás de su amante. Sentía violentos impulsos de echar a correr; pero le retenía en el comedor una invencible curiosidad de comadre amiga de escándalos.

—¡Te voy a romper las muelas! —gritaba Yerchija.

—No escandalice usted, señora —le rogaba Varvara—. Tenemos visita.

—¿Y a mí qué me importa?

Volviéndose hacia Prepolovenskaya, el ama depuso de pronto su actitud belicosa y la saludó muy humilde.

—¡Querida señora, perdóneme! Me permito decirle que no debía usted tener amistad con esta gentuza. ¡Si supiera usted qué cosas cuenta Varvara de su hermana de usted! ¡Y a quién! ¡A mí, a una mujer mal educada y casi siempre borracha!

Varvara, colorada como un tomate, gritó:

—¡Yo no te he contado nada!

—¡Cómo! ¿Te atreves a desmentirme? —vociferó Yerchija, amenazándola con los puños.

—¡Calla, calla! —suplicó Varvara, confusa.

—¡Qué me he de callar!

Y el ama se volvió de nuevo hacia Prepolovenskaya, y añadió:

—¿Sabe usted lo que me ha dicho esta sinvergüenza? ¡Qué su hermana de usted es la querida de su marido!

Prepolovenskaya se levantó, indignada, y dirigiéndole a Varvara una mirada furibunda, profirió:

—¡Gracias! ¡No esperaba yo eso de usted!

—¡Y si usted supiera lo que dice de usted —continuó el ama— el propio

señor Peredonov! ¡Asegura que, antes de casarse, era usted punto menos que una prostituta! ¡Ya ve usted qué gente! ¡Escúpales usted en la cara, que bien se lo merecen!

Prepolovenskaya se dirigió a la puerta, con aire de reina ofendida. Peredonov le impidió salir.

—¡No le crea usted, es una embustera! Lo único que he dicho una vez delante de ella es que es usted tonta. Todo lo demás lo ha inventado.

Varvara también se esforzó en apaciguar a la dama.

—¡No le haga usted caso! Bien sabe usted que es una imbécil.

La otra se dejó convencer. Al menos, aparentemente, se calmó.

—¡No valen la pena de tomarse en serio las palabras de una borracha! — dijo.

En compañía de Varvara salió al jardín.

—¡Tiene usted ortigas! —exclamó, deteniéndose ante unas matas que crecían junto a la pared—. Déme usted unas pocas.

—¡Con mucho gusto! Pero ¿para qué las quiere usted?

—¡Es un secreto!

—¡Dígamelo, querida! —suplicó Varvara. Entonces la otra le susurró casi al oído:

—Frotándose el cuerpo con ortigas no se adelgaza. Mi hermana lo hace todas las noches, y a eso le debe sus buenas carnes.

Varvara hubiera dado cualquier cosa por engordar; a Peredonov no le gustaban las mujeres delgadas, y ella se devanaba los sesos buscando un remedio para su delgadez. ¡Ya lo había encontrado! Se frotaría el cuerpo con ortigas.

Tal fue la diabólica venganza de Prepolovenskaya.

III

La propietaria de la finca se marchó por fin, después de proferir una larga serie de juramentos y amenazas. Varvara y Prepolovenskaya tornaron al comedor.

—¿Quieren ustedes que hagamos los funerales de esa tía cochina, como si hubiese fallecido? —propuso Volodin.

La humorística idea fue acogida con entusiasmo.

—¡Traigan una almohada! —gritó el carneril individuo.

Varvara llevó de la alcoba una almohada muy sucia, que Volodin colocó en el suelo.

—¡Figurémonos que esta almohada es Yerchija, y cantemos las preces fúnebres ante el supuesto cadáver!

Los cuatro empezaron a cantar a grito pelado, produciendo una algarabía infernal. Luego, pusiéronse a bailar una especie de *cancán* en torno de la almohada, haciendo guiños, sacando la lengua...

Terminado el baile, Peredonov, en un estado de violenta nerviosidad que tenía algo de frenesí, sacó la cartera, extrajo de ella unos cuantos billetes de

banco de poco valor y, con un gesto de desdén, se los tiró a Varvara a la cara, gritándole:

—¡Toma! ¡Para tu traje de boda!

Los billetes se dispersaron por el suelo y Varvara se agachó y fue cogiéndolos, nada ofendida por la forma poco correcta de la dádiva.

“¡Ya veremos si te casas, amiga!” —pensó Prepolovenskaya, en cuyos labios se dibujó una sonrisa pérfida.

Momentos después se despidió. En el vestíbulo se encontró con una nueva visita. Gruchina.

María Osipovna Gruchina era una viuda joven. Delgada, prematuramente envejecida, su rostro era simpático, pero demacrado y rugoso. Diríase, al ver sus dientes negros y uñas sucias, que nunca se lavaba. “Si se le dan unos manotazos —se pensaba, mirando su ropa— se levanta una nube de polvo.”

Vivía de una pequeña pensión, a la que añadía algunos ingresos interviniendo como comisionista en negocios de poca monta y haciendo algunos préstamos, por los que cobraba crecidos intereses. Placíanle las conversaciones escabrosas, y frecuentaba el trato de los hombres, en la esperanza de volver a casarse. Siempre le tenía alquilada una habitación en su casa a algún hombre soltero, empleado público las más de las veces.

Varvara la recibió con alegría; tenía que arreglar un asunto con ella.

—¡Estoy hasta la coronilla —le dijo— de esta endemoniada Natalia! Necesito buscar en seguida otra criada.

—Si quieres —le propuso Gruchina —vamos ahora mismo a buscarla.

—Sí. Y de paso me compraré la tela para el traje de boda. Ardalion Borisovich me ha dado ya el dinero.

Le gustaba a Varvara, cuando iba de compras, que la acompañase Gruchina. La viuda le ayudaba a escoger y regatear.

Procurando que Peredonov no la viese, le llenó a su amiga los bolsillos de empanadillas y bizcochos para los nenes. “Ésta me necesita —se dijo la viuda—. Veremos lo que quiere de mí.”

Tomaron un coche de punto. Aunque no había grandes distancias en la ciudad, Varvara, que se cansaba mucho a causa de sus botas estrechas y sus altos tacones, no era amiga de andar a pie. Desde hacía algún tiempo sólo solía visitar a Gruchina, y los cocheros —que ascendían en toda la ciudad a veinte— ni siquiera le preguntaban ya adónde habían de llevarla.

Apenas el coche estuvo en marcha, Varvara empezó a desahogar su corazón atribulado.

—Ardalion Borisovich ha estado esta mañana en casa de esa sinvergüenza de Marta.

—¡Le quieren pescar! —comentó Gruchina—. ¡Marta no piensa en otra cosa!

—¡No sé qué hacer! Cada día está más grosero... A lo mejor se casa con otra y me deja plantada...

—¡No, querida! No tema usted que haga tal cosa. Los hombres se acostumbran a vivir con una mujer...

—Cuando sale de noche y tarda no puedo dormirme, temiendo que se haya casado. Todas quieren casarse con él: Marta, esas imbéciles hermanas de

Rutilov y tantas otras...

Claudina, la criada recomendada por Gruchina, fue del gusto de Varvara, y se convino en que aquel mismo día entrase a su servicio.

Arreglado este asunto, las dos amigas dirigieronse a casa de Gruchina. La viuda vivía en casa propia. Advertíase en su morada no menos descuido y suciedad que en su persona. Tenía tres chiquillos, tontos y antipáticos, que a toda hora estaban hechos unos puercos.

Varvara, por fin, entró en materia.

—Ardalion quiere que yo vuelva a escribirle a la princesa Volchansky. Pero no me atrevo a molestarla. Puede que ni me contestase.

La princesa Volchansky, en cuya casa había trabajado Varvara durante muchos años como costurera, tenía una hija casada con un alto empleado del ministerio de instrucción pública, y podía conseguir una plaza de inspector para Peredonov. Le había escrito hacía tiempo a Varvara diciéndole que estaba dispuesta a pedirle a su yerno ese favor, pero a condición de que antes el profesor y ella regularizasen su situación. Ahora Peredonov estaba empeñado en que su amante le escribiese a la noble dama recordándole su promesa.

—¡Usted podría ayudarme, querida!

—Con mucho gusto; pero ¿cómo? Bien sabe usted que en lo que pueda serle útil...

—Se trata de una cosa muy sencilla: de que escriba usted una carta imitando la letra de la princesa para que yo se la enseñe a Ardalion Borisovich.

—¡Dios mío! ¿Qué me propone usted? —exclamó Gruchina, fingiéndose muy alarmada—. ¡Eso es una falsificación!

Varvara sacó del bolsillo una carta.

—Aquí tiene usted la carta de la princesa. No le será difícil imitar la letra.

Gruchina se resistía. A Varvara no se le ocultaba que acabaría por consentir y que lo que quería era hacerse pagar el servicio lo mejor posible. Le prometió, entre otros regalos, una bata de seda en buen uso. Por fin la viuda comprendió que no se le daría ni una hilacha más, y accedió.

IV

La sala de billar del club estaba llena de humo. Peredonov, Rutilov, Volodin, Falastov y Murin —un propietario rural, altísimo con cara de bruto— habían terminado la partida y se disponían a marcharse.

Había sobre la mesa numerosas botellas vacías. Los jugadores habían empujado el codo de lo lindo. Muy colorados todos —menos Rutilov, que conservaba su enfermiza palidez—, cambiaban palabras groseras.

Como casi siempre, Peredonov había perdido; era un mal jugador. Cuando, con gesto nada alegre, estaba pagando, Murin se echó un taco a la cara, a modo de escopeta, le apuntó y gritó:

—¡Fuego!

Peredonov lanzó un grito de terror y estuvo a punto de desmayarse.

Había pensado, estúpidamente, que Murin atentaba en serio contra su vida. Todos soltaron la carcajada.

—¡Detesto esa clase de bromas! —gritó, airado, Ardalion Borisovich.

Murin sentía haberle asustado; su hijo estudiaba en el colegio, y el espantadizo profesor podía tomar una venganza académica. Le pidió perdón y le sirvió un vaso de vino con agua de seltz.

—Soy un manojito de nervios —explicó Peredonov.

—¡Tu Varvara no te cuida! —dijo Rutilov.

—¡Yo a Varvara me la paso por debajo del sobaco! Me casaré con otra y la pondré a ella de patitas en la calle.

—¡No tienes redaños para eso!

—¡A que me caso mañana mismo!

—Me apuesto diez rublos —dijo Falastov—. ¿Aceptas?

Pero Peredonov, temeroso de perder los diez rublos, no aceptó.

Al salir del club, los contertulios se separaron. Peredonov y Rutilov se quedaron solos. Rutilov empezó a hacerle consideraciones a su compañero sobre la conveniencia de que se casase en seguida con una de sus hermanas.

—¡No tengas miedo, todo está arreglado!

Peredonov no veía, ni mucho menos, la cosa tan sencilla; pero el otro rechazaba sus argumentos.

—Espérame un poco en la esquina —le dijo—, y te llevaré a la que quieras de mis hermanas. ¡Vamos, no vaciles! Te voy a probar en seguida que debes casarte con una de ellas. Dos y dos son cuatro, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—Bueno; pues como dos y dos son cuatro, debes hacer tu esposa a una de mis hermanas.

Peredonov estaba estupefacto. “¡Tiene razón! —se dijo—. ¿Qué se le va a hacer? Tendré que casarme.”

En aquel momento llegaban a la esquina de casa de Rutilov.

—¡Pero convendría prevenirlas! —objetó Peredonov, tratando de darle, en lo posible, largas al asunto.

—Están ya prevenidas y te esperan impacientes.

—Sí, pero...

—¡Vamos, decidete! ¡Figúrate la cara de Varvara cuando te vea llegar con tu esposa!

—¡Son tan orgullosas tus hermanas!...

—Bueno; eso no es un defecto.

—¡Y tan burlonas!...

—Mientras no se burlen de ti...

—¡Yo qué sé si se burlan!

—¡Pero yo sí lo sé! Te respetan mucho.

—Que lo prueben.

—¡Tiene gracia! ¿Cómo van a probarlo?

—Que salgan las tres y que cada una me diga lo que hará para que yo sea feliz, si me caso con ella.

—¡Vaya un capricho!

—Así veré que quieren, en efecto, casarse conmigo y que no se trata de una burla...

Rutilov reflexionó un poco.

—Bueno —dijo—; espérame. ¡Tiene gracia tu exigencia! Voy a hablarles. Pero entra en el patio para que no te vean parado delante de la casa.

Peredonov obedeció. El otro entró en su domicilio.

En el salón, cuyas ventanas daban al patio, se hallaban las cuatro hermanas del pálido profesor: Larisa, ya casada, serena, suave, bella; Daria, viva y parlera, alta y delgada; Ludmila, el regocijo personificado, y Valeria, exigua, delicada, monísima. Un poco nerviosas, en espera, a todas luces, de algo, comían nueces y pasas.

Desde por la mañana, las tres solteras estaban dispuestas a correr al templo a casarse; sólo les faltaba ponerse las galas de novia, que tenían a punto.

—¡Ya lo he traído! —dijo Rutilov, entrando—. Está ahí, en el patio.

Las cuatro hermanas se levantaron como movidas por un resorte y empezaron a comentar animadamente la noticia con donaires y risas.

—Pero ocurre una cosa... —añadió Rutilov.

—¿Qué? ¡Acaba!

—No sé cómo decíroslo...

Al cabo, Rutilov les contó a sus hermanas lo que exigía Peredonov. Las tres doncellas se indignaron y pusieron al exigente profesor de vuelta y media. Pero poco a poco su ira fue aplacándose, y no tardaron las cuchufletas en sustituir a las exclamaciones coléricas y a los duros calificativos.

—¡Habrà que ver con qué cara más seria estará esperando nuestra resolución! —dijo Daría, remedando de un modo muy cómico la sombría seriedad de Peredonov.

Luego abrió la ventana y gritó:

—¡Ardalion Borisovich, podemos decirle desde aquí lo que usted quiere, sin necesidad de bajar al patio!

—¡No! ¡Tienen que bajar! —contestó el amante de Varvara.

Darìa cerró la ventana. Las cuatro hermanas prorrumpieron en carcajadas; aquella familia pasaba con la mayor facilidad de la tristeza a la alegría más desbordante.

Peredonov siguió aguardando. Tenía miedo, no sabía de qué. De buena gana hubiera huido, pero no se atrevía.

Sonaba a lo lejos un piano.

Los sonos vagos de la música, en el silencio de la noche, ponían en el alma una languidez melancólica y convidaban a soñar.

Los sueños de Peredonov eran de carácter erótico. Se imaginaba a las hermanas de su compañero en las posturas más voluptuosas, y se relamía de gusto. Pero la larga espera acabó por aburrirle y enojarle. Al aburrimiento y el enojo no tardó en unirse el temor de que en aquella soledad, propicia al delito, le robasen y hasta le asesinasen. Por fin oyó ruido de puertas que se abrían y de pasos que se acercaban. “Ahí están”, pensó con alegría, lleno de carnal ansiedad.

Rutilov, que bajaba delante, se asomó a la puerta de la calle, se cercioró de que no había moros en la costa y les dijo a sus hermanas, detenidas en uno de los últimos tramos de la escalera:

—Podéis bajar.

Y añadió, encarándose con Peredonov:

—¡Ahí las tienes! No dirás que no acatan tus exigencias.

La primera que apareció en el patio fue Daría.

—Bueno —preguntó—; ¿qué quiere usted que yo haga para tenerle contento?

Peredonov guardó un sombrío y huraño silencio.

—Le haré a usted unos pastelillos tan ricos que se chupará los dedos. Pero no le dejaré atracarse, para que no se me ponga malo.

—Yo —dijo Ludmila—, visitaré todas las mañanas a las comadres más chismosas de la ciudad y le contaré a usted luego sus chismes, lo que espero que le divertirá muchísimo.

—Yo —dijo Valeria, con su vocecilla infantil—, no quiero decirle lo que haré. Estoy segura de que será muy de su agrado. ¡Adivínelo usted!

Y las tres hermanas echaron a correr, riéndose.

—Bueno —preguntó Rutilov—; ¿por cuál te decides?

Peredonov lo pensó un poco. “Lo mejor —se dijo— será casarme con la más joven.”

—¡Opto por Valeria! —contestó con tono resuelto.

Rutilov subió al salón.

—Ha elegido a Valeria —les respondió a las cuatro hermanas, que le interrogaban con los ojos—. Está esperando.

Larisa, Daría y Ludmila empezaron a hablar y a reír todas a un tiempo. Valeria se puso un poco pálida.

—¿Creéis que es para mí un plato de gusto? —dijo, sonriendo tristemente.

Al engalanarse, ayudada por sus hermanas, las manos le temblaban. Sus hermanas, un tanto celosas, dábanle mil enhorabuenas.

—¿Has preparado coches? —le preguntó Daría a su hermano.

—¡Sería una locura ir en coche! Llamáramos la atención de toda la ciudad y Varvara se enteraría y nos armaría un escándalo formidable. Iremos a la iglesia a pie, de dos en dos.

—Será lo más prudente.

Valeria, de pronto, se echó a llorar.

—¿Creéis que es para mí un plato de gusto? —repetía, sollozando.

Sus hermanas trataban de calmarla, acariciándola y besándola.

—¡Harás lo que quieras de él! —le decía Larisa para consolarla.

Poco a poco fue tranquilizándose.

Peredonov, cuando se quedó solo, se entregó a deliciosas imaginaciones. Figurábase a la gentil y fina Valeria en la alcoba nupcial, desnuda, ruborosa, trémulo de terror virgíneo el cuerpecillo blanco y frágil. Pero de pronto recordó que era coqueta, caprichosa, y pensó que le haría gastar mucho dinero en vestidos y perifollos. ¡Adiós economías!

Una súbita angustia invadió el corazón del caviloso profesor. Valeria, más atenta al adorno de su persona que a los cuidados del hogar, no se preocuparía de la cocina, y Varvara podría sobornar a la cocinera y vengarse haciéndola echar veneno en la comida. Además, como estaba demasiado mimada, la linda muchacha no se dejaría maltratar. Cuando él le pegase o le escupiera en la cara, empezaría a llorar, le armaría escándalos. No, no, aquello sería una esclavitud insoportable... Más valía casarse con Ludmila. Ludmila era más

sencilla, menos exigente.

Peredonov dio unos golpecitos con el bastón en la ventana.

—¿Qué quieres? —preguntó Rutilov, asomándose.

—He mudado de parecer. Prefiero a Ludmila.

Rutilov cerró la ventana, indignado.

—¡Qué canalla! —díjoles, con voz temblorosa de ira, a sus hermanas—. Ya no quiere a Valeria, quiere a Ludmila.

Valeria se puso contentísima.

Ludmila se dejó caer en un sillón, riéndose como una loca.

—¿Aceptas? —le preguntó su hermano.

La nueva elegida, sin dejar de reírse, contestó afirmativamente.

Rutilov tornó a abrir la ventana y le anunció a Peredonov.

—Ludmila está vistiéndose; pronto estará dispuesta.

—¡Que se dé prisa! —gritó el otro con impaciencia—. ¡No vamos a acabar nunca!

Y se puso a pensar en Ludmila. Era alegre, gordita, apetitosa. Si no se riera tanto... Se reiría también de él... Tal perspectiva le inquietó. Prefería a Daria, linda también y más formal.

Y volvió a dar unos golpecitos con el bastón en la ventana.

—¿Qué quieres? —preguntó, asomándose, su compañero—. ¿Has cambiado otra vez de parecer?

En su voz se advertían el enojo y la angustia.

—¡Prefiero a Daria!

—¡Dios santo!

Cuando Rutilov desapareció, Peredonov, pensando en Daria, se acobardó de nuevo. Daria era demasiado viva. Le fatigaría. Además, ninguna de las tres hermanas tenía dinero ni relaciones. Varvara le escribiría a la princesa quejándose de su traición, lo que podría perjudicarle en su carrera, con tanto más motivo cuanto que el director del colegio no le quería bien.

No, lo mejor era marcharse. Seguir allí era peligroso; quizá alguien estuviera acechándole, dispuesto a caer sobre él de un momento a otro y a robarle. Por añadidura, hacía frío y él se acatarraba con facilidad...

Se acercó a la ventana y llamó.

—¡No quiero casarme hoy! —le dijo a Rutilov, cuando le vio asomarse.

—¡Pero si está todo preparado!, Ardalion Borisovich.

—¡No, no me caso hoy! Vámonos a casa, a jugar a las cartas...

V

Cuando Peredonov, acompañado de Rutilov —que no perdía la esperanza de hacerle su cuñado—, llegó a su casa, encontró, sentados ya a la mesa, a Gruchina, a Volodin, a la señora Prepolovenskaya y al marido de ésta, un hombre de unos cuarenta años, alto, pálido, de pelo negro, extremadamente parco en palabras.

Varvara se había engalanado, para hacer los honores, con un traje blanco muy alegre. Peredonov la halló harto inquieta, a causa de su larga ausencia.

Volodin había aumentado la inquietud de la escamada amante, diciéndole que su Ardalion se había quedado, en compañía de Rutilov, a la puerta del club.

Cuando los dos amigos entraron en el comedor, los convidados acogieron con cuchufletas.

—¡Varvara, danos vodka! —gritó Peredonov.

Servido el vodka, dijo:

—¡Bebamos!

Y los invitados bebieron.

Sin vodka y sin cartas, Peredonov no hubiera sabido cómo divertirlos.

Varvara había cogido el cuchillo y se distraía en hacer con el extremo de la hoja rayas en el mantel. Peredonov sintió, de pronto, el temor de que se lanzase sobre él y le degollase.

—¡Varvara! —gritó—. ¡Deja el cuchillo!

Reinó un silencio embarazoso. Gruchina, para romperlo, empezó a contar historias picantes. Entre otras cosas, refirió cómo engañaba a su difunto marido, que era muy celoso.

—¿Querrán ustedes creer —dijo Varvara— que Natalia, la criada que despedimos hace unos días, está ahora en casa del coronel de gendarmes?

Peredonov se estremeció y el terror se pintó en su rostro.

—¡Mentira! —exclamó.

—¡Te lo juro!

Gruchina confirmó la noticia.

El anfitrión estaba fuera de sí. ¡Natalia podía calumniarle ante el coronel de gendarmes, el cual, a su vez, podía denunciarle al gobierno!

Miró con inquietud al estante de libros, donde había algunos poco gratos a los ojos de la policía. Él no los había leído; hacía mucho tiempo que no leía nada, ni prohibido ni sin prohibir. No recibía ningún periódico, y se enteraba de las noticias políticas por las conversaciones de sus compañeros. Salvo sus asuntos personales, todo le tenía en el mundo completamente sin cuidado. Las suscripciones a periódicos y revistas parecíanle gastos inútiles.

Se acercó al estante.

—¿Quieres ayudarme? —le dijo a Volodin.

Y fue entregándole los libros que se le antojaban peligrosos. Después, ambos amigos, cargados de volúmenes, pasaron al salón.

El profesor se sentó ante la chimenea apagada y procedió a la ocultación de todo aquel papel impreso. Uno por uno iba escondiendo en la chimenea los volúmenes, con un gesto de espanto. Volodin se los iba dando, muy serio, muy grave, como un hombre que se hace cargo de la importancia de su misión.

Un poco más tranquilo, Peredonov volvió al comedor y les preguntó a los invitados:

—¿Quieren ustedes que empecemos la partidita?

Los jugadores eran siete. Peredonov jugaba con pasión, pero sin arte alguno, y perdía. Casi todo el dinero iba a parar a manos del matrimonio Prepolovenskaya: marido y mujer se hacían señas casi imperceptibles, por medio de las cuales se ponían mutuamente en conocimiento de las cartas que tenían.

Rutilov amenizaba el juego con una charla incesante, levantaba falsos testimonios, contaba anécdotas eróticas de un subido verdor. Para hacer rabiar

a su compañero, empezó a hablar de la conducta reprobable de los colegiales forasteros que vivían en casas de huéspedes.

—Fuman —afirmaba—, beben vodka, les hacen el amor a las muchachas.

Peredonov no lo ponía en duda, con tanto más motivo cuanto que Gruchina decía:

—¡Es verdad, es verdad!

Ella había intentado alquilarles habitaciones a los colegiales sin familia en la población; pero como tenía tan mala fama, el director lo había impedido, y la viuda estaba furiosa con él y con los colegiales.

—¡El director —aseguró— es un hombre inmoral! ¡Admite regalos en metálico, lo sé de buena tinta!

La criada nueva apareció con la sobera. A la mitad de la comida, todos, incluso las mujeres, estaban ya más o menos borrachos. Volodin propuso que se deteriorase un poco el empapelado, y la proposición fue acogida con alegría. Los regocijados comensales, llenos de entusiasmo, empezaron a lanzar salivazos, cerveza y aceite contra las paredes y a arrancar de ellas estrechas tiras de papel. Se hicieron apuestas sobre la habilidad de cada uno para arrancar tiras. El que las arrancaba más largas, ganaba. También en este juego estuvo afortunadísimo el matrimonio Prepolovenskaya. Cuando terminó la partida, la aprovechada pareja había ganado rublo y medio.

Luego de despedir en la puerta a los invitados, el profesor y su manceba retiráronse al dormitorio y empezaron a desnudarse. De pronto, Varvara se irguió ante Peredonov y le dijo:

—¿Te figuras que son unas Venus todas esas señoritingas que quieren pescarte? ¡No valen un comino! ¡Yo valgo más que todas ellas!

En un santiamén se quedó en cueros, y con una sonrisa de reto le mostró al profesor su cuerpo, esbelto, flexible y delicado como el de una princesa de cuento azul. Diríase que una malévola hechicera había colocado sobre aquel cuerpo delicioso la cabeza de una ramera ajada y mustia.

Peredonov lanzó una sonora carcajada al ver desnuda a su querida.

Tardó mucho en conciliar el sueño, pensando en los numerosos enemigos que conspiraban contra él. El director del colegio no le disimulaba su hostilidad. Claro que él contaba con la poderosa protección de la princesa; pero, sin embargo... Rutilov y sus hermanas, Verchina y la polaca, sus compañeros de profesorado, también intrigaban en contra suya. Volodin empezaba a inspirarle cierto recelo, hablándole siempre de su próxima elevación al puesto de inspector. Quizá proyectase matarle, apoderarse de sus papeles y arramblar con la inspectoría. El había leído en los periódicos algo por el estilo.

VI

Para que Volodin dejara de envidiarle y de armarle celadas, Peredonov decidió buscarle una novia rica.

—¿Quieres —le propuso una noche— que te case con la señorita Adamenko?

—¡Con mil amores! —contestó el joven carneril.

Al día siguiente encamináronse los dos a casa de la muchacha. Volodin se había puesto su traje nuevo y se había perfumado el pelo con una fragante pomada. Tan grato a la vista y al olfato, se creía un hombre irresistible.

Nadechda Vasilevna Adamenko vivía con su hermano en una casa propia, de ladrillos. Además de la casa poseía una finca rústica en las cercanías de la ciudad. Hacía dos años había acabado sus estudios en el colegio local. A la sazón, se dedicaba a la lectura y a la educación de su hermano, un colegial de once años. Vivía en compañía de los dos hermanos una anciana parienta, que era un cero a la izquierda en la casa y se pasaba días enteros sin despegar los labios.

La señorita Adamenko evitaba el trato con la gente que no era de su confianza, y apenas lo tenía con Peredonov. Si el profesor la hubiera conocido un poco más, hubiera comprendido que era una estupidez el pretender casar con ella a Volodin.

La joven, aunque la visita le sorprendió mucho, recibió amablemente a los dos amigos. Creyendo agradar a Peredonov empezó a hablar de la necesidad de introducir reformas en los colegios, de libros, de revistas literarias. Con gran extrañeza observó que a sus visitantes no les interesaba nada de aquello.

¿Han leído ustedes *El hombre enfundado*, de Chejov? preguntó—. Es un primor, ¿verdad? Como en aquel momento la joven le mirase a él, Volodin preguntó a su vez, sonriendo:

¿Qué es *El hombre enfundado*? ¿Un artículo? ¿Una novela?

—Un cuento.

—¿Del señor Chejov?

—¡Sí, de Chejov! —contestó la joven, procurando mantenerse seria.

—¿Dónde se ha publicado?

—En *El pensamiento ruso*.

—¿En qué número?

—No lo recuerdo exactamente.

El hermanito de Nadechda entreabrió la puerta, y clavando en los visitantes sus límpidos ojos azules, dijo:

—En el número del mes de mayo.

—¡No debe usted leer novelas aún, jovencito! —le amonestó Peredonov—. ¡Hay que estudiar en vez de leer historias escabrosas!

—¡Qué bonito! —le riñó su hermana—. ¡Escuchando detrás de la puerta!

La joven levantó las manos, y con ambos dedos meñiques formó un ángulo recto, lo que quería decir que el chiquillo en castigo debía retirarse a un rincón hasta nueva orden. El chiquillo lo entendió al punto y se fue, muy cariacontecido, a la habitación inmediata, en una de cuyas esquinas se arrinconó con ejemplar docilidad. “Cuando vivía mamá —pensaba—, era otra cosa: aunque hiciera algo malo no me mandaba al rincón.”

Volodin le prometió a la señorita Adamenko buscar el número de *El pensamiento ruso* en que había visto la luz el cuento de Chejov. En la faz de Peredonov se pintaba un profundo fastidio.

—Yo tampoco lo he leído. No me gusta leer tonterías...!

La joven se sonrió y repuso:

—¡Es usted muy severo en su juicio sobre la literatura contemporánea! Se

escriben libros muy interesantes...

—Las cosas de mérito que se han escrito las he leído hace mucho tiempo.

Nadechda exhaló un ligero suspiro y cambió de conversación. Se habló de las actualidades locales. Los dos visitantes se animaron un poco y entraron de lleno, sin tener en cuenta que hablaban con una señorita, en la crónica escandalosa.

Por fin se despidieron. En cuanto se hallaron en la calle, Peredonov felicitó a Volodin. Estaba seguro de que su amigo le había parecido de perlas a la joven.

—Yo también creo —dijo el carneril individuo— que no le he parecido mal.

Peredonov se resistía obstinadamente a casarse con Varvara sin que la princesa, de antemano, le procurase la plaza de inspector.

—Hoy mismo —amenazábale con frecuencia a su amante— me caso con otra y mañana la traigo y te echo. Esta es la última noche que duermes en casa.

Y se iba a jugar al billar. Del club solía irse, en compañía de Volodin y Rutilov, a cualquier lupanar infecto, donde permanecía hasta cerca del amanecer. Varvara le esperaba sin poder dormirse, y el insomnio y la desazón le producían a la pobre unas jaquecas horrosas.

Al cabo, Gruchina escribió la carta que debía enseñársele a Peredonov como de la princesa y se la entregó a Varvara, que, por más que la letra no se parecía gran cosa a la de la empingorotada señora, quedó satisfecha del trabajo. El profesor apenas recordaría la letra de la carta auténtica, y no advertiría de seguro la falsificación.

—¡Por fin! —dijo Varvara muy contenta—. Lo malo será que pregunte por el sobre.

—Le responde usted: “Lo he tirado a la chimenea.”

Aquella noche, como de costumbre, Peredonov se retiró muy tarde y de muy mal humor. Varvara, pálida y ojerosa, a causa de la larga e inquieta vigilia, gruñó:

—¡Podías haberme anunciado que no volverías hasta la madrugada!

Peredonov, para hacerla rabiar, le contó que había estado en casa de Verchina.

A la mañana siguiente, cuando estaban desayunándose, Varvara le dijo:

—Anoche, mientras tú enamorabas a esa puerca de Marta, yo recibí una carta de la princesa, contestándome.

Peredonov se animó.

—¿Le habías escrito? No lo sabía.

—¿No me dijiste que le escribiera?

—Bueno; ¿qué te contesta?

—¡Lee!

Varvara sacó la carta del bolsillo y se la alargó al profesor, que interrumpió el desayuno y empezó a leer con avidez. La supuesta contestación le llenó de alegría. ¡Por fin! Aquello ya era una promesa positiva. No cabía duda.

Se vistió a toda prisa y se lanzó a la calle, ansioso de enseñarles la epístola a todos sus amigos.

—¡Mire usted! —le dijo a Verchina, a cuya casa se dirigió inmediatamente.

La viuda leyó de un modo rápido los prometedores renglones, lanzó una bocanada de humo y preguntó:

—¿Dónde está el sobre?

Peredonov se estremeció. ¿Acaso habría escrito Varvara la carta ella misma? Había que pedirle el sobre en seguida. Y volvió a su casa casi corriendo.

—¡Varvara! ¿Dónde está el sobre? —gritó lo mismo fue llegar.

—¿Qué sobre? —preguntó ella con voz trémula, dirigiéndole una mirada retadora.

—¡El de la carta de la princesa!

Varvara respondió con fingida indiferencia:

—Lo tiré. ¿Para qué iba a guardarlo?

Pero el profesor no se tranquilizó. Iba y venía nerviosamente por la estancia.

—¡La princesa! —murmuraba—. ¡Quizá la princesa que ha escrito la carta viva aquí, en esta casa!

Por la noche, en cuanto Peredonov se fue al club, Varvara corrió a pedirle ayuda a Gruchina.

Tras largas deliberaciones, las dos amigas decidieron falsificar una nueva carta. Varvara sabía que Gruchina tenía amigas en Petersburgo. Podía enviársela bajo doble sobre para que ellas la reexpidiesen.

La viuda opuso una larga resistencia.

—¡Me da un miedo, querida! Desde que he cometido la falsificación estoy con el alma en un hilo. Cuando veo un agente de policía me figuro que va a detenerme.

Varvara necesitó cerca de una hora para persuadirla; tuvo que darle dinero y prometerle una porción de regalos. Por fin, Gruchina consintió, y se acordó lo siguiente: Varvara le diría a Peredonov que le había escrito a la princesa acusándole recibo de su última carta y dándole las gracias; algunos días después se enviaría a Petersburgo el nuevo trabajo caligráfico de Gruchina, que sería reexpedido desde allí bajo el sobre en que la falsificadora habría escrito la dirección de Varvara. En la nueva epístola, la princesa insistiría en su promesa de hacer inspector a Peredonov en cuanto se casase. Para que no faltase detalle, se perfumaría un poquito el papel. Todo se hizo conforme se había pensado. Y se arreglaron las cosas de suerte que llegase la carta de la capital el domingo por la mañana, a fin de que Peredonov, que estaría en casa, se rindiese a la evidencia.

VII

El profesor decidió un día visitar a todos los personajes eminentes de la ciudad. Así se vería que era un hombre de orden, sin propósito criminal alguno, y quedarían desbaratadas las intrigas de sus enemigos.

Se puso el frac, prenda que por cierto no había renovado hacía mucho tiempo y ya le venía un poco estrecha. Lamentó no poder lucir alguna condecoración. Debido a las intrigas del director del colegio, no había sido hasta entonces condecorado.

“Mi primera visita —pensó— será para el alcalde.” Y se dirigió a casa de la suprema autoridad municipal.

En el camino se encontró con el coronel de los gendarmes, el señor Rubovsky.

El coronel, un hombre muy amable, estaba al corriente de cuanto acontecía en la ciudad; escuchaba gustoso todas las habladurías; pero se limitaba a escucharlas y nunca metía baza en ellas.

Los dos caballeros se saludaron y se detuvieron un instante. Peredonov, después de cerciorarse de que no le acechaba nadie, dijo con tono de misterio:

—He sabido que la criada que despedimos hace poco está a su servicio ¡Dios sabe las cosas que le contará de mí! No le crea. Todo son mentiras.

—¡No acostumbro a prestar oídos a los chismes de la servidumbre! — contestó con acento digno el coronel.

El profesor no le escuchaba.

—¡Es una tía! —continuó—. Tiene un querido polaco, y quizá haya entrado al servicio de usted con el propósito de robarle documentos secretos.

—No tenga usted cuidado —repuso el otro secamente—. ¡No guardo planos de fortalezas!

La palabra “fortalezas” llenó de espanto a Peredonov; sin duda el coronel la había pronunciado para darle a entender que el día menos pensado le encerrarían en una fortaleza.

—Le aseguro a usted, señor coronel, que soy víctima de las intrigas de mis enemigos. Quieren perderme, y me denuncian sin cesar a las autoridades.

Rubovsky le miró con extrañeza y se encogió de hombros.

—Hasta ahora no he recibido ninguna denuncia contra usted. Tranquilícese...

“Me oculta la verdad” —pensó el profesor angustiadísimo.

En casa del alcalde se respiraban el bienestar y la tranquilidad. No se oía ruido alguno. Los muebles eran cómodos, los suelos estaban muy limpios, las ventanas daban a un hermoso y bien cuidado jardín.

El alcalde, el señor Skuchayev, recibió a Peredonov con su amable sonrisa habitual. Era un hombre grueso y apacible, con el pelo cortado al rape.

—¡Vengo a hablarle a usted de un asunto! —dijo el profesor, tomando asiento en la butaca que el otro le ofrecía.

—Estoy a su disposición. ¿En qué puedo servirle?

El señor Skuchayev se figuraba que Peredonov iba a pedirle dinero, y no estaba dispuesto a prestarle más de ciento cincuenta rublos.

—Como es usted el personaje más importante de la ciudad, he decidido pedirle protección.

El excelente sujeto, al oír estas palabras, adoptó una actitud solemne y saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Verá usted, señor. Se habla muy mal de mí en la ciudad. Se dice, por

ejemplo, que no frecuento la iglesia, lo que no es verdad.

—En efecto, yo le veo muy a menudo en misa.

—Se dice también que les cuento cuentos en clase a los alumnos en vez de explicarles la lección. También eso es mentira. Se me achacan, además, relaciones ilícitas con mi prima Varvara. Es una calumnia, señor; pero, para evitar comentarios escandalosos, pienso casarme en breve con mi susodicha parienta.

—Sí, sería lo mejor. Porque, la verdad, se murmura... Hasta los colegiales... Esos mocosos lo saben todo y en todo se meten. Y hay que evitar el mal ejemplo... Una vez casados nadie podrá criticarles a ustedes.

—No me ha sido posible casarme hasta hora; pero puede usted estar seguro...

—Celebraré mucho que lo haga usted, amigo mío. Puede usted contar con mi apoyo. Aunque soy un hombre de escasa instrucción, gozo de cierta consideración en la ciudad y creo que conseguiré poner coto a la maledicencia pública.

—¡Tengo tantos enemigos!... ¿Puedo, pues, contar con usted?

—¡En absoluto! —contestó Skuchayev, orgulloso de su autoridad y su poder.

Al día siguiente, Peredonov encaminóse a casa del fiscal.

Iba de un humor endiablado. Todo le era antipático: el cielo, las casas, los transeúntes, los niños que jugaban por la calle. No le inspiraba afecto nada ni nadie. Detestaba lo limpio y lo fino. Sus discípulos predilectos eran los sucios y mal vestidos. El ver algo no maculado lo irritaba.

La casa del fiscal le produjo buena impresión: era un caserón viejo, cuyos altos muros había ennegrecido y deteriorado la intemperie. Tenía el aspecto adusto y amenazador de una fortaleza. Estaba cerrada a piedra y lodo. Detrás de la puerta se oían los gruñidos de un perro, sujeto con una cadena.

Peredonov llamó y oyó dentro los quedos pasos de alguien que se acercaba de puntillas, y que antes de abrir debió de mirar, cauteloso, a la calle por una rendija.

Sonó al fin el áspero ruido del cerrojo; la puerta giró sobre sus goznes, y ante los ojos del profesor apareció Malania, la criada del fiscal.

Momentos después, Peredonov avanzaba casi a tientas por un oscuro corredor.

—¡Ah! ¿Es usted? —le gritó Avinovitsky.

El severo funcionario no hablaba, gritaba; diríase que amenazaba a sus interlocutores. Era un hombre de rostro sombrío, que parecía destinado por la Naturaleza a tronar contra todo bicho viviente. Inspiraba un terror general. A cada momento mentaba la cárcel, la Siberia...

—¡Vengo a hablar con usted de un asunto! —dijo Peredonov.

—¿Viene usted a confesar algún delito? ¿Ha asesinado usted a alguien? ¿Ha incendiado usted alguna casa? ¿Ha cometido usted algún robo? —bromeó Avinovitsky—. ¿O ha sido usted acaso víctima de algún crimen? Todo es posible en esta ciudad abominable. Nuestra policía no sirve para nada, y lo extraño es que no se encuentren todas las mañanas unos cuantos cadáveres en la Plaza Mayor... ¡Siéntese, siéntese!... ¿Es usted criminal o víctima?

—No soy criminal, señor Avinovitsky, aunque, si las intrigas de mi

director tuvieran éxito, pasaría por tal.

—En vista de eso voy a ofrecerle a usted una copa de vodka y algunos fiambres...

El fiscal cogió una campanilla que había sobre la mesa y la agitó. Como no acudiese nadie, la agitó de nuevo de un modo furioso y acabó por tirarla al suelo.

—¡Malania! ¡Malania! —vociferó, dando patadas en el entarimado.

Se oyeron unos pasos lentos y entró un colegial como de trece años, hijo de Avinovitsky. Saludó con cierta dignidad a Peredonov, recogió del suelo la campanilla, la colocó en su sitio y dijo:

—Malania está en el jardín.

El fiscal se calmó al punto, y mirando a su hijo con una ternura sorprendente en varón tan poco suave, le rogó:

—¿Quieres decirle que nos traiga algo de comer y beber?

El muchacho salió sin apresurarse. Avinovitsky le siguió con una mirada llena de cariño y de orgullo; pero, en cuanto dejó de tenerle al alcance de la vista, torció el gesto y gritó de un modo tan descompasado, que Peredonov se estremeció:

—¡Aprisa, aprisa!

El colegial echó a correr.

—¡Es mi heredero! Un guapo muchacho, ¿verdad? Acaso no haga de él un genio; pero haré un hombre fuerte de cuerpo y de espíritu... Me he propuesto forjarle una voluntad y una salud a prueba de bomba. Los hombres de nuestra época son unas damiselas. Le temen al frío, a la humedad. Los alemanes han inventado, haciéndose dignos, a mis ojos, de que se les condene a trabajos forzados, los ridículos calzoncillos de punto. ¡Figúrese usted a mi hijo con calzoncillos de punto! Le he acostumbrado a revolcarse en cueros sobre la nieve al salir del baño caliente. ¡No le teme ni al frío ni al calor!

Malania no tardó en cumplir la orden de su amo. Colocó sobre la mesa varios platos con salchichón, jamón, escabeche y otros fiambres y subió después, de la bodega, unas cuantas botellas.

—¡Se venden en esta ciudad unos comestibles malísimos! —gritó el fiscal—. ¡Los tenderos son unos ladrones! ¡Se les debía condenar a muerte!

Y empezó a perorar, a voz en cuello, defendiendo la pena capital.

—¡Dicen que es una pena bárbara! ¡En modo alguno, señor! La ciencia ha demostrado la existencia del criminal nato. ¿Qué se va a hacer con el criminal nato? ¿Condenarlo a cadena perpetua y darle de comer toda su vida por cuenta del Estado? ¡No! El contribuyente no tiene obligación de mantener degenerados. ¡Aviados estaríamos! Al criminal nato hay que ahorcarlo. Es lo más justo y lo menos costoso.

El magistrado abordó luego el problema de la instrucción pública.

—Nos hemos hecho demasiado liberales —aseveraba—. Se coquetea con la plebe. Los hijos de los campesinos son admitidos en los colegios y las universidades. Con lo cual se le restan brazos a la agricultura y es cada día mayor el número de los socialistas.

—Nuestro director —dijo Peredonov— admite en el colegio no sólo hijos de campesinos, sino incluso de cocineras.

Por fin Avinovitsky preguntó:

—Bueno, ¿cuál es el asunto que le trae a usted por aquí?

—Tengo enemigos, señor fiscal. Se me calumnia, se hablan pestes de mí...

—Conozco a la gente de esta ciudad. Es de lo más puerca...

—La princesa Volchansky me ha prometido una plaza de inspector, y se me tiene envidia. Las habladurías pueden perjudicarme. Más les valdría a mis enemigos preocuparse de su propia conducta. El director del colegio, por ejemplo, ¿está capacitado para hablar mal de nadie?... Los colegiales fuman, beben vodka, les hacen el amor a las muchachas...

Oyéndole contar al profesor las intrigas de sus enemigos, Avinovitsky se indignaba, y de cuando en cuando profería:

—¡Cobardes! ¡Canallas!

—Se me acusa de nihilismo. Y soy un patriota, un hombre de orden. Nunca leo. Empleo mi tiempo en cosas más serias.

Avinovitsky dedujo que Peredonov era víctima de una tentativa de chantaje: sin duda se le quería sacar dinero por medio de amenazas.

—¿Le inspiran a usted confianza todas las personas que frecuentan su casa?

—Le diré a usted, Gruchina, por ejemplo...

—¿Gruchina? ¡La conozco! Es una mujer peligrosa.

—Yo juraría que va a casa a espiarme.

—Seguramente conspira contra su bolsillo. ¡No tenga usted cuidado, será vigilada! Si se dejara campar por sus respetos a toda esa canalla, no se podría vivir.

El magistrado salió hasta la escalera a despedir a Peredonov.

—Mucha gente de la que anda suelta por esta ciudad; —gritaba con su voz tonante, mientras el otro bajaba haciendo reverencias— debía estar en presidio. Pero yo no la pierdo de vista.

El profesor visitó después, cada día a uno, al jefe de policía, al presidente de la Audiencia y a algunos otros personajes. A todos les habló de las intrigas de sus enemigos, que querían perderle a toda costa, y de los que no había crimen que no fuera de temer.

VIII

—¡Oh querida! —exclamó Gruchina, al ver entrar a Varvara, a quien había mandado llamar—. ¡Qué noticia!

—¡Dígala, dígala!

Gruchina tomó precauciones; echó a los niños a la calle.

—¡Lárgate, sinvergüenza! —le gritó a la nena, que se resistía a irse.

—¡La sinvergüenza serás tú! —le contestó el pimpollo. La viuda cogió a la pequeña de los pelos, la arrastró hasta la calle y cerró la puerta presurosa. La pequeña le tiró a la cara por el ventanillo un puñado de arena.

—¡Sierpecilla, si salgo...! —amenazóle su madre, enfurecida—. ¡Te la vas

a ganar, imbécil!

—¡No te tengo miedo! ¡La imbécil serás tú! —replicó la pequeña, y sacó la lengua.

Gruchina cerró el ventanillo, se sentó y dijo:

—He aquí la noticia. Hace poco, como sabe usted, ingresó en el colegio un alumno de quinto año, que se llama Pilnikov...

—Sí, un muchacho muy guapo, que parece una jovencita.

—¡No es extraño que lo parezca! ¡Como que es, en efecto, una jovencita disfrazada de hombre!

—¿Qué me dice usted?

—¡Lo que oye usted, querida! Se trata de una maquinación para coger en una trampa al señor Peredonov.

—¿En una trampa?... ¿Y usted, cómo lo sabe?

—No se habla de otra cosa en la ciudad. ¡Y además, yo lo sé todo! A mí no es posible ocultarme nada. Se ha tramado una conspiración contra todos los profesores en general y, principalmente, contra Ardalion Borisovich. Disfrazada de muchacho, la jovencita podrá hacer mil diabluras...

—¿Dónde se hospeda?

—En casa de Kokovkina. Hoy la he visto y le he dicho: “Tenga usted cuidado, que su huésped de usted es huésped.”

—¿Y qué ha contestado?

—Se ha echado a reír, creyendo que yo hablaba en broma.

Varvara estaba estupefacta. A pesar de su poca verosimilitud, no había puesto en duda nada de lo que acababa de oír. “¡Qué gente! —pensaba—. ¡Qué horribles intrigas!”

Por la noche se lo contó a Peredonov, que también se quedó pasmado; había que apresurarse a desbaratar la nueva asechanza.

El sábado, en el oratorio, se situó detrás de los colegiales y vigiló atentamente su conducta. Los que, en su sentir, no guardaban la debida compostura eran tantos, que temía no poder recordarlos a todos, y lamentaba no haberse provisto de papel y lápiz para apuntar sus nombres.

En realidad, los pobres muchachos estaban muy formales.

Los ojos de Peredonov buscaron, entre los alumnos de quinto año, a Sacha Pilnikov, y no tardaron en encontrarlo. El colegial nuevo rezaba con suma devoción. Esbelto, de tez delicada y mejillas color de rosa, parecía, en efecto, una joven de quince o diez y seis abriles.

Olga Vasilievna Kokovkina, la patrona de Sacha Pilnikov, era viuda de un empleado público. Su marido le había dejado una renta muy modesta y una casa, aunque no muy grande, lo bastante capaz para que pudiese alquilar algunos cuartos. Sus huéspedes solían ser colegiales bien educados, lo que le había conquistado una buena reputación.

Era una vieja enjuta, alta, de rostro benigno, que ella, a veces, se empeñaba, sin conseguirlo, en que pareciese severo.

Cuando llegó Peredonov estaba sentada a la mesa en compañía de Sacha.

La visita la sorprendió.

—He venido —dijo el profesor— a ver cómo vive este joven. Los profesores nos hallamos en el deber...

La vieja les ofreció una taza de té. Tomado éste, pasaron los tres a la

habitación del colegial. La presencia de Kokovkina cohibía en extremo a Peredonov, que exhaló un suspiro de satisfacción cuando la criada entreabrió la puerta y la llamó para hacer la cuenta de la plaza.

Al quedarse solos en la estancia profesor y alumno, una gran confusión se pintó en el rostro del muchacho. Sus ojos, de largas y negras pestañas, rehuyeron, tímidos, la mirada de Peredonov.

—Bueno —preguntó éste, rodeándole la cintura con un brazo—; ¿qué cuentas, amiguito?

El joven se puso colorado como un tomate, y miró con espanto al cariñoso pedagogo.

—Tienes cara de niña. Eres una niña, ¿verdad? Dímelo francamente.

—Eso es una mentira que han inventado los colegiales para hacerme rabiar. Se burlan de mí porque no me gusta oír palabras malas... No estoy acostumbrado.

—¿Es muy severa tu mamá?

—No tengo mamá. Vivo con mi tía.

—¿A qué colegiales les ha oído usted palabras malas?

Sacha volvió a ruborizarse y no contestó.

—¡Bueno estoy esperando su respuesta —insistió el profesor—. Está usted obligado a decirme qué colegiales...

—No quiero denunciar a nadie.

—¿Por qué?

—Porque sería una vileza.

—¡Pues yo le denunciaré a usted al director, y él le obligará a usted a decirlo todo!

Sacha clavó en el profesor una mirada llena de cólera.

—¡Usted no hará eso! —dijo.

—¡Vaya que lo haré! Así aprenderá usted a no ser encubridor de sus compañeros.

En aquel momento entró Kokovkina.

—¡Hay que castigar a este jovencito! —le dijo el profesor con severidad.

La vieja se sentó junto al colegial.

—¿Qué ha hecho? —preguntó inquieta.

Peredonov la puso en autos de lo que sucedía.

—Si no dice quiénes son los colegiales mal hablados...

—¡No lo diré! —interrumpió resueltamente Sacha.

—¿Ve usted? Su obstinación en modo alguno debe quedar impune.

—Pero, Ardalion Borisovich —arguyó la buena mujer—, ¿cómo quiere usted que denuncie a sus compañeros?

—¡Es su deber!

—Si lo hace le pegarán.

—¡Ya se guardarán! Si tiene miedo, que lo diga en secreto. Nadie lo sabrá.

—¡Dilo, pequeño! —suplicó la vieja—. Se quedará entre nosotros.

Sacha no contestó y se echó a llorar. Kokovkina, abrazándole, le dijo en voz queda algunas palabras al oído. Pero él sacudió negativamente la cabeza.

—¡No quiere! —se lamentó la pupilera.

—¡Habrás que sacudirle el polvo para que hable! —gritó, furioso, Peredonov—. ¡Déme usted una buena vara!

Kokovkina se levantó indignada.

—¡No tengas miedo, Sacha! ¡Delante de mí nadie te tocará ni el pelo de la ropa!

—Como usted quiera, señora. Mas, en ese caso, me veré obligado a contárselo al director.

Pintada en la faz una terrible cólera, Peredonov se retiró.

Al día siguiente, el profesor y su manceba se mudaron por fin de casa. La propietaria les despidió con lo más escogido de su repertorio de insultos y maldiciones.

La mudanza se solemnizó con una misa en la nueva morada: Peredonov quería hacer ver que era un hombre creyente y pío.

Cuando se estaba celebrando el Santo Sacrificio le sucedió una cosa muy rara. Un ser extraño, indefinible, exiguo y gris, de una pasmosa agilidad, trémulo como una llamita agitada por el viento, empezó a dar rápidas vueltas en torno suyo, diríase que burlándose de él. El profesor intentó varias veces cogerlo; pero se le escapaba veloz; se escondía debajo de los muebles para reaparecer, a los pocos momentos, burlón, gris, ligero, enigmático.

Al final de la misa, Peredonov pronunció algunas palabras de conjuro contra las fuerzas maléficas de la Naturaleza, y el extraño ser, espantado, lanzó un leve silbido y huyó por debajo de la puerta. El profesor exhaló un suspiro de alivio; mas, al mismo tiempo, pensó: “Es posible que viva aquí, en esta casa, bajo el entarimado. Si vive aquí, no será ésta la última vez que salga a burlarse de mí.”

Ya solo en la casa, cuando todos, incluso Varvara —que se había ido de compras con Gruchina—, habíanse marchado, Peredonov se devanaba los sesos tratando de averiguar el sitio donde se había escondido el trasgo. Lo buscó por todos los rincones, registró concienzudamente los armarios. Una bata de Varvara, con muchos pliegues y cintajos, le hizo fruncir el ceño.

—He aquí un escondrijo —murmuró— que al maldito acaso le haya parecido de perlas.

Y luego de examinar la bata con gran detenimiento, la cortó en mil pedazos y la tiró a la chimenea.

Aquella noche, Peredonov visitó al director del colegio, señor Jripach, y le contó que Sacha Pilnikov, el colegial nuevo, era una muchacha. Urgía en extremo, a su juicio, tomar una determinación. La misteriosa intriga ponía en grave peligro las buenas costumbres del establecimiento.

El director le oía con una curiosidad maligna, diciendo para sus adentros: “Este hombre no está bien de la cabeza.”

Peredonov, en vista de que el señor Jripach no se apresuraba a desenmascarar a Sacha, les contó la historia a sus compañeros de profesorado y a todo el que le quiso oír. Estaba seguro de que si desbarataba la intriga, las autoridades sabrían apreciar su celo, y no sólo se le daría la plaza de inspector, sino que, por añadidura, se le condecoraría.

Para poner más de relieve su fervor pedagógico, empezó a visitar las

casas de los colegiales, sobre todo las de los que pertenecían a familias humildes. Llegaba, les contaba horrores a los padres acerca del comportamiento de los muchachos y manifestaba gran empeño en que se les pegase ipso facto una paliza. Se les imponía, en su presencia, el contundente correctivo, y se retiraba, con la satisfacción del deber cumplido.

Al día siguiente, en el colegio, aludía, muy orgulloso, a sus hazañas de la víspera, ante los alumnos vapuleados, que le oían mohinos y confusos.

La historia de la muchacha disfrazada de mancebo empezó a ser la comidilla de toda la ciudad.

Ludmila, una de las hermanas de Rutilov, se llenó de curiosidad y decidió hacerse amiga de la misteriosa muchacha disfrazada. La realización de su propósito no era difícil: las hermanas del pálido y currutaco profesor conocían y trataban a Kokovkina, la patrona de Pilnikov.

Cuando la regocijada doncella llegó a casa de Kokovkina, la vieja y Sacha estaban sentados a la mesa, tomando el té.

—¿Qué tal, mi querida Olga Vasilievna? —gritó Ludmila, abrazando a la vieja—. ¡No se le ve a usted! ¿Quizá este pícaro joven me la tiene a usted secuestrada?

Sacha se puso colorado y saludó torpemente.

La conversación no tardó en ser de lo más animada. Verdad es que la que lo hablaba casi todo era Ludmila.

—Bueno; señor colegial —preguntó con sorna—. ¿No dice usted nada? ¿No se atreve usted ni siquiera a levantar los ojos?

—¡Es tan sencillo...! —explicó Kokovkina.

—¡Yo también soy muy sencilla!

—¡Nadie lo diría! —exclamó Sacha.

Ludmila prorrumpió en una alegre carcajada y clavó en el muchacho una mirada viva y ardiente.

—¡Mire usted la mosquita muerta! ¿Conque no cree usted en mi sencillez?

Sacha se puso colorado hasta la raíz de los cabellos.

—He querido decir... solamente... que es usted una muchacha... que no tiene nada de encogida.

—¡Ay qué gracia! ¡Es encantador el chiquillo!

La mano de nieve de Ludmila se posó sobre la cabeza del colegial, que huyó, riéndose, a su habitación.

—¡Búsqueme usted un novio! —suplicóle a la vieja la risueña doncella, con ojos llenos de malicia.

—¿Cómo lo quiere usted?

—¡Moreno, querida, muy moreno..., como el colegial! Y con las mismas cejas negras, y las mismas pestañas largas, y el mismo pelo casi azul. ¡Es guapo el chiquillo, muy guapo!

Cuando su gentil admiradora se levantó para marcharse, Sacha le preguntó:

—¿Me permite usted acompañarla?

—Sólo hasta el primer punto de coches —contestó ella un poco ruborosa y con voz acariciadora.

Ya en la calle, le dijo:

—Usted siempre estudiando...

—No siempre. A ratos leo. Me gusta leer.

—¿Cuentos para niños?

—¡No! Poesías, novelas...

—A mí también me gusta leer. Pero sólo por la mañana. Casi todo lo demás del día lo suelo invertir en acicalarme, en perfumarme. ¿A usted qué le gusta, además de la lectura?

Sacha miró a la joven tiernamente, con un brillo acuoso en las pupilas, y repuso muy quedo:

—Me gusta que me quieran.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia el chiquillo!

—¡Qué burlona es usted!

Al despedirse del colegial junto al estribo, Ludmila le estrechó la mano con fuerza.

—¡Muchas gracias, querido, por la compañía!

Las demás hermanas de Rutilov esperaban, llenas de impaciencia, a la regocijada joven.

—¡Qué! ¿Le has visto? ¿Es, en efecto, una muchacha? —le preguntaron todas a la vez.

—¡Historias! ¡Es un chico, no os quepa duda! —contestó—. Y muy simpático. Moreno, muy moreno, con uno ojos como ascuas, y ¡más inocente...!

Y se echó a reír a carcajadas, sin que las otras acertasen a comprender con qué motivo.

Toda la noche estuvo inquieta, desasosegada. Turbábanla sueños ardientes y la despertaba a cada instante un a modo de incendio de su carne lozana y virgen.

Se había enamorado de Sacha.

IX

Volodin empezó a darle lecciones de ebanistería al hermano de la señorita Adamenko, su pretendida. Esperaba que, después de las clases, la joven le invitaría a tomar con ella una taza de té y que, de esta manera, las relaciones entre ambos irían haciéndose más íntimas. Pero sufrió una cruel decepción: se le introducía directamente en la habitación convertida en taller de su discípulo, y rara vez veía a la señorita.

Aquella actitud lo desconcertó, al principio, un poco; mas acabó por interpretarla de un modo optimista. “La joven —pensaba— no quiere comprometerse.”

Peredonov y Varvara le aseguraban que la hermana de su discípulo le amaba.

—¡Hay que estar ciego para no advertirlo! —decía el profesor.

—¡Además, usted es para ella una excelente proposición! —añadía Varvara.

Y una mañana, Peredonov y Volodin decidieron presentarse en casa de la huérfana y exponerle las pretensiones del carneril individuo.

Los dos amigos se emperejilaron ridículamente. Peredonov se puso una corbata blanca, y Volodin estrenó una encarnada con rayas verdes.

—Yo, como intermediario —explicaba el profesor—, debo llevar una corbata modesta, y, en cambio, tú debes llevarla de colores vivos, que simbolicen lo ardoroso de tu pasión.

La señorita Adamenko les hizo pasar a la sala. Su visita y su aire solemne le parecían muy extraños.

—¡Qué hermoso tiempo! —dijo Peredonov, cuando los tres se hubieron sentado.

—¡Hermosísimo! —asintió Volodin.

Un silencio largo, embarazoso, siguió a tan interesantes expansiones climatológicas.

Se advertía que los visitantes tenían algo más que decir y no sabían cómo entrar en materia.

Por fin, Peredonov tosió, frunció las cejas y pronunció las siguientes palabras:

—Nadechda Vasilievna, venimos a hablar de un asunto de suma importancia.

—¡Sí, de suma importancia! —confirmó Volodin.

—¡Se trata de él! —añadió el profesor, señalando con el dedo a su amigo.

—¡Sí, de mí!

Volodin señalábase con el dedo a sí mismo. Nadechda Vasilievna se sonrió.

—¡Soy toda oídos!

—Yo hablaré por él —dijo Peredonov—. Es demasiado tímido, demasiado modesto, a pesar de sus buenas prendas. Es un joven digno, honrado, sobrio. Gana poco; pero eso no importa.

El otro inclinó carnerilmente la cabeza.

—¡Habla tú algo! —le animó su panegirista—. ¿Quieres que lo hable yo todo?

—Gano poco, en efecto; pero no me faltará nunca un pedazo de pan. Aunque no he estudiado en la Universidad, soy un hombre que puede presentarse en cualquier parte.

Hechas estas afirmaciones, Volodin calló y bajó de nuevo la frente, como para topar.

—Pues bien —continuó Peredonov—: mi amigo desea contraer matrimonio. El hombre no debe vivir solo.

—Sobre todo —añadió el carneril sujeto— si encuentra una mujer digna de ser su esposa.

—También usted debía casarse, señorita —dijo el profesor.

En aquel momento se oyó como una risa contenida, en el pasillo, y Nadechda Vasilievna dirigió una severa mirada a la puerta.

—Le agradezco a usted mucho —repuso— el interés que se toma por mí.

—Usted no necesita —prosiguió el profesor— un marido rico, puesto que

lo es usted. Necesita un marido que la ame y la respete... como mi amigo Volodin. Sí, la ama. Acaso usted tampoco lo mire con malos ojos. En fin, usted es el paño y yo le traigo el comprador.

La señorita Adamenko se mordía los labios para no soltar la carcajada.

—¿Qué dice usted de paño y comprador? —preguntó, con los ojos bajos—. No lo entiendo.

—¡Pues no es tan difícil de entender!... Bueno; más claro: tengo el honor de pedir, para el señor Volodin, su mano y su corazón.

Se oyó en el pasillo, de nuevo, como una risa contenida, ahora de un modo más distinto.

Nadechda Vasilievna clavó en los visitantes una mirada burlesca; la inesperada declaración le parecía una ridícula insolencia.

—Sí —confirmó Volodin, llevándose la mano al lado siniestro del pecho—; tengo el honor de pedir su mano y su corazón, señorita.

Se levantó, hizo una reverencia, avanzó hacia la joven, se arrodilló a sus pies, le cogió una mano y se la besó.

—¡Nadechda Vasilievna! —gritó, con los ojos en blanco—. ¡La adoro a usted!

Y se dio un formidable puñetazo en el pecho.

—¡Le suplico que se levante!

Volodin obedeció, volvió a sentarse, y apretándose el corazón con ambas manos, repitió:

—¡Nadechda Vasilievna! ¡La adoro a usted!

—Le ruego que me perdone —contestó ella—; pero me es imposible corresponderle. Tengo que educar a mi hermano. ¿No lo oye usted llorar en el corredor?

—¿Qué le va ni le viene en esto a su hermano?

—Mucho más de lo que usted piensa, caballero. Necesito pedirle consejo. Tenga usted la bondad de esperar un instante.

La huérfana corrió al pasillo, rodeó con un brazo el cuello de su hermano y se dirigió con él a su cuarto.

—¡Pícaro! —decíale—. ¡Siempre escuchando detrás de las puertas!

En el cuarto de Nadechda, los dos hermanos dieron rienda suelta a la risa, que amenazaba ahogarles.

—¿Has oído? —preguntó Nadechda.

—¡Calla! Estaba ya a punto de soltar el trapo.

—Vas a venir conmigo a la sala y no vas a hacer ninguna tontería. Cuando yo te pida consejo, contestas que no quieres que me case, ¿sabes? Si te dan ganas de reír, te tapas la cara con el pañuelo.

La joven y el niño entraron en la sala todo lo serios que pudieron, y se sentaron.

—Me he visto y me he deseado —dijo ella— para calmarle. ¡Lo que ha llorado el pobrecito! Como he hecho las veces de madre, la sola idea de quedarse sin mí...

Micha, para que no le viesan reír, se tapó la cara con el pañuelo, según lo convenido, y empezó a fingir que lloraba.

—¡Hi, hi, hi!

—¡No llores, monín!... Mira, el señor Volodin quiere que me case con él.

—¿Qué sería entonces de mí? —gimió el niño—. ¡No quiero que te cases, no!

Volodin, herido en su amor propio, protestó con acento airado:

—¡Me parece absurdo, Nadechda Vasilievna, que le pida usted consentimiento a una criatura como su hermano!

—¡Es más que absurdo: es ridículo! —refunfuñó Peredonov.

—¿Se debe ser, pues, cruel con los niños?

—Cruel, no, señorita —respondió Volodin—; pero blando, tampoco.

—¡El señor Volodin me pegará! —lloriqueó Micha—. ¡No quiero que te cases!

—¡Ya lo oye usted! Contra su voluntad no puedo casarme.

—¡Y que una mujer se someta a la voluntad de un mocosito!

—¡No, no puedo casarme contra su voluntad! Usted, por lo visto, no tendría inconveniente en destrozarme el corazón. Dice bien la pobre criatura: ¡le pegaría usted! ¡Y quizá a mí también!

—¡Por Dios, Nadechda Vasilievna! ¿Pegarle yo a usted? ¿Osar mi mano...?

La joven, sonriendo, interrumpió:

—Además, soy muy feliz soltera.

—¿Piensa usted quizá —preguntó Volodin, sarcástico— ingresar en un convento?

—¿O tal vez —añadió el profesor— en una colonia tolstoiana?

—No —contestó Nadechda—. Estoy divinamente en mi casa.

Y se levantó. Los dos amigos la imitaron.

—Considere usted, señorita —insistió Peredonov—, que es un bello sujeto. Le respondo de él.

—Le agradezco a usted infinito el honor que me hace; pero no puedo aceptar, caballero.

Volodin, pintada en el rostro la desesperación, suspiró:

—¡Paciencia! ¡Tendré que someterme a mi cruel destino!

Ya en la calle, empezó a quejarse amargamente de la ingratitud de Nadechda.

—¡Que Dios la castigue! ¿Qué daño le he hecho? ¿Por qué me ha rechazado? ¿Acaso porque no soy noble? ¿Soñará quizá con un príncipe?

El cuitado calló un momento, y prosiguió:

—Iré a la iglesia, le encenderé una vela a la imagen del Salvador y le pediré al cielo ver casada a esa ingrata con un calavera terrible, borracho, jugador, que la maltrate y que la arruine. Cuando el infame la haya reducido a la miseria, se acordará de mí; pero ya será tarde.

Conmovido por sus propias palabras, se llevó el pañuelo a los ojos.

Luego que se marcharon Peredonov y Volodin, Nadechda Vasilievna sujetó por los hombros a su hermano, que se desternillaba de risa tendido en el sofá.

—¿Conque escuchando detrás de la puerta?

Micha se incorporó, abrazó a la joven y empezó a darle besos. Ella se dejaba besar, sonriendo.

—¿Piensas que con tus mimos te vas a librar de ir al rincón?

—Estaría bueno que me castigases después del favor que te he hecho...

—El favor te lo he hecho yo a ti. Si no le hubiera dado calabazas a ese señor, tendrías un cuñado dentro de poco que te pegaría unas tundas... ¡Anda, anda al rincón, olisconcillo!

—Si te empeñas en castigarme, en vez de mandarme al rincón tenme de rodillas un rato... cerquita de ti.

El muchacho se arrodilló a los pies de su hermana, en cuyas rodillas apoyó la cabeza. Ella empezó a hacerle cosquillas en la nuca; pero de pronto se levantó y se trasladó al sofá. Micha se quedó arrodillado ante la butaca. Nadechda abrió un libro y se puso a leer. De cuando en cuando miraba de reojo a su hermano.

—¿Puedo ya levantarme? —preguntó el muchacho, pasados dos o tres minutos, con voz quejumbrosa—. ¡Me canso!

—¿Quién te ha mandado arrodillarte? —dijo la joven sonriendo.

—¡Señora Volodin! —gritó Micha, y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

X

Ludmila pensaba a toda hora en Sacha Pilnikov. No se cansaba de hablar de él a sus hermanas. No había noche que no lo soñase.

El domingo les rogó a sus hermanas que al salir de misa se llevasen con ellas a la excelente Kokovkina, diciéndole que iban a enseñarle un primor de costura, y la retuviesen todo el tiempo posible. Larisa, Daria y Valeria la complacieron.

Ella, vestida con su traje más lindo, perfumada con sus perfumes más exquisitos, llevando un frasquito de esencia en el bolsillo para perfumar también a Sacha, se lanzó a la calle sigilosamente, lo mismo fue llegar Kokovkina, y se dirigió a toda prisa a casa de la vieja.

La criada le dijo que su ama había salido.

—¿De veras? ¿No me engañas? —bromeó la risueña doncella—. Tal vez la señora no quiera recibirme y te haya dado orden de que me digas que no está. Voy a verlo.

Y entró en el comedor gritando:

—¡Ah de la casa!

Sacha acudió al punto, y la presencia de su amiga le hizo enrojecer de alegría.

—¿Dónde está Olga Vasilievna? —preguntó Ludmila.

—No sé. Se fue a misa y no ha vuelto aún.

Ludmila se mostró sorprendida.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Estás tú, pues, solo, tunante?

Sacha se sonrió. La belleza, la voz, la risa de la joven llenaban su alma de contento.

—Aún no me ha invitado usted a tomar asiento. ¡Qué amable! Estoy fatigada, necesito descansar unos minutos...

Los ojos de Ludmila claváronse, ardientes, en el colegial, que se ruborizó, y pensó con placer en que su bella amiga iba a estar allí un rato.

—¿Quiere usted que le perfume un poco? —le preguntó ella—. Huele usted demasiado a tinta y a latín.

—¡Con mil amores!

Ludmila sacó de uno de sus bolsillos un pulverizador, y de otro, el frasquito de esencia. Destapó el frasquito y vertió en el pulverizador un poco de perfume.

—¿No me invita usted a pasar a su cuarto, joven clásico?

—¡Con mucho gusto! Tendré un alto honor...

—¡Miren el mocoso, cómo sabe ser galante!

El colegial condujo a su habitación a Ludmila.

La joven, antes de tapar el frasquito de esencia, se había vertido una gota del fragante líquido en el hueco de la mano, que cerró y abrió luego repetidas veces para perfumar todo su anverso.

—¡Mira qué delicia de olor! —dijo oprimiendo con la blanca pulpa de sus dedos la boca y la nariz de Sacha.

El muchacho, entornando los ojos, aspiró con sensual deleite la exquisita fragancia. Y como la joven se echase a reír y acentuase perversamente la presión de su mano, se puso muy colorado y besó, sin saber lo que hacía, aquella carne suave, tibia y olorosa.

Ludmila suspiró y palideció al sentir el beso, invadido todo su ser por una ola de intensa voluptuosidad.

—Bueno... —balbuceó, retirando la mano—, voy a perfumarte.

Y apretó la perilla del pulverizador. El fragante polvillo líquido humedeció de un modo leve el rostro y la ropa de Sacha.

—Ponte de lado —ordenó la joven.

El colegial obedeció, sumiso.

—¡Ahora ponte de espaldas!

El colegial dio media vuelta sobre sus talones.

—¡De lado otra vez!... Huele bien, ¿eh?

—¡Vaya!

—¡Mejor que tu odioso latín!

Sacha lanzó una carcajada, abarquilló la lengua y le enseñó la puntita a su amiga.

—¡Mañana, después de almorzar, ve a mi casa! —dijo ella, mirándole con ojos risueños y provocativos.

—¡Bueno, con mucho gusto! —contestó él, rojo de alegría.

—¿Sabes dónde vivo? ¿Irás? ¿No se te olvidará?

—¡Sí, sí iré! ¡Palabra!

—¡Que no faltes! Te esperaré.

—¿Para qué quiere usted que vaya?

—¡Ya lo verás, chiquito mío! ¡Vales más oro, más platino, más brillantes que pesas!

—¡Es usted graciosísima! —exclamó Sacha, radiante de felicidad.

Al irse, la joven le dio un beso en la frente y le acercó la mano a los labios para que se la besase, lo que él hizo un tanto confuso, pero con visible entusiasmo.

Bajó la escalera, hasta donde él salió a despedirla, volviendo la cabeza a cada momento y dirigiéndole sonrisas tiernas al par que maliciosas.

“¡Es encantadora! —pensó el colegial cuando se quedó solo—. ¡Qué lástima que se haya ido tan pronto! ¡Podía haber estado un ratito más! ¡Y yo he debido acompañarla hasta el primer punto de coches!... ¡Qué bestia soy! Estoy por echar a correr, a ver si la alcanzo... Pero no; sería ridículo.”

Se sentó ante su mesa de trabajo y se absorbió en una prolija rememoración de los gestos y las palabras de su amiga. Sentía aún en la frente el dulce calor de su beso. “¡Con qué ternura besa! —pensaba—. ¡Así besarán las hermanas!... Oh, si fuera mi hermana, ¡qué dicha! Podría estar siempre a su lado, decirle palabras de cariño, llamarla Ludmilita de mi corazón...”

No tardó en volver Kokovkina.

—¡Qué bien huele aquí! —exclamó.

Sacha se puso colorado.

—Ha estado Ludmila —explicó, procurando que no se notase en su voz alteración alguna—, y al ver que usted había salido, ha entrado aquí un momento... “¡Cómo hueles a latín!”, me ha dicho —ya sabe usted lo bromista que es—, y me ha perfumado...

—¡Qué buen humor! —dijo la vieja.

—¿Son así todas las hermanas?

—Todas son, hijo mío, unas muchachas excelentes, tan cariñosas con los jóvenes como con los viejos, y tan alegres, que a su lado no se puede estar triste.

“Esta tarde —pensó el colegial, lleno de júbilo, cuando, a la mañana siguiente, le despertó la buena anciana— iré a ver a Ludmila.”

La mañana se le hizo larguísima. Nunca había esperado con tanta impaciencia la hora de almorzar. En cuanto almorzó le pidió permiso, muy turbado, a Kokovkina para salir.

—¿Adonde vas? —le preguntó ella.

—A casa de las señoritas Rutilov.

—¡Pero, criatura! Dirán...

—No dirán nada. Ludmila me invitó ayer a ir.

—Bueno, ve; pero ya sabes que a las siete tienes que estar aquí.

El colegial encaminóse a casa de Ludmila, después de peinarse muy bien y ponerse en el pelo un poco de pomada. Iba casi corriendo y con el corazón rebosante de felicidad, como quien se promete el goce de la mayor de las venturas. Pensaba con hondo placer en que iba momentos después a volver a ver a Ludmila, a besar su mano perfumada, a sentir en la frente el dulce calor de sus labios.

Las tres hermanas salieron al vestíbulo a recibirle. Alegres, risueñas, parlanchinas, le envolvieron en un torbellino de regocijo.

—¿Qué os parece el joven clásico? —gritaba Ludmila.

Sacha le besó la mano, y, por cortesía, se la besó también a Daria y a Valeria. Lo hizo con tal primor —tanto era su amor a este arte—, que nadie hubiera dicho que había empezado el día antes a besar manos de mujer. Las tres hermanas, a su vez, le dieron cada una un beso en la mejilla.

—¡Viene a verme a mí! —les advirtió Ludmila a Daria y a Valeria, llevándose a Sacha a su cuarto.

Ellas, ofendidas, contestáronle:

—¡No te lo vamos a robar!

El cuarto de Ludmila, amplio y con dos grandes ventanas al jardín, le gusto mucho al colegial. Sobre las mesas y en las *étagères* veíanse numerosos frascos de esencia, lindas cajitas de laca, abanicos, libros rusos y franceses...

—¿Sabes —dijo la joven— que he soñado contigo esta noche? Ibas nadando por el río y te pesqué con mi caña, como un pez.

—¿Y qué hizo usted conmigo?

—Te di un tirón de orejas y te solté... ¡Qué olor a pomada! ¿Te has puesto pomada en el pelo, mamarracho?

Sacha se ruborizó.

—Detesto la pomada. ¿No te da vergüenza? ¡Como una niña!... No lo hagas más, ¿estamos?

—¡Bueno, no se enfade usted!... ¿Quién diría, sabiendo lo que le gustan las esencias...?

—Eso es distinto. El olor de las esencias es fino, delicado. Espera, voy a perfumarte, como ayer. ¿Quieres?

—¿No he de querer?

Ludmila cogió un pulverizador y perfumó el cabello y la ropa del colegial con esencia de lilas.

—¡Muchas gracias! —le dijo Sacha, y le besó la mano.

—¡Tienes que cortarte el pelo! ¡No me gustan los muchachos con el pelo largo! ¡Que no se te olvide!

Las visitas de Ludmila a Sacha llegaron a ser casi diarias. Al principio, la joven iba a casa de Kokovkina a las horas en que la buena mujer solía estar ausente. Pero no tardó en despreocuparse de tal detalle, y si la encontraba en casa dedicábale algunos minutos y se iba luego de paseo con el colegial.

En la amistad tierna, cariñosa, que los unía, no todo era pureza por parte del pupilo de Kokovkina, en quien la joven, sin advertirlo, despertaba deseos precoces y vagos, que él mismo no hubiera acertado a definir.

Placiale al muchacho besar las manos de su amiga; aquellas manos finas, elegantes, flexibles, de piel delicada y olorosa. También le placía posar los labios en la albura tibia de sus brazos, subiéndole las anchas mangas.

Aunque le repugnaba mentir, le ocultaba a veces a la vieja las visitas de Ludmila, diciéndose: “Una cosa es mentir y otra es callarse la verdad.”

En poco tiempo hízose también muy amigo de Daría y Valeria. Les besaba la mano siempre que las saludaba, lo que no era óbice para que las tratase con una familiaridad que tenía mucho de fraternal.

XI

Una tarde, Ludmila se encontró en la calle con el colegial y le dijo:

—Mañana celebra sus días la hija del director. Supongo que Kokovkina irá a felicitarla.

—No sé.

Una dulce esperanza brotó en el corazón de Sacha: la vieja iría, probablemente, a casa del director, y Ludmila, aprovechando su ausencia...

—En casa del director —le dijo el colegial, por la noche, a su buena patrona— habrá mañana recepción...

—¿Por qué?

—Como es el santo de la hija...

—¡Es verdad! ¿Querrás creer que no me acordaba? Tendré que ir. Es una muchacha excelente.

En efecto, al día siguiente, por la tarde, la vieja se fue a casa del señor Jripach.

Sacha estaba seguro de que su dulce amiga no tardaría en presentarse. Y no se engañaba; poco después de irse la vieja llamaron a la puerta. Era Ludmila.

—Me esperabas, ¿eh?

—Te esperaba.

Ludmila, según acostumbraba, besó en la frente al colegial y le dio a besar su mano alba y fragante.

—¿No te dije yo que Kokovkina...?

—No se acordaba de que hoy era el santo de esa señorita. Gracias a que yo se lo recordé.

—¡Ah pícaro!... Y eso que no sabías que yo iba a traerte una golosina.

La joven sacó del bolsillo un paquetito.

—¿Te gustan los dátiles? —preguntó.

—¡Mucho! —Pues toma.

Ludmila sacó del paquetito un dátil y se lo puso en la boca a Sacha, dándole después la olorosa mano a besar. Luego sacó otro dátil y repitió las referidas coqueterías.

Cuando se disponía a obsequiarle con el tercer dátil, Sacha le propuso, riendo:

—¿Quiere usted que los besos los dejemos para el final? Sería mejor que le pagase todos los dátiles de una vez.

—¡No, que me engañarás! —contestó ella, apresurándose a cerrar el paquetito.

—No la engañaré a usted. Soy un muchacho muy formal.

—¡No te creo!

—¿Quiere usted el pago adelantado?

—¡Eso ya es otra cosa! ¡Muy bien! ¡Besa, besa!

Sacha cogió por la punta de los dedos la mano larga y fina que su dulce amiga le tendía; se la besó, y le preguntó, risueño:

—¿Y usted, Ludmilita, no me engañará? ¿Me dará usted luego los dátiles?

—¡No tengas cuidado! ¡Puedes besar tranquilo!

El colegial tornó a inclinarse sobre la perfumada mano y siguió dando besos en su nívea y suave blancura. Ludmila los contaba muy seria.

—Uno, dos, tres..., diez..., quince... ¿No te cansa el estar inclinado?

—Sí, un poco. Estaré mejor de rodillas.

Sacha se arrodilló ante su dulce amiga y siguió besándole las uñas, las yemas de los dedos, las palmas de las manos, los brazos.

—¡Qué granuja eres! —le dijo ella con ternura—. ¡Basta, basta!

Y levantándole, le sentó sobre sus rodillas como a un bebé.

—¡Así estarás mejor!

Él apoyó la cabeza en el hombro de la doncella y cerró los ojos. Su rostro estaba como la grana y sus pestañas temblaban. La doncella miraba con ojos soñadores a la lejanía a través de los cristales del balcón.

—¿Has sentido alguna vez, querido —preguntó suspirante—, la verdadera felicidad? ¿Has sentido alguna vez estremecerte todo tu ser de gozo y de dolor a un tiempo?

Y juntó sus labios con los del muchacho en un beso trémulo y largo.

De pronto se puso en pie a impulsos de un extraño arrebató, y profirió:

—¡Aunque tú pareces muy fuerte, yo soy más fuerte, no lo dudes!

—¿No lo he de dudar?

—¿Hablas en serio?

—¡Y tan en serio!

—Eso se puede ver en seguida. ¿Te atreves a luchar conmigo?

—¡Ja, ja, ja!

—No te rías; contesta. ¿Te atreves a luchar conmigo?

—No sería muy larga la lucha. En un abrir y cerrar de ojos la derribaría a usted.

—¿Tú, mocoso?

—¡Yo! Como lo oye usted.

—¡Ay qué miedo!

—Puede usted burlarse lo que quiera; pero tenga la seguridad de que si luchase conmigo...

—Los hombres no hablan tanto, obran.

—¿Se empeña usted en que luchemos? —amenazó Sacha—. ¡Pues va usted a ver!

Y cogió a la joven por la cintura.

La lucha comenzó. Ludmila no tardó en convencerse de que el colegialito era más vigoroso que ella, y recurrió a una estratagema: aprovechando un momento propicio, le echó la zancadilla y lo derribó. El colegialito la arrastró en su caída; pero ella se desasíó sin gran dificultad, se puso de rodillas y lo sujetó contra el suelo.

—¡Eso no vale! —gritaba él—. ¡Está fuera de todas las reglas de la lucha!

Pero Ludmila no le hacía caso y seguía sujetándole.

—¡Anda, valiente, derribame ahora!

—¿Se cree usted que me doy por vencido?... —contestó Sacha—. ¡Qué pronto canta usted victoria!

Y, merced a un supremo esfuerzo, se desasíó al cabo y derribó a su vez a Ludmila.

—¿Ve usted? ¿Ve usted?... ¡Conmigo no valen zancadillas!

El vencedor, magnánimo, se levantó, la faz enrojecida y hosca.

—¡Me has podido! ¿Hacemos las paces?

—Yo no quería reñir... Se ha empeñado usted. Me ha provocado...

—¡Sí, es verdad; he sido imprudente, temeraria! ¡Buena lección me has dado! ¡Perdóname!

El vencedor depuso su actitud severa. Una sonrisa de paz iluminó su rostro. Ludmila lo sentó de nuevo sobre sus rodillas. Fatigado, rendido, estuvieron un rato en silencio, las caras casi juntas, mirándose a los ojos...

—Peso demasiado —dijo él—; ya no soy un bebé. ¡Déjeme levantarme!...

—No, no —repuso ella—. Sigue aquí, quietecito.

Y le acarició los cabellos.

—¡Qué guapo eres, Sacha! —suspiró.

—¡Tiene usted unas cosas!... —protestó, confuso, el vigoroso luchador.

Ludmila le dio un pellizco en la mejilla; y como la divirtiese el verle enrojecer, repitió la caricia.

—¿Piensa usted que no me hace daño?

—¡Dios mío, qué sensible! —exclamó la doncella.

Luego de contemplar con arrobo durante unos momentos a su ídolo, le subió una manga y clavó una mirada ardiente en su brazo desnudo.

—¡Qué brazo más bonito! —murmuró.

Y se inclino de pronto y le besó arrebatadamente no lejos del codo. El muchacho, ruborizadísimo, intentó retirar el brazo; pero ella se lo impidió y siguió besando, besando... Sacha, al cabo, se dejó querer. Quedóse abstraído, como en éxtasis; una sonrisa extraña se dibujó en sus labios entreabiertos, y una súbita palidez tornó de cera sus mejillas.

Ludmila esperaba a su ídolo, que le había prometido ir; pero la hora fijada había sonado hacía rato y Sacha no llegaba. La joven estaba más nerviosa a cada momento y no hacía más que asomarse a la ventana. Sus hermanas se burlaban de ella.

—¡Dejadme en paz! —gritábales.

Cuando comprendió que ya Sacha no iría, empezó a llorar y a culpar a la excelente Kokovkina de que el colegial no hubiera cumplido su palabra.

—¡Vamos, Ludmila! —le dijo Daria. ¡Mira que llorar una mujer por un pipiolo!

—¡Es tan guapo! ¡Y tan inocente!

—¡Pero estás perdida por él! ¡Tiene gracia! ¡Por un chiquillo de catorce años!

—Es un amor puro, un amor casto...

—¡Eso cuéntaselo a tu abuela!

Para ver si se distraía un poco, la joven se vistió, se perfumó y se lanzó a la calle, con la vaga esperanza de encontrarse con Sacha.

Y quiso la casualidad que se lo encontrase.

—¡Vaya un hombre de palabra! —le riñó, llena de alegría.

Sacha se puso también muy contento.

—Se me ha hecho tarde —balbució—. ¡He tenido que preparar tanto trabajo para mañana!

—¡Embustero! Sencillamente, es que no has querido venir a verme. Vamos a casa; tengo que darte tu merecido.

El colegial opuso una débil resistencia, y, al cabo, se dejó convencer.

—¡Aquí le tenéis! —les gritaba Ludmila, minutos después, a sus hermanas.

Y se encerró en su cuarto con el colegial.

—¡Ahora vas a ver lo que es bueno! —le amenazó—. ¡Ya te enseñaré yo a dar palabras y no cumplirlas, pícaro!

Sacha, un poco turbado, la miraba y se sonreía. Sentía un ligero mareo, producido por el enervante olor a esencias.

XII

Peredonov, sorprendido en la calle por la lluvia, se refugió en un portal. Como viese en la puerta de enfrente un letrado que decía: “Gudayevsky, notario”, recordó que había en el colegio un alumno de segundo año hijo de aquel depositario de la fe pública, y decidió hacerle una visita a su familia para quejarse de su comportamiento.

El señor y la señora Gudayevsky hallábanse en casa. El marido era un hombre grueso, calvo, barbudo y de un dinamismo extraordinario. Sus movimientos y palabras eran casi siempre bruscos, súbitos. No había manera de prever lo que iba a hacer en el momento próximo. La mujer, alta y seca, era también nerviosa en extremo.

El colegial, Antocha, un muchacho de doce años, saludó cortésmente a Peredonov, que en cuanto hubo tomado asiento, invitado a ello por los señores de la casa, en una butaca del salón, empezó a quejarse de él, a decir que en clase no atendía a las explicaciones, charlaba y reía con sus compañeros, jugaba...

—En el salón de estudio, en los recreos —concluyó el profesor— se distingue por su travesura.

El muchacho, lleno de asombro, protestaba:

—¡Pero si hasta ahora nadie ha tenido nada que decir de mi conducta!

Los padres divergían en su manera de enfocar la cuestión.

—¡Perdone usted! —le preguntó el notario a Peredonov—. ¿En qué consiste la travesura de mi hijo?

—¡Haces mal en defenderle! —gritó la notaría—. ¡Si se porta mal, se le debe castigar!

—¡Necesito pruebas! —insistió el padre, levantándose y dando principio a un ir y venir vertiginoso a lo largo de la estancia.

—¡Su hijo —dijo el profesor— no se está quieto un momento, se pelea con los demás alumnos!

—¡Pero si yo no me he peleado nunca con nadie! —tornó a protestar el muchacho—. ¡Que pregunten en el colegio!

—¡Bueno; yo iré mañana mismo a preguntárselo al inspector! —contestó

el señor Gudayevsky.

—¿No basta que lo diga el señor Peredonov? —arguyó la madre—. Hay que castigar al niño. De lo contrario, haremos de él un sinvergüenza.

—No creo que haya dado motivo para que se le castigue. ¡Y no permitiré que se le castigue sin motivo!

La notaría intentó llevarse al muchacho a la cocina para vapulearle allí a su gusto; pero su marido se lo impidió.

—¡No, no permitiré que se le toque ni el pelo de la ropa!

Pero la señora se empeñaba en cumplir sus altos deberes maternos, y tiraba del chico, que ponía el grito en el cielo.

—¡Ayúdeme usted, Ardalion Borisovich! —rogó la severa educadora.

Peredonov se levantó; mas el notario corrió hacia él con los puños cerrados.

—¡No se meta usted en lo que no le importa! —le gritó amenazadoramente—. Puede usted salir malparado, señor mío...

El profesor, asustadísimo, retrocedió.

La lucha entre la mujer y el marido se hizo más violenta. La señora Gudayevsky, furiosa, daba unos tirones terribles del brazo de su hijo, intentando arrastrarlo al lugar del suplicio.

—¡Déjame educarlo! —vociferaba—. ¡No quiero que el día de mañana sea un canalla, un bandido! ¡Educado por ti, sería, de fijo, un criminal!

—¡Cállate, imbécil! —contestó Gudayevsky.

Y volviéndose a Peredonov, le soltó la siguiente andanada:

—¡La conducta de usted, señor mío, es indigna! Va usted de casa en casa denunciando, calumniando a los pobres niños. ¡Y todo lo que cuenta usted de ellos es mentira! No es usted un profesor, es un verdadero verdugo. ¿No le da a usted vergüenza?

—Mis deberes de profesor...

—¡Sus deberes! ¡Lárguese! No quiero verle un momento más en mi casa.

Con los puños cerrados, el notario avanzaba hacia Peredonov, que retrocedía, pintado el terror en el rostro.

—¡Ahí tiene la puerta! ¡Lárguese!

El profesor no dio lugar a que se le indicase por tercera vez que debía marcharse. Gudayevsky le siguió hasta la puerta, amenazándole con los puños. Antocha se echó a reír.

—¡Cuidadito, Antocha! —le gritó su padre—. Mañana iré al colegio a informarme de tu comportamiento, y si, en efecto, eres distraído, parlanchín, travieso...

—¡Todo eso son mentiras, papá!

—¡Cuidadito, Antocha! “Mentiras” no, “errores”. Sólo los niños pueden mentir; las personas mayores yerran.

Entre tanto, Peredonov había salido al recibimiento. Cuando estaba poniéndose, tembloroso, el gabán, se le acercó, con pasos tácitos, la señora Gudayevsky, y le dijo al oído:

—¡Le agradezco con toda el alma el interés que ha demostrado por la educación de mi hijo!... Yo no le dejo pasar una, mientras que mi marido, ese déspota, ese tirano..., ¡ya ha visto usted!... ¡Pero soy madre, estoy obligada a educarlo, y le he de sacudir el polvo, se lo juro a usted!

—¡No se lo permitirá su marido!

—Lo haré cuando se vaya al club. Lo haré... si usted me ayuda.

Peredonov, después de reflexionar un poco, contestó:

—Con mucho gusto; pero ¿cómo podré yo saber...?

—Le mandaré recado con la criada en cuanto se vaya ese mal padre.

¡Gracias, gracias!

Cerca de las diez de la noche, Peredonov recibió una carta de la señora Gudayevsky, concebida en los siguientes términos:

Mi estimado amigo Ardalion Borisovich: Mi marido se ha marchado al club y estoy libre de su tiranía hasta la una de la mañana. Tenga la bondad de venir en seguida para ayudarme a castigar a mi hijo, contra cuyos vicios hay que luchar enérgicamente ahora que es pequeño, pues más adelante sería ya tarde. Su afectísima,

Julia Gudayevsky.

P.S. —Le ruego que venga en cuanto reciba estas líneas, antes que se acueste Antocha. De lo contrario tendríamos que despertarle, lo que sería un poco violento.

El profesor se puso el gabán y el sombrero y se encaminó a casa del notario.

“¿Acaso —se dijo de pronto— se tratará de una celada? Tal vez el notario esté en su casa y me espere para pegarme.”

En la noche, tranquila, fresca y oscura, había algo de misterioso. Hacía un poco de viento. Oíanse ruidos leves, indefinibles, que le inspiraban al profesar una vaga inquietud. Antojábasele que seres adversos y cautos le acechaban en las esquinas. Le parecía que todos los objetos se recataban traidoramente en las tinieblas y vivían una vida arcana y hostil...

Vaciló. Quizás lo más prudente fuera volverse a casa. Pero acabó por decidirse a seguir su camino. No iba a ejecutar ningún acto reprochable; por el contrario, acudiendo a la cita, lo que hacía era dar una nueva prueba de su ardiente celo pedagógico.

Animado por este pensamiento, apretó el paso y no tardó en llegar a casa del notario. Se veía luz en una de las ventanas. Subió de puntillas la escalera, y después de un corto titubeo, llamó. El tintín de la campanilla, de una sonoridad estrepitosa en el silencio de la noche, le hizo dar un salto hacia atrás. Momentos después abrió la puerta la propia señora Gudayevsky.

—¿Es usted, Ardalion Borisovich? —susurró.

—Sí, soy yo. No ha vuelto su marido», ¿eh?

—No. Entre usted.

La dama condujo a Peredonov a las habitaciones íntimas, riéndose quedamente.

—¡Está en el club! —decía—. A la criada le he dado permiso para salir un rato. Nadie nos molestará, pues.

Andando de puntillas, atravesaron el corredor, pasaron por varios aposentos y se detuvieron en el de Antocha...

Peredonov volvió a su casa cerca de las doce. Varvara aún no se había dormido. Estaba echándose las cartas.

—¡No quiero que hagas brujerías mientras yo duermo! —dijo con enojo el profesor, cogiendo los naipes y guardándoselos debajo de la almohada.

Sentía un gran desasosiego. Veía en todo presagios siniestros. Debajo de la cama brillaban misteriosos, terribles, los ojos del gato, aquellos ojos verdes que parecían perseguirle. ¿Se habría convertido en gato alguno de sus enemigos?

Cuando se disponía a apagar la luz vio deslizarse por entre los muebles al trasgo. ¡Decididamente, todo se conjuraba contra su tranquilidad!

A la noche siguiente, Peredonov fue al club a jugar a las cartas. Encontró allí al notario. Al verle se atemorizó; pero no tardó en tranquilizarse: el señor Gudayevsky parecía hallarse en una disposición de ánimo nada belicosa.

La partida duró largo rato. Se bebió bastante. A eso de las doce, estando el profesor en el buffet, Gudayevsky se acercó a él, y sin decir una palabra, le dio una tremenda bofetada, rompiéndole los lentes, y se marchó. Peredonov, fingiéndose ebrio, se dejó caer cuan largo era, y empezó a roncar para que le creyesen dormido. Los testigos de la grotesca escena lo cogieron, lo metieron en un coche y se lo llevaron a su casa.

Al otro día no se hablaba en toda la ciudad más que del escándalo del club.

Cuando el profesor llegó al colegio, a la hora de clase, el portero le dijo:

—El señor director le espera a usted en su despacho.

“¿Qué querrá de mí?” —preguntábase receloso Peredonov mientras subía la escalera.

Llovían quejas contra él de los padres de los colegiales. El señor Jripach había decidido llamarle al orden, viendo en peligro la reputación del colegio.

—Me aseguran —le amonestó— que visita usted los domicilios de nuestros alumnos y les da a sus padres noticias inexactas acerca de su comportamiento, exigiendo que se les pegue en presencia de usted. Ha llegado también a mi conocimiento que, con motivo de una de esas arbitrarias visitas, anoche, en el club, el señor Gudayevsky...

Peredonov interrumpió, con voz que hacían temblar al mismo tiempo el temor y la cólera:

—El señor Gudayevsky es un canalla, que no tiene derecho a pegarme. Además, es un hombre de la cáscara amarga; no va a misa y cree en el mono; * es socialista y hay que denunciarle a las autoridades.

El director, después de mirar con atención, por espacio de algunos momentos, a Peredonov, replicó:

—Nada de eso le importa a usted. Además, ignoro lo que quiere decir

* El profesor aludía a las ideas darvinistas del notario. [T.]

“creer en el mono”. Es una expresión científica nueva para mí. Por lo que respecta a la injuria que le ha inferido a usted Gudayevsky, mi opinión es que debe usted llevarlo a los tribunales. Y un consejo, por último: yo, en su lugar, dejaría de pertenecer al profesorado del colegio.

—Se me ha prometido una plaza de inspector.

—Muy bien; pero me permito suplicarle a usted una cosa: que, mientras continúe de profesor, no vuelva a visitar a ningún colegial. Debe usted hacerse cargo de que tales visitas nos ponen a todos en ridículo. Es verdaderamente absurdo eso de ir a casa de los colegiales a pegarles.

—¡Lo hago por su bien, señor director!

—¡No discutamos! ¡Le ruego que se abstenga de manifestar así su celo! ¡Ah!... Se me olvidaba llamarle la atención sobre algo que quería hablarle hace tiempo: en sus clases los alumnos se ríen con tanta frecuencia y de una manera tan ruidosa, que se diría que, en vez de explicarles la lección, se divierte usted en contarles anécdotas cómicas.

Peredonov llegó a clase de muy mal humor. Y lo desahogó haciendo rabiar a los colegiales a quienes se había vapuleado últimamente en su presencia. De quien más se burló fue de un muchachito llamado Kramarenko. La pobre criatura le oía en silencio, pero con el rostro muy pálido y el brillo de la ira en los ojos.

Terminada la clase, Kramarenko bajó a la calle en pos del profesor y le siguió a cierta distancia.

Peredonov avanzaba con lentitud, deteniéndose a cada momento y mirando a su alrededor. Se imaginaba que sus enemigos le seguían por todas partes y se escondían en los portales, murmurando y riéndose. Eran legión. A veces trataba de sorprenderlos; pero huían y desaparecían cual si se los tragase la tierra.

Como oyese unas pisadas rápidas a su espalda, volvió la cabeza. Al ver a Kramarenko, pálido, con los ojos brillantes, casi en actitud de acometerle, se atemorizó y aceleró el paso. También lo aceleró el muchacho. Peredonov entonces se paró en seco, se volvió y le dijo furioso:

—¡Lárgate, sinvergüencilla, si no quieres que te lleve de una oreja a tu casa!

Kramarenko se detuvo a dos pasos del profesor, se quedó mirándole de hito en hito y contestó:

—¡Canalla!

Luego giró rápido sobre sus talones y se fue.

—¡Canalla! ¡Serpiente! —gritó, deteniéndose un momento, al ir a doblar la esquina próxima.

—¡Bribonzuelo!

El muchacho escupió y desapareció.

Peredonov siguió andando, y sin darse cuenta fue a parar a las afueras de la ciudad. A la puerta de una casa había un carnero, que clavó en él sus ojos estúpidos. “¡Cómo se parece a Volodin!” —pensó el profesor. Y sintió un miedo horrible; de pronto había cruzado por su mente la sospecha de que el carnero era el propio Volodin, que había tomado aquella apariencia para espiarle más a

su gusto. “No es ninguna cosa imposible —pensó—. Hay milagros. Los franceses, a pesar de su cultura, creen en los magos y en las brujas.”

Ya cerca de su casa —adonde se dirigió presuroso— topóse con Rubovsky, el jefe de los gendarmes. “¡No es casual este encuentro! —se dijo—. Este hombre me anda a las vueltas. Además, ha hecho apostarse en mi camino a numerosos agentes.”

—No estaría de más —le aconsejó con voz muy queda— que vigilase usted a la señorita Adamenko; está en correspondencia con los socialistas; juraría que ella lo es.

Desde la puerta oyó la risa de Volodin en el comedor, y su inquietud subió de punto. ¡Volodin estaba con Varvara! ¡Seguramente estaban tramando una maquinación contra él! ¡Querían deshacerse de él a toda costa!

—¿Sabes —le dijo Varvara al abrirle la puerta— que se ha escapado el gato?

—¿De veras?

La noticia no podía ser más alarmante. El gato habría ido quizás a casa del jefe de los gendarmes, y su denuncia, unida a los chismes de la criada... Abatido, desesperado, Peredonov se sentó a la mesa. Su cabeza se inclinó bajo el peso de dolorosos pensamientos.

XIII

El profesor y su manceba decidieron festejar su instalación en la nueva morada.

Invitaron a todas sus amistades.

Antes de que llegasen, Peredonov pasó revista al comedor, a la sala, a las alcobas... Todo estaba a su gusto. No había nada que pudiera provocar sospechas. La mayor parte de los libros hallábanse escondidos en la chimenea; en las paredes veíanse cuadros patrióticos y retratos del zar; ante los iconos ardían lamparillas de aceite.

Peredonov se frotó las manos, satisfecho, y murmuró:

—¡Muy bien! Ni los más recelosos...

Luego, su mirada se detuvo en las cartas, dispuestas ya sobre la mesa para la consabida partida. El profesor las cogió y se puso a examinarlas una por una. Los rostros de las figuras hicieronle torcer el gesto; se le antojó que le miraban con malicia, que se burlaban de él, como si estuvieran en el secreto de no sabía qué. Una de las sotas se sonreía con la misma insolencia que Varvara.

El profesor se dijo: “¡Ya le enseñaré yo a meterse en lo que no le importa!”

Y con unas tijeras le horadó los ojos. Después sometió a igual operación a las demás figuras.

“¡Así —pensaba— no podrán espiar!”

Los invitados fueron llegando. El trasgo se deslizaba, rápido, por entre sus piernas.

Todos les llevaban regalitos a Varvara y a Peredonov: pastelillos, manzanas, peras. Varvara aceptaba los presentes con sumo placer; pero, por

cortesía, protestaba:

—¿Para qué se han molestado ustedes?

Lo que no impedía que si el regalito era demasiado modesto o dos invitados llevaban el mismo, se enfadase.

—Cuando ustedes quieran —dijo Peredonov— empezaremos la partida.

Y la partida se empezó acto seguido.

—¿Qué es esto? —gritó Gruchina, al fijarse en sus cartas—, ¡A mi rey le han sacado los ojos!

—¡Y a mi sota también! —exclamó la señora Prepolovenskaya.

Todos los invitados celebraron con grandes risas, al mirar sus sotas, sus reyes y sus caballos, lo que suponían una humorada. Pero Peredonov permaneció grave y severo.

—Ardalion Borisovich —comentó Varvara, sonriendo— hace a veces sus travesuras...

—¿Cómo se te ha ocurrido dejar ciega a toda esta gente? —preguntó Rutilov.

—Las cartas —repuso Peredonov— no necesitan ojos. No tienen que mirar.

Se continuó el juego.

Como siempre, Peredonov tuvo poca suerte. Parecía que los reyes, las sotas y los caballos se burlaban de él, en venganza de lo que había hecho con ellos. Sobre todo, la maldita sota. Juraría el profesor que hasta rechinaba los dientes.

Agotada la paciencia, cogió, después de una importante pérdida, las cartas y las hizo pedazos.

Todos se reían mirándole.

—Cuando bebe un poco —dijo Varvara— se pone más raro...

Los jugadores continuaron con otra baraja la partida. De pronto se oyó un estrépito formidable. Todos se estremecieron y levantaron la cabeza. Un grueso guijarro, lanzado desde la calle, había roto un cristal de la ventana, yendo a caer casi a los pies de Peredonov. Oyóse en la calle un murmullo de voces ahogadas, seguido del ruido de unos pasos que se alejaban presurosos.

Las mujeres, asustadas, empezaron a gritar. Uno de los contertulios cogió el guijarro y lo examinó. Nadie se atrevió a acercarse a la ventana, hasta que la criada, enviada por Varvara a la calle a ver si había alguien en las inmediaciones de la casa, subió y dijo que no había nadie.

—Ha sido una hazaña de los colegiales —aseguró Volodin.

A todos les pareció que no iba descaminado, y se habló con indignación del salvajismo de los alumnos del colegio.

—¡Esta canallada —grito Peredonov— es obra del director! El señor Jripach me odia a muerte y procura hacerme todo el daño que puede. Sí; él es quien les ha inspirado a los alumnos la idea de tirar la piedra...

—¡No digas tonterías! —le interrumpió, riendo, Rutilov—. El director es incapaz...

Pero Gruchina lo creía capaz de todo.

—¡No le conoce usted! Es un hombre malísimo y vengativo como un demonio. Claro que él, directamente, no les habrá inspirado la idea a los alumnos; pero lo habrá hecho, acaso, por medio de sus hijos.

Cuando Varvara y Peredonov se quedaron solos y se dispusieron a acostarse, el profesor se imaginó que su manceba le miraba de una manera sospechosa. “¿Quién sabe? —pensó—. Quizás haya acordado con Volodin asesinarme esta noche. Seamos precavidos.” Y se llevó a la alcoba todos los cuchillos y tenedores de la casa, escondiéndolos debajo de la cama.

—Te conozco —murmuró, comenzando a desnudarse—. En cuanto nos casemos me denunciarás a las autoridades, para vivir dichosa en compañía de Volodin, mientras yo me pudro en la fortaleza de Pedro y Pablo...

Su sueño fue muy agitado. Soñó que los reyes y las sotas le rodeaban blandiendo sus aceros. Se hablaban al oído y trataban de deslizarse debajo de la almohada. Al principio, su conducta no fue excesivamente audaz; pero, poco a poco, fueron envalentonándose y llegaron a subirse al lecho. Se burlaban de él, le hacían guiños, le enseñaban la lengua. Lleno de terror y de angustia, intentaba ahuyentarlos, mascullando fórmulas sagradas que creía eficaces contra las fuerzas diabólicas, agitando las manos, amenazándoles a gritos.

—¿Por qué gritas? —le preguntó Varvara, encolerizada—. ¡No me dejas dormir!

Él gimió:

—¡El rey de espadas me quiere matar!

XIV

El domingo, cuando Peredonov y Varvara estaban desayunándose, llamaron a la puerta. Varvara se dirigió, de puntillas, al recibidor a ver quién era.

—¡Es el cartero! —dijo—. Nos trae una carta. ¡Pase usted! El cartero pasó al comedor. Varvara le escanció una copita de vodka y le cortó un gran pedazo de pastel. El buen hombre seguía ávidamente con los ojos sus movimientos. Peredonov le miraba con curiosidad e inquietud, encontrándole parecido de un modo asombroso al rey de espadas de su pesadilla.

—¿Es una carta para mí? —preguntó.

—Para la señora —contestó el evocador individuo.

Y luego de alargarle a Varvara, inclinándose respetuoso, la carta, se bebió la copita, cogió el pedazo de pastel y se fue.

Varvara le entregó la carta, sin abrirla, a Peredonov.

—Léela. Me parece que es de la princesa.

El profesor la abrió con mano temblorosa y la leyó rápidamente. Al concluir la lectura se levantó de un salto, agitó la epístola como una bandera recién conquistada al enemigo, y gritó:

—¡Hurra! ¡Dice que hay tres plazas vacantes! No tengo más que elegir. ¡Hurra, Varvara! ¡Hemos vencido!

Lleno de júbilo empezó a bailar. Con su rostro impasible y sus ojos inexpresivos parecía un muñeco mecánico de tamaño natural. Varvara le miraba en silencio, y una sonrisa maliciosa se dibujaba en sus labios. ¡Su

suspicaz amante se había tragado el anzuelo! ¡Nos casaremos, Varvara! ¡Viva la alegría!

El profesor cogió por la cintura a su manceba y se puso a dar saltos con ella en torno de la mesa.

—¡Bailemos, Varvara, bailemos!

Momentos después llegó Volodin y se encontró a sus dos amigos bailando uno frente a otro.

—¿Qué veo? —exclamó muy regocijado—. ¡El futuro inspector bailando!

Atraída por el ruido acudió la criada.

—¡Vamos a bailar nosotros también! —le gritó el maestro de ebanistería—. ¡Asociémonos a la alegría del futuro inspector!

Y fueron cuatro, al punto, los bailarines. Volodin, frente a la criada, bailaba el “camarinsky”,* con gran aparato de palmadas y genuflexiones. Varvara, en jarras, frente al profesor, hacía prodigios terpsicóricos no menos dignos de loanza. El suelo temblaba bajo los ocho pies frenéticos, como conmovido por un terremoto.

Por fin, fatigados, Volodin, Peredonov y Varvara sentáronse a la mesa. La criada se fue, muerta de risa, a la cocina.

Se bebió de un modo copioso aguardiente y cerveza, se rompieron no pocos vasos y botellas, se gritó, se rió, hubo brindis, canciones báquicas, abrazos. Luego, Peredonov y Volodin se cogieron del brazo y se fueron a pasear su júbilo por la ciudad. Peredonov ardía en deseos de enseñarles la carta a sus amigos.

—¿Vamos al club? —dijo.

—¡Vamos! —contestó el otro.

La epístola produjo gran impresión en la tertulia. Fue examinada concienzudamente, releída, punto menos que mirada al trasluz.

Rutilov, furioso, formulaba dudas acerca de su autenticidad.

—¡El cartero se la ha entregado a Varvara delante de mí! —le interrumpió Peredonov—. La he abierto yo mismo. ¡No, lo que es ahora, no cabe duda de que la ha escrito la princesa!

Todos le miraban con respeto: ¡le había escrito la princesa a Varvara, de su puño y letra!

Cuando hubo aplastado a Rutilov y a los demás escépticos de la tertulia, el profesor se despidió y corrió a casa de Verchina.

La mañana era calurosa, y la viuda le hizo pasar al cenador donde estaba Marta haciendo media.

—¡Tengo que darles a ustedes una noticia importantísima! —dijo el inesperado visitante, sentándose junto a la muchacha.

—¿Qué noticia es ésa? —preguntó Verchina.

—¡Adivinen ustedes!

—¿Cómo vamos a adivinar? ¡No somos zahoríes!

Al profesor le molestó un tanto que no quisieran calentarse un poco la cabeza. Estuvo cerca de un minuto silencioso, sombrío, inmóvil, con los ojos fijos en la labor de la polaca.

—Bueno —dijo por fin—; voy a enseñarles a ustedes una cosa que las llenará de sorpresa.

* Baile nacional ruso. [T.]

Y sacó del bolsillo la carta.

—¿Ven ustedes? ¡ahora no se me puede preguntar por el sobre! ¡No le falta detalle!... “Querida Varvara...”

Las dos mujeres escucharon, atentas, la lectura de la prometedor epístola. Verchina, dolorosamente sorprendida, tuvo que confesarse que se había equivocado al suponer fantástica la protección de la princesa: la empingorotada dama se comprometía muy en serio a pedir para el profesor la plaza de inspector. ¡Adiós a las esperanzas de casarle con Marta!

—¡Que sea enhorabuena! —le felicitó de un modo frío, casi hostil.

En el rostro de Marta se pintaba la estupefacción.

—¿Ven ustedes? —prosiguió el profesor, con acento triunfal—. Me creían ustedes un pobre hombre a quien se hacía comulgar con ruedas de molino. Pero ya se irán convenciendo de que no soy tan tonto. ¡Aquí está el sobre! ¡Ahora no cabe duda de que la cartita es auténtica!

Verchina y Marta se miraron, silenciosas.

—¿Qué diablos quieren ustedes decirse, mirándose así? ¡Me caso con Varvara! ¿Qué hay? Han resultado vanos los esfuerzos de muchas señoritas que intentaban pescarme.

Verchina envió por cigarrillos a la polaca, que se alejó presurosa del cenador. Peredonov se levantó.

—¡Es muy tarde! —dijo—. Tengo mucho que hacer: los preparativos de la boda...

La viuda le despidió con un “adiós” nada afectuoso. Estaba de muy mal humor: su protegida iba a quedarse para vestir imágenes.

Al salir de casa de Verchina, Peredonov sacó un cigarrillo y se dispuso a encenderlo: pero de pronto se fijó en que en la esquina próxima había un guardia que le contemplaba flemáticamente.

“¡Un espía!” —pensó, sintiendo oprimido el corazón por una angustia horrible.

No se atrevió a encender el cigarrillo. Acercóse al guardia y preguntó, muy respetuoso:

—Señor guardia: ¿se puede fumar en esta calle?

El otro le hizo un saludo militar y le preguntó a su vez con no menos respeto:

—¿Qué desea el señor?

—Quisiera saber si se puede encender en esta calle un cigarrillo.

—No se nos ha dado, en lo tocante a esa cuestión, ninguna orden.

—¿De veras?

—Ninguna. Si el transeúnte fuma, no estamos autorizados para prohibírselo; pero por otra parte, tampoco se nos ha ordenado que se lo permitamos.

—En ese caso..., puesto que el silencio de la ley se presta a dudas y a interpretaciones, me abstendré de fumar, como un ciudadano prudente y de sanas ideas. Y tiraré el cigarrillo.

Peredonov tiró el cigarrillo y se alejó. El guardia, asombrado, le siguió con los ojos hasta que torció por una bocacalle. “Este caballero —murmuró— debe

haber bebido alguna copita de más.”

El profesor se sentía más angustiado a cada instante. Todo se le antojaba sospechoso. Hasta las ramas de los árboles parecían que le espiaban, que se inclinaban para verle mejor, y juraría que susurraban burlas y amenazas. De nuevo pasó por delante de un carnero que, como el de la antevíspera, clavó en él sus ojos redondos y estúpidos. “No hay duda —pensó—, es Volodin.”

Momentos después oyó que le gritaban desde la otra acera:

—¡Eh, futuro inspector!

Era el joven maestro de ebanistería.

“Ha recobrado su aspecto ordinario —se dijo el profesor, secándose con el pañuelo la frente sudorosa— para despistarme.”

—¿Adónde vas tan abstraído? —le preguntó el supuesto carnero.

Y cogiéndosele del brazo, empezó a darle vaya, cariñosamente, a propósito de la inspección y de sus dotes de bailarín; pero él no le escuchaba, pensando en la terrible persecución de que era objeto.

Peredonov guardaba como oro en paño la carta de la princesa, y, cuando la enseñaba —lo que hacía con mucha frecuencia—, no le permitía a nadie tocarla. La leía en alta voz y la introducía de nuevo en su cartera, abotonándose después la americana, sin dejarse desabrochado un solo botón. Se le había metido en la cabeza que querían robarle el precioso documento.

Desde qué lo llevaba encima, su aire era más serio, más grave.

—¡Seré inspector en breve —decía—, y un inspector no es un cualquiera!

—¡Qué suerte! —exclamaba Falastov, cuando le oía darse tono.

—¡No me olvidaré de los amigos!

—Gracias, Ardalion Borisovich.

—¡Te buscaré un buen destinito!

—¡Dios te lo pagará!

Y Falastov, tomando en serio las promesas de su compañero, le trataba con el respeto de un subordinado.

XV

El futuro esposo de Varvara empezó a ir a misa casi diariamente. Escogía un sitio muy visible, y se persignaba un sinnúmero de veces, viniese o no a cuento el persignarse. Se pasaba largos ratos en una quietud absoluta, sin atreverse a hacer ni el más ligero movimiento. Dispersos por el templo, ocultos detrás de las columnas, escondidos en la penumbra de las capillas, misteriosos espías le acechaban. Algunos se esforzaban en provocar su risa. Entre los enemigos que trataban de hacerle reír distinguíanse las hermanas de Rutilov. Le miraban con ojos maliciosos; se decían: “¡Qué cara más graciosa pone!”; mordían el pañuelo para no soltar la carcajada; pero él permanecía impassible y no se dejaba coger en la trampa.

De cuando en cuando, en medio del humo del incienso, aparecía el trasgo

y clavaba en él sus ojillos rutilantes. A veces iba y venía, velocísimo, con un leve zumbido, por encima de las cabezas de los fieles; mas, generalmente, se les deslizaba por entre las piernas, llenando de angustia el corazón del profesor. Se veía que quería asustarle y obligarle de esta manera a abandonar el templo; pero él comprendía su intención diabólica y no se marchaba.

Un día, al salir de la iglesia, acabada la misa, vio en la puerta al maestro de primeras letras, Machiguin —un joven de cortos alcances—, en compañía de unas muchachas. El maestrillo bromeaba y galanteaba con las damiselas.

—¡Qué manera de conducirse en presencia de un futuro inspector! —se dijo Peredonov.

Y le dirigió una mirada severa. Momentos después, salió del templo Bogdanov, el inspector de escuelas primarias del distrito, un viejo de rostro color de ladrillo, poco inteligente y que parecía siempre asustado. Hallábase constantemente en un extraño estado de inquietud; la menor palabra, el menor rumor relativo a los acontecimientos locales le atemorizaban; pálido, arrugada la frente, empezaba a balbucear incoherencias.

Peredonov se acercó a él, le saludó y le dijo:

—¡Los maestros sometidos a su inspección se conducen de un modo inadmisibile!

El otro le miró con ojos espantados.

—¿Se refiere usted a algún caso concreto? —preguntó.

—Me refiero al maestro Machiguin. Ese joven, en misa, en vez de rezar, como cuadra a los buenos cristianos, corteja a las muchachas, se ríe, habla en voz alta, como si estuviera en el teatro. En la calle también se conduce muy mal, no respeta a las autoridades...

—¿De veras? Habrá que tomar ciertas medidas... ¡Estos maestrillos le vuelven a uno loco!

—Pues ¿y las maestras? Su conducta, salvo honrosas excepciones, escandaliza a la opinión pública. Esa Skobochkina, por ejemplo...

—¿Qué hace?... No sé nada...

—Se permite salir a la calle con un *jersey* rojo, como los socialistas, y a veces, vestida como una simple campesina. Estoy seguro de que es una socialista peligrosa.

En los grandes ojos redondos de Bogdanov se pintó el terror.

—¡Me deja usted estupefacto!

—Lo que oye usted, amigo mío.

—¿Una socialista peligrosa?

—Sí, peligrosísima.

—¡Virgen Santa, qué horror! ¡Habrá que tomar medidas radicales, extremas!... ¡Y sin demora alguna!... Hoy mismo le diré a esa joven que se busque otra ocupación. A Machiguin le llamaré al orden con toda energía... ¡Ya verá usted!... ¡No faltaba más! ¡Aviados estaríamos!

Y el inspector se alejó presuroso, como perseguido por alguien.

Peredonov decidió casarse con Varvara en seguida, para obtener lo más pronto posible la plaza de inspector.

El matrimonio Prepolovenskaya se encargó de todos los preparativos.

—No debe usted demorar su casamiento —le dijo Prepolovenskaya a Peredonov—. La princesa se enfadaría.

—Estoy dispuesto a casarme —contestó el profesor—; pero, la verdad, ignoro en absoluto lo que tengo que hacer para contraer matrimonio.

—No se preocupe usted; yo y mi mujer lo arreglaremos todo. Deje usted en nuestras manos el asunto.

—Con mucho gusto. No sabe usted lo que le agradezco...

—Los amigos, querido Ardalion Borisovich, son para las ocasiones.

—Únicamente he de advertirle que quiero que todo se haga como es debido, sin reparar en gastos.

—Se hará todo como es debido, no se preocupe usted.

—Quiero comprar unos buenos anillos de boda, de oro fino. Hay gente que, por avaricia, por economizar dinero, compra los anillos de boda de plata sobredorada; pero yo no soy partidario de esas economías. Casi estoy por comprar, en vez de anillos, brazaletes.

La señora Prepolovenskaya se echó a reír.

—¡Por Dios, Ardalion Borisovich!

—¿No resultaría bien?

—Sería una cosa contra todas las tradiciones. Los novios nunca han cambiado brazaletes, sino anillos.

—¿Está usted segura?... Habrá que consultarlo con el párroco.

Rutilov, que asistía a la conversación, dijo, burlándose:

—¿No sería mejor comprar, en vez de brazaletes, unos cinturones de oro?

Peredonov no se dio cuenta de que su compañero se mofaba de él, y contestó:

—Eso sería demasiado caro para mí. No soy un millonario.

Aquella noche se reunieron en casa de Gruchina todas sus amistades. La viuda las invitaba a cenar de vez en cuando, en la esperanza de pescar marido. La pesca del marido era su principal preocupación.

Cuando estaban tomando el té, la viuda y sus amigos empezaron a hablar de sueños.

—Yo soñé anoche —dijo Volodin— una cosa muy interesante. Soñé que estaba sentado en un trono, con una corona de oro, en medio del campo, y que me rodeaba un inmenso rebaño de carneros...

—¡Eras, pues, el rey de los carneros! —comentó Peredonov, sonriéndose malignamente.

Volodin, ofendido, renunció a seguir refiriendo su sueño y bajó la cabeza, al modo de los súbditos que el profesor le atribuía.

—Y yo —dijo Varvara— soñé una cosa que no se les puede contar a los hombres. Sólo a usted, querida Gruchina, se la puedo contar.

—¡Lo que yo soñé —repuso la viuda— tampoco se les puede contar a los hombres! ¡Qué casualidad!

—¡Cuéntenlo, sin embargo! —suplicó Rutilov—. Nosotros somos hombres honestos, de una conducta modelo, y pueden ustedes con toda confianza...

—¡No, no, no! —gritaron las damas.

Y se pusieron a charlar en voz muy queda. De cuando en cuando se reían

y hacían espavientos.

—¿No jugamos un rato? —preguntó Peredonov.

—Cuando ustedes quieran —contestó la viuda— empezaremos la partida.

A pesar de que Rutilov le aseguraba, muy serio, que era un gran jugador, Peredonov aquella noche jugó mal, como siempre. Conforme avanzaba la partida iba poniéndose de peor humor. Y lo que más le indignaba era la convicción de que su torpeza obedecía a la presencia del trasgo. El extraño ser le miraba con sus ojos brillantes desde debajo de la mesa, desde los rincones de la estancia, asomaba, burlón, su rostro por detrás de los jugadores, iba y venía, sin cesar, de un lado a otro, ágil, ingrátido, veloz... “Espera el momento propicio —pensaba el profesor— para algo misterioso, Dios sabe para qué. Lo advierto, lo adivino.” Y frías gotas de sudor se deslizaban por su frente.

Las cartas también le inspiraban miedo. Más miedo que nunca. Sobre todo, la sota de espadas, en cuyos ojos había aquella noche una expresión maligna que le estremecía. Al otro extremo de la mesa, dos jóvenes oficiales de la policía local fingíanse atentísimos a la marcha del juego; reían, charlaban, como si los hubiera llevado tan sólo a casa de la viuda el deseo de divertirse; pero él los veía espiarle y cambiar a cada momento miradas significativas.

—¡A cenar, señores! —dijo Gruchina, cuando la partida terminó.

Volodin, que tenía siempre un apetito de lobo, se llenó de alegría. En cuanto se vio ante las sustancias alimenticias empezó a comer con verdadera furia, como si llevase tres días sin probar bocado. Eran tan alarmantes sus ataques a los entremeses, sobre todo al caviar, que el ama de la casa le miraba inquieta, asustada.

—¡Parece que no está usted desganado! —le dijo en tono nada amable—. ¡Con su permiso, voy a ofrecerle caviar a Varvara!

Y puso fuera de su alcance el costoso entremés.

El joven maestro de ebanistería no se ofendió, aunque le dio a la maniobra la debida interpretación. Se había atracado ya a su gusto.

Peredonov miraba comer a los invitados, y el movimiento de sus mandíbulas le encolerizaba; creía que se estaban divirtiendo en hacerle muecas.

Después de cenar, la viuda y sus amigos pusieron a jugar de nuevo. Peredonov, que seguía perdiendo, no pudo contenerse, al cabo, y, tirando las cartas en medio de la mesa, le gritó a su amante:

—¡Se acabó, qué demonios! ¡Vámonos a casa!

Se fueron. La ciudad, desierta y oscura, reposaba en la paz nocturna, como una enorme bestia dormida. Cubrían el cielo espesas nubes.

—¡Qué noche! —renegó el profesor—. ¡Todo parece conjugarse contra las personas honradas!

El miedo le hizo arrimarse a Varvara todo lo que pudo.

Empezó a caer una lluvia fina, cuyo rumor, en el silencio de la noche, semejaba un monólogo machacón, soporífero, recitado por alguien que temiese no tener tiempo de acabarlo.

La naturaleza se mostraba hostil al profesor, que se la imaginaba inspirada por los sentimientos humanos más comprensibles para él: el odio, la envidia, la mala intención...

XVI

La boda debía celebrarse en un pueblecillo situado a siete kilómetros de la ciudad; Varvara no se atrevía a casarse en la misma localidad donde había vivido amancebada tanto tiempo.

Se ocultaba la fecha fijada para la ceremonia. El matrimonio Prepolovenskaya hizo correr la voz de que los amantes se casarían el viernes, aunque se había decidido que lo hiciesen el miércoles. Se quería evitar que la gente de la ciudad acudiese el día de la boda al pueblecillo.

—No le digas a nadie el día de la boda, Ardalion Borisovich —le advertía Varvara a su amante—. Serían capaces de hacernos alguna canallada.

Peredonov soltaba de muy mala gana el dinero preciso para los preparativos. A Varvara le costó gran trabajo sacarle algunos rublos para un vestido. Antes de dárselos, el profesor, que experimentaba un enorme placer humillándola, le dijo, alargando una pierna.

—¡Bésame la bota, si quieres que te dé el dinero!

Ella le besó la bota y escupió después.

“¡No me moriré por éste!” —pensó.

Hasta a los que habían sido designados como testigos se les ocultaba la fecha de la boda, temiendo que la hiciesen pública.

Los amigos objeto de tan señalada distinción eran dos: Rutilov y Volodin. Ambos habían aceptado gustosísimos: Rutilov, porque aquella historia le divertía y esperaba que sucediesen, durante la ceremonia, cosas pintorescas; Volodin, porque consideraba un alto honor el desempeñar un papel de tal importancia en las nupcias de un hombre como Peredonov.

Mas el martes por la mañana, el profesor le habló así a Varvara:

—Tú puedes contentarte con un solo testigo; pero yo necesito, por lo menos, dos; soy un hombre demasiado importante para contentarme con uno solo.

Y designó como segundo testigo a Falastov.

—Tiene una figura respetable —dijo—. Además, lleva lentes de oro, y eso viste.

La mañana del día solemne. Peredonov se lavó con agua templada —como hacía todos los días, temeroso de constiparse—, y le pidió a Varvara colorete.

—Debo parecer —explicó— lo más joven posible. Si parezco muy viejo, no me nombrarán inspector. Hasta el inspector de escuelas primarias se pinta.

Luego, se encerró con llave y dio principio a su *toilette*. Cuando iba a ponerse la camiseta pensó que debía marcarse el cuerpo con alguna señal, a fin de que Volodin no pudiera hacerse pasar por él, como proyectaba, y ocupar su puesto.

En el pecho, en el vientre, en los codos y en otros sitios se dibujó con tinta una “P”.

“Convendría —se dijo— marcar también a Volodin. Pero ¿cómo marcarle sin que se entere?... Además, aunque se le marcase, cuando se viera las marcas se las borraría.”

Ocurriósele después la idea de ponerse un corsé para estar más esbelto.

—¡Varvara, tráeme uno de tus corsés!

—Toma dos. Pruébatelos.

Mas los corsés de Varvara le venían estrechos al profesor.

—¡Debías haberme comprado uno! ¡Todo ha de ocurrírseme a mí!

—Pero ¿conoces a algún hombre que lleve corsé?

—Lo llevan muchos, tonta. Veriga, el inspector de escuelas primarias...

—¡Veriga es un viejo, y tú estás en la flor de tu edad!

Peredonov se sonrió, satisfecho, y se miró al espejo.

—Sí, estoy todavía bastante fuerte —afirmó—. Aún viviré lo menos ciento cincuenta años.

En aquel momento, los ojos misteriosos, terribles del gato, que salía de debajo del sofá, se clavaron en él y le atemorizaron. “No me cabe duda —pensó—. Es un enemigo que ha tomado esa apariencia, como Volodin toma la de carnero.” E intentó darle un puntapié; pero el felino volvió a meterse en su escondrijo. Peredonov se agachó y le acosó, lleno de rabia. Su maullar quejumbroso lo enardecía. La mirada fosforescente de sus ojos verdes le ponía frenético. De pronto, el supuesto enemigo dio un salto, pasó como un rayo por entre sus piernas y desapareció.

—¡Es un verdadero demonio! —gritó el profesor.

Hacia las diez llegaron la señora y el señor Prepolovenskaya y los tres testigos. Poco después llegó Gruchina.

Los novios habían preparado un *lunch*, compuesto de fiambres, vodka y licores. Sentáronse todos a la mesa y dieron principio a la ingestión de líquidos y sólidos. Peredonov comía muy poco y parecía presa de una gran angustia; el motivo de su inquietud era Volodin, de cuyos proyectos criminales estaba más convencido a cada instante.

—¡Por Dios! ¿Qué te pasa? —le preguntó Varvara.

—Después de la boda se calmará —dijo la señora Prepolovenskaya—. Sobre todo cuando consiga la plaza de inspector.

Gruchina lanzó una carcajada. Todo aquello la divertía. Preveía un escándalo. Y no sólo lo preveía, sino que había puesto de su parte cuanto le había sido dable para provocarlo. Por lo pronto les había dicho en secreto a todos sus conocidos la fecha verdadera de la ceremonia, a fin de inspirarles la idea de ir al pueblecillo en calidad de espectadores; luego les había dado algunos copecs a dos chiquillos, hijos del cerrajero del barrio, encargándoles de una misión especial.

—Cuando los novios vuelvan a la ciudad —les había dicho—, tiradles al coche piedras, tronchos de berza, cortezas... ¡Pero no le digáis a nadie que os lo he mandado yo! Juradme que no se lo diréis a nadie.

Los dos chiquillos se lo juraron del modo más solemne; pero ella, para mayor seguridad, les obligó a tragar un poco de tierra.

—Ahora, si faltáis a vuestra palabra, se os llevarán los demonios.

Todo ya a punto, los novios y los invitados se dispusieron a tomar el camino del pueblecillo.

Tres coches se aproximaron a la puerta. Había que ponerse en marcha lo

más pronto posible, antes que los carruajes llamasen la atención de la gente. En el primero se instalaron Peredonov y Varvara, en el segundo el matrimonio Prepolovenskaya y Rutilov, en el tercero, Gruchina, Volodin y Falastov.

Al atravesar la comitiva la Plaza Mayor, Peredonov tuvo una extraña visión. Envueltos en el polvo que levantaban los carruajes, creyó ver unos carpinteros con camisas rojas y aspecto de verdugos trabajando en la construcción de una especie de patíbulo. La visión sólo duró un instante. Cuando Peredonov, atravesada ya la plaza por los coches, volvía la cabeza aterrorizado, los terribles obreros y el patíbulo, o lo que fuese, habían desaparecido.

Durante todo el trayecto el profesor siguió sombrío, taciturno. Una enorme tristeza oprimía su corazón. Todo en torno se le antojaba hostil, malévolo, amenazador. El viento se le figuraba invisible y furioso enemigo que silbaba en su oído, al atacarle, maldiciones e injurias. El polvo que dejaba atrás el carruaje tomaba a sus ojos una vaga forma de serpiente. Parecía que los árboles se inclinaban sobre él en inquietante actitud; que el sol se ocultaba tras las nubes para espiarle mejor; que al conjuro de un ser arcano, poderoso y adverso, surgían de súbito a ambos lados del camino arbustos, bosquecillos, colinas y arroyos de magia. Un pájaro pasó volando por cerca del coche.

—¡Qué pájaro más raro! —dijo Peredonov—. ¿Lo has visto? Es un ojo con alas.

—¿Sí? No me he fijado —contestó Varvara sonriendo.

“Ha bebido mucho —pensó—. No conviene contradecirle. Es capaz, si se enfada, de renunciar al casamiento.”

XVII

En la iglesia los esperaban ya, escondidas detrás de las columnas, las hermanas de Rutilov. Habían ido tempranito, para verlos llegar. Peredonov no advirtió su presencia hasta que, empezada ya la ceremonia, salieron de su escondite y se situaron no lejos del altar. Al verlas le dio un vuelco el corazón. Podían armar un escándalo, empeñarse en que mandase a Varvara a freír espárragos y se casase en el acto con una de ellas. ¡Eran tan de armas tomar las malditas!... Pero no tardó en tranquilizarse. La actitud de las tres hermanas era pacífica; lo único que hacían era reírse como unas tontas. Su risa, queda al principio, ahogada, se iba haciendo a cada momento más ruidosa y provocativa. “No son mujeres —decíase Peredonov—. Son verdaderas furias.”

No había casi nadie en la iglesia; dos o tres beatas susurraban preces en la sombra.

Peredonov se conducía de un modo extraño: bostezaba sin cesar, balbuceaba cosas absurdas, le daba codazos a Varvara, se quejaba de ahogos y angustias producidos por el olor del incienso y la cera.

—¿No podrías conseguir —le dijo colérico a Rutilov— que tus hermanas dejasen de reírse? ¡Su falta de comedimiento es insoportable!

—¡No te enfades, hombre! Son unas chiquillas.

—¡Pero tú podías llamarlas al orden!

Para colmo de males, el trasgo había acudido también a la boda, y sus ojillos rutilantes miraban burlones al profesor desde un hombro del sacerdote. El extraño ser estaba cubierto de polvo.

Varvara y Gruchina encontraban ridículos los ritos de la ceremonia, y cada vez que se cruzaban sus miradas tenían que hacer grandes esfuerzos para no reírse. Rutilov se mordía los labios; procurando que ellas advirtiesen su contenido regocijo; se consideraba en el deber, como hombre galante que era, de divertir a las señoras. Volodin estaba muy serio, muy grave. Respetaba la parte externa de la religión, aunque era poco religioso. Acostumbraba a acatar las leyes y a cumplir los ritos. “Así —pensaba— se vive más tranquilo.” El templo le parecía una cosa muy útil; el frecuentarlo les conquistaba una buena reputación a los pecadores, que podían, fuera de su recinto, pecar todo lo que quisieran.

Apenas hubo terminado la ceremonia, una turba de beodos irrumpió en la iglesia. La presidía Murin, el propietario rural de la broma del taco. Componíanla los más joviales contertulios de Peredonov.

El propietario rural abrazó al profesor y gritó:

—¡Querías ocultarnos tu boda, pero no lo has logrado! ¡Aquí nos tienes! ¡No esperábamos que hicieras eso con nosotros!

Los demás también abrazaron al recién casado y protestaron ruidosamente.

—¡Bandido, no nos has invitado!

—¡Pero te has fastidiado, aquí estamos!

—¡Para nosotros no hay secretos!

—¡Vaya un amigo!

—¡Tanto que te queremos!

—¡Si no nos hubiéramos emborrachado un poco —dijo Murin— hubiéramos llegado a tiempo de ver al cura bendecirlos!

Peredonov miraba con ojos sombríos a sus contertulios y no les contestaba. Sentía una gran cólera y una gran inquietud. ¡Le espiaba todo el mundo!

Entre los alegres beodos había un joven, de largos bigotes rojos, a quien él apenas conocía. Le encontró en extremo parecido a su gato. ¿Sería su gato que había tomado apariencia humana para ir a la iglesia?

—¿Cómo han sabido ustedes que nos casábamos hoy? —preguntó Varvara.

—Nos lo han dicho...

—Pero ¿quién se lo ha dicho a ustedes?

—¡Cualquiera se acuerda!

—¡Qué discretos!

Murin se cogió del brazo de Peredonov y echó a andar, tirando de él, hacia la puerta.

—¡Ahora, Ardalion Borisovich —dijo—, no te escapas! Vamos a tu casa a bebernos una copa de champaña, en castigo de la mala partida que nos han jugado.

—¡Sí, sí —gritaron los demás beodos—, hay que castigarle, para que no vuelva a portarse así con los amigos!

Cuando los recién casados llegaron a la ciudad, el sol empezaba a ponerse, entre nubes de púrpura y oro. Peredonov, mirándolo con ojos huraños, pensaba: “¡Qué derrochadora es la Naturaleza! ¿Para qué gastar tanto oro y tanta púrpura?”

Los chiquillos del cerrajero y diez o doce más echaron a correr detrás del carruaje, en cuanto lo vieron, con gran algazara de gritos y silbidos. Peredonov temblaba de miedo. Varvara vociferaba:

—¡Sinvergüenzas! ¡Mal rayo os parta! ¡Y a las pueras de vuestras madres, que así os educan! ¡Canallas!

Y les escupía a los chiquillos, les enseñaba los puños, parecía a punto de saltar al arroyo.

Por fin, el coche se detuvo a la puerta de la casa, que se llenó de ruido, de risas, momentos después.

—¡Champaña, champaña! ¡Tenemos una sed horrible! —gritaban Murin y sus amigos.

Se bebió champaña, se bebió vodka. Luego, los novios y los invitados se pusieron a jugar a las cartas.

La juerga duró toda la noche. Varvara se emborrachó e hizo mil locuras. Peredonov rió y bromeó, alegre como unas castañuelas: Volodin no había logrado realizar sus planes diabólicos y suplantarle.

Los invitados trataban a Varvara con un cinismo grosero, sin asomos de consideración; pero ella no se enfadaba, creyéndolo muy natural.

Después de la boda todo siguió como hasta entonces en casa de Peredonov. Es decir, todo no: Varvara cambió un poco. Se hizo algo más independiente. Convertida en la mujer legítima del profesor, no se mostraba ya tan sumisa con él como antes. No había dejado en absoluto de temerle, pues no en balde le había temido por espacio de muchos años; él tampoco había dejado en absoluto de maltratarla, acostumbrado a hacerlo durante tanto tiempo, y hasta se permitía el lujo de pegarle de vez en cuando. Pero los malos tratos y los golpes no eran ya soportados por Varvara con la misma resignación que en la época prematrimonial.

Esto le inspiraba al profesor cierta inquietud. Los asomos de rebeldía de la sierva se le antojaban sospechosos; por lo visto, Varvara estaba firmemente decidida a desembarazarse de él y a poner en su lugar a Volodin.

“¡Hay que estar en guardia! —se decía—. ¡Hay que vigilarlos a los dos!”

A Varvara le complacía mucho el verse convertida en la señora Peredonov: su posición social era ahora hartamente elevada. Acompañada de su marido, hacía visitas no pocas veces a familias a quienes casi no conocía. En ellas solía conducirse de un modo ridículo, torpe y plebeyo.

Para presentarse en sociedad con el aparato indumental propio de su categoría, se había encargado un sombrero en casa de una de las mejores modistas de la ciudad.

—¡Que sea muy vistoso, todo lo vistoso posible! —había dicho.

El sombrero, enorme, con profusión de flores de colores chillones, le parecía una obra de arte.

La primera familia a quien visitó el nuevo matrimonio fue la del director

del colegio.

Las hermanas Rutilov, avisadas por la directora, a cuyo marido, el día antes, le había anunciado la visita Peredonov, acudieron con anticipación a casa de Jripach, llenas de burlona curiosidad.

Momentos después de su llegada, llamaron a la puerta los recién casados.

—¿Están los señores?

—Sí, señora. Serán ustedes los señores Peredonov... Pasen ustedes.

Los recién casados pasaron a la sala. La señora Jripach y las tres hermanas Rutilov se levantaron. Varvara le hizo a la esposa del director una ceremoniosa reverencia, y le dijo, con una voz lo menos áspera que pudo:

—¡Aquí nos tiene usted! Nos creíamos en el deber de presentarle nuestros respetos.

—¡Tanto gusto! —contestó la otra, invitando a Varvara a tomar asiento en el sofá.

Varvara se sentó con visible satisfacción; se ahuecó la crujiente falda de seda verde, y habló de esta manera:

—¡Hasta ahora he sido señorita, y ahora soy señora! Y hasta ahora no los habíamos visitado. Es natural; cuando una es señorita... Pero ahora Ardalion Borisovich y yo hemos decidido salir de nuestra concha y sostener relaciones con la buena sociedad. Espero que vendrá usted a vernos a menudo.

—Con mucho gusto; pero, según he oído decir, no seguirán ustedes aquí mucho tiempo...

—¿Ha oído usted decir eso?

—Sí; me han dicho que su marido será destinado a otra ciudad...

—Sí; la princesa Volchansky le ha prometido una plaza de inspector. Tendremos que irnos. Pero mientras no nos vayamos, sostendremos relaciones con la buena sociedad. No va una a meterse en un rincón.

—¡Claro!

Varvara, que, casada ya, le había escrito a la princesa pidiéndole para su marido otro destino, esperaba una respuesta favorable, por más que la princesa no se apresuraba a contestar.

—No creo que tardemos mucho —añadió— en recibir el nombramiento.

Las hermanas de Rutilov cambiaban miradas irónicas; la señora Peredonov estaba graciosísima con su enorme sombrero florido y su verde falda de seda.

—Nosotras creíamos —le dijo Ludmila al profesor— que se casaría usted con la señorita Sacha Pilnikov.

Peredonov no se dio cuenta de que se burlaban de él, y repuso con acento desapacible:

—¡Yo necesitaba una mujer que me pusiera en contacto con gente de influencia, y hubiera sido un tonto haciendo mi esposa a cualquier señoritinga!

—Sin embargo —insistió Ludmila—, usted cortejaba a Sacha Pilnikov...

—¿Yo?

—Sí, señor. Y estábamos seguras de que pensaba usted casarse con ella. ¿A qué se debe el que renunciase usted a sus proyectos? ¿Le dio a usted Sacha calabazas?

El profesor no contestó, como si no hubiese oído la pregunta. Cuando la regocijada doncella se disponía a repetírsela, dijo:

—¡Sigo en mis trece! ¡Sacha Pilnikov es una muchacha! ¡Y tengo que desenmascararla!

—¿Continúa con su idea fija, Ardalion Borisovich? —preguntó el director, que entraba en aquel momento.

XVIII

Las señoras empezaron a devolverle las visitas a Varvara.

Algunas, acuciadas por la curiosidad, no tardaron veinticuatro horas en hacerlo, ansiaban ver cómo vivía la ridícula recién casada. Otras —entre ellas Verchina, que tenía tantos motivos para detestarla—, diríase que no se acordaran de que las había visitado.

El nuevo matrimonio le daba a la devolución de las visitas gran importancia.

—Esta tarde vendrán tal vez a vernos fulano y su mujer —decía el profesor.

Y él y Varvara se preparaban para recibirlos.

Si fulano y su mujer no iban, los recién casados sufrían una cruel decepción.

Una de las visitas que esperaban con más impaciencia era la del matrimonio Jripach.

—¿No pensarán venir? —preguntábase.

Transcurrió una semana. El matrimonio Jripach no iba.

—¡Vaya una gente orgullosa! —decía Varvara, iracunda.

Peredonov se mostraba aún más irritado que ella.

En sus ojos se había apagado casi en absoluto el fulgor de la vida. Cada día se afirmaba más en la creencia de que sus enemigos querían matarle. Ya no les temía sólo a las personas y a los animales, sino también a los objetos. Los cuchillos y los tenedores le inspiraban un miedo cerval, y los escondía.

—¿Dónde están los tenedores? —le preguntaba Varvara.

—No los necesitamos —contestaba él—. Los chinos comen con palillos.

Durante algunos días no se comió en la casa más que sopa y sémola.

Varvara, en venganza de la tiranía prematrimonial de su marido, le seguía la corriente cuando le oía hablar de sus numerosos enemigos, y hasta solía decirle:

—Estoy segura de que te han denunciado a las autoridades y a la princesa para que no te den la plaza de inspector.

Estas palabras acrecían la tristeza del profesor, y Varvara, observándolo, experimentaba un maligno placer.

Peredonov sospechaba, hacía tiempo, que la princesa estaba enfadada con él; de no estarlo, le hubiera hecho un regalo con motivo de su casamiento, le hubiera enviado un pastel o un icono. ¿Cómo se las arreglaría para volver a su gracia? Quizá si le escribiera... Pero no se atrevía a escribirle, temeroso de empeorar la situación.

Rutilov y los demás camaradas seguían visitándole muy a menudo. Él los

acogía fríamente y sólo los obsequiaba con vodka. Había comprado una botella de vino de Madera para obsequiar al director. Como le había costado tres rublos, la consideraba casi una joya y la guardaba bajo llave en la alcoba. A veces se la enseñaba a sus amigos.

—¡Es para el director! —decía.

Un día le preguntó Rutilov:

—¿Estás seguro de que ese vino vale los tres rublos que te ha costado?

—¡Claro que lo estoy! ¿Tú lo dudas?

—¡Naturalmente! Mientras no nos lo des a probar...

—¡En seguida! Es un vino demasiado caro para vosotros. ¡Es para el director!

—Quizá el director prefiera el vodka...

—¡Ca! —contestó Peredonov, apresurándose a llevarse la botella a la alcoba.

Cuando la hubo puesto a buen recaudo, volvió al comedor y empezó a hablar mal de la princesa. Le sacaba de sus casillas el que le hiciera esperar tanto.

—Hay princesas y princesas. Cualquiera fregatriz puede convertirse en princesa, seduciendo a un príncipe arruinado y casándose con él. La princesa Volchansky vendía patatas en el mercado, de soltera.

—¡No digas tonterías! —protestó Rutilov—. Eso son invenciones tuyas. La señora Volchansky es noble de nacimiento.

Peredonov le lanzó una mirada de odio. ¿Por qué defendía a la princesa? ¿Sería, acaso, su cómplice? ¿Se habrían aliado los dos para perderle?

El trago iba y venía como un fuego fatuo por la estancia, todo trémulo de risa. “Mis desgracias —pensaba el profesor— le causan una alegría inmensa.”

Mirando en torno suyo, con ojos espantados, balbució:

—¡Qué vida, Dios mío! Le espían a uno siempre. En todas las ciudades hay una porción de gendarmes vestidos de paisano, que durante el día se dedican al comercio o a otra ocupación inocente, y en cuanto anochece se visten de uniforme y se van a casa del jefe local a contarle todo lo que han visto y oído.

—¿Y para qué se ponen el uniforme? —inquirió Volodin.

—Para presentarse ante el jefe, según exige la ordenanza.

—De modo que muchos cocheros, muchos barberos, muchos mozos de café...

—Son gendarmes.

—Y, ¡claro!, la gente no sospecha.

—A veces —susurró el profesor al oído de su amigo— esos gendarmes toman la apariencia de un animal, de un gato por ejemplo. Y, a lo mejor, crees tener un gato sobre las rodillas y lo que tienes es un gendarme.

Por fin, el director y la directora le devolvieron la visita al matrimonio Peredonov. Llamaron a la puerta de los recién casados, un martes por la tarde, a cosa de las cuatro. La criada los hizo pasar a la sala, y avisó a Varvara, que estaba entregada a las faenas culinarias y vestida muy de trapillo.

—¿Estás segura de que son los señores Jripach?

—¡Sí, señora! ¿Acaso yo no los conozco?... Ella viene elegantísima y muy perfumada.

Varvara, después de rogarle a su marido que les diera conversación a los visitantes mientras no salía ella, corrió a la alcoba a “arreglarse un poco.”

—Perdonen ustedes —dijo Peredonov, luego que hubo saludado— que Varvara se haga esperar unos momentos. Está vistiéndose. La llegada de ustedes la ha cogido guisando. Nuestra cocinera es muy torpe y tiene ella que hacerlo todo...

“Este hombre —pensaba el director, mirando a su subordinado— debía de estar durmiendo la siesta.”

Minutos después entró Varvara, vestida con una visible precipitación, encarnada, sudorosa. Les tendió a los visitantes la mano, no muy bien lavada, y dijo con voz un poco trémula:

—Perdonen ustedes que les haya hecho aguardar. No les esperábamos hoy; creíamos que vendrían un día de fiesta.

—No me gusta salir los días de fiesta —contestó la directora—. Las calles están llenas de borrachos.

Con no poca dificultad se entabló una conversación relativamente animada. La directora estaba muy amable; trataba a Varvara con indulgencia, como las señoras que se respetan tratan a las pecadoras arrepentidas, a quienes se les debe manifestar cierto afecto, pero procurando mantenerlas a prudente distancia para no mancharse a su contacto. Le dio algunos consejos relativos a la *toilette*, al mobiliario, etcétera. Varvara, alentada por su amabilidad, la escuchaba atenta en extremo; la emoción hacía temblar sus labios y sus manos. La otra la miraba con una repugnancia que le era muy difícil disimular. Aunque la trataba amablemente, le daba a entender, sin decirselo de un modo claro, que las relaciones más o menos amistosas entre ellas eran imposibles. Varvara no lo entendía, y se imaginaba que tendría, con el tiempo, una amiga íntima en la directora.

La actitud del director era la del hombre que se encuentra fuera de su centro, pero que hace de tripas corazón y lo disimula. No quiso beber Madera: no estaba acostumbrado a beber a media tarde. Sus esfuerzos para sostener una conversación seguida con Peredonov eran heroicos, pero vanos; los dos interlocutores se movían, espiritualmente, en círculos distintos y sin ninguna relación.

La visita, pues, no fue larga.

Cuando la puerta se cerró tras el matrimonio Jripach, Varvara manifestó una gran alegría.

—¡Gracias a Dios que se han marchado! —suspiraba, desnudándose—. Yo no sabía de qué hablar. Cuando una conoce poco a la gente se ve negra para darle conversación.

De pronto recordó que el director y su mujer no los habían invitado, al marcharse, a volver por su casa. Aquello le pareció una grosería, y la indignó; pero se apaciguó, haciéndose la consideración siguiente:

—Esas invitaciones no será costumbre hacerlas de palabra. Probablemente nos mandarán una tarjeta donde dirá el día en que reciben. La gente distinguida tiene para todo días y horas fijos...

¡Había entrado en el gran mundo! Este pensamiento halagó en extremo

su vanidad.

—Tendré que aprender —añadió— un poco de francés: en los salones, el no hablar francés está muy mal visto.

Mientras la mujer del profesor monologaba de esta suerte, la directora y el director, camino de su casa, hablaban así del nuevo matrimonio:

—¡Jesús, qué ordinaria es la tal Varvara! No es posible tratar con ella. ¡Y pensar que es la mujer de un profesor!

—Te aseguro que el profesor es su digna pareja. Tienen poco que echarse en cara. Estoy deseando que se largue. ¡Maldito lo que honra al colegio!

XIX

La borrachera que tomó el día de la boda había despertado en Varvara una desmedida afición a la bebida, en vez de hacérsela aborrecer. Y la mujer del profesor se achispaba a menudo, las más de las veces en compañía de Gruchina.

Una tarde, estando a medios pelos, aludió, en presencia de la señora Prepolovenskaya, a la carta que la viuda había falsificado por encargo suyo. La otra, aunque la alusión no había sido demasiado clara, no necesitó explicaciones para interpretarla con acierto. “¡Varvara —se dijo— ha engañado a Peredonov, y toda esa historia de la plaza de inspector prometida por la princesa es una fantasía!”

Aquello fue para ella un descubrimiento sensacional. Sin esperar al día siguiente, se lo contó a Verchina, la cual, a su vez, se lo contó a todos sus amigos. Al otro día, el engaño de que el profesor había sido víctima era público en la ciudad. La señora Prepolovenskaya, en cuanto vio a Peredonov, le hizo objeto de burlas nada disimuladas.

—¡Es usted un pobre hombre, Ardalion Borisovich!

—¿Yo, señora?

—¡Sí, un pobre hombre! Se deja usted engañar...

—¡A mí no me engaña nadie! ¡He estudiado en la Universidad!

—¡De poco le ha servido a usted!

—¡Señora!

Prepolovenskaya se alejó, sonriéndose malignamente.

Peredonov se quedó con la boca abierta. No acertaba a explicarse sus enigmáticas palabras.

“¿Qué querrá de mí? —cavilaba—. Sin duda, le tiene envidia a Varvara. La alta posición que ocuparé en breve no es para menos.”

Sin embargo, las reticencias de la inspectora forestal le inspiraban gran inquietud.

La malévola mujer ardía en deseos de abrirle los ojos; pero no se atrevía a hacerlo a cara descubierta, temerosa de provocar las iras de Varvara. De cuando en cuando le enviaba anónimos llenos de alusiones al engaño de que había sido víctima. Pero él los interpretaba a su modo.

En uno de los anónimos, Prepolovenskaya le decía:

“Acaso la princesa que ha escrito la carta viva en esta ciudad.”

Él pensó: “¡Es posible! Tal vez haya venido de San Petersburgo a espiarme. Quizá esté enamorada de mí y quiera separarme de Varvara.”

—¿Sabes dónde está la princesa? —le preguntó a Varvara, cuando estaban comiendo—. He oído decir que ha venido aquí a pasar una temporada.

Ella, por divertirse, no lo negó. Puso la cara de quien sabe algo y no quiere decirlo, se sonrió misteriosamente y contestó en un tono acorde con su gesto:

—¿Cómo voy yo a saber dónde está la princesa?

—¡Embustera! ¡Sabes dónde está! —gritó Peredonov, furioso, dirigiéndole a su mujer una mirada de pavor.

—¡No sé nada! Si se le ha ocurrido, como es muy posible, salir de San Petersburgo, ¿a cuento de qué iba a decírmelo? ¿Tenía que pedirme permiso?

—Así es que no te parece inverosímil que esté aquí...

—¡Qué ha de parecérmelo! Pero no puedo afirmar nada... Acaso se haya enamorado de ti y no pueda vivir sin verte.

Peredonov tomó la broma en serio y repuso:

—¿Qué cosas tienes!

—¡Es una suposición, hombre!

—Pero es una suposición tan aventurada...

—No tan aventurada. La princesa, como cada hijo de vecino, tendrá su alma en su almario.

—¿Y crees que puede haberse enamorado de mí?

Varvara respondió con una estridente carcajada.

Peredonov empezó a buscar por todas partes a la princesa. Cuando iba por la calle, miraba en torno suyo a cada momento, esperando verla. A veces parecía que la empingorotada dama se asomaba a una ventana, a una puerta. Hasta se imaginaba oírle susurrar:

“¡Por ahí pasa Peredonov!”

Los días pasaban y el nombramiento tan ansiosamente esperado por Peredonov no llegaba.

El profesor estaba cada día más impaciente. Se le ocurría con frecuencia escribirle a su protectora, pidiéndole noticias; pero no se atrevía. Pensaba que el hecho de escribirle a una aristócrata de tal fuste podía tener consecuencias muy desagradables para él; la princesa podía quejarse a las autoridades de su insolencia y darle un disgusto.

Varvara fomentaba su temor.

—¡Tú no conoces a esos grandes aristócratas! —le decía—. No les gusta que se les moleste. Cuando prometen algo y no cumplen su palabra, lo mejor es callarse. ¡Menudo orgullo tienen! Dios te libre de importunarles con preguntas impertinentes...

Peredonov prestaba oído atento a estas advertencias. ¡Había que ser en extremo prudente con los aristócratas! Mejor era esperar: acaso la princesa cumpliera aún su palabra.

Pero su optimismo duraba poco. Las inquietudes, los celos, no tardaban en turbar de nuevo su alma. Acaso la princesa trataba de perderle por medio

de denuncias; así lograría desembarazarse de él y no se vería obligada a cumplir la promesa que le había hecho. O quizá obedeciese su persecución a los celos; tal vez hubiera provocado su ira el que él hubiera contraído matrimonio con Varvara. Esto era lo más verosímil, si se tenía en cuenta que la muy piruja estaba enamorada de él. Por eso le rodeaba de espías, que le seguían paso a paso y acechaban todos sus movimientos, todas sus palabras. Era rica, poderosa y hacía lo que se le antojaba. La princesa se convirtió en su pesadilla, en su obsesión. El desventurado dio en la flor de levantarle falsos testimonios, de contar de ella cosas absurdas. A Volodin y a Rutilov les aseguraba que había sido su querida en otro tiempo y que le pagaba con verdadera esplendidez.

—¿Por qué te pagaba? —preguntó riéndose Rutilov.

—¡Por ser su querido! Pero yo me gastaba el dinero en juergas. No lo necesitaba. Además, me prometió señalarme una pensión para toda mi vida. ¡Y la muy sinvergüenza no cumplió su palabra!

—Pero ¿tú hubieras aceptado la pensión?

Peredonov no comprendió la pregunta y no contestó; mas el maestro de ebanistería contestó por él, filosóficamente:

—¿Por qué no había de aceptarla? Si era rica y quería placer, debía pagarlo.

—¡Era rica y horrible! —dijo Peredonov—. Había que verla: nariguda, picada de viruelas... ¡Un monstruo! Si no me hubiera pagado bien...

—¡Qué embustero eres! —exclamó Rutilov.

—¡Lo que digo es el Evangelio! Me pagaba espléndidamente, y yo hacía de tripas corazón. Ahora está celosa de Varvara, y se venga de nuestro casamiento no dándome la plaza de inspector prometida.

—¿Por qué no nos lo has contado hasta ahora?

—Porque esperaba que me diese la plaza.

—¡Magnífico!

Privado en absoluto de sentido moral, el desventurado contaba, con el mayor impudor, que se había vendido, por dinero, a una mujer. Volodin no lo ponía en duda. Rutilov, aunque no era muy crédulo, pensaba que acaso hubiera en todo aquello un fondo de verdad.

—Es vieja, mucho más vieja de lo que parece —prosiguió el profesor—. Para disimular la edad se pinta, se estuca, recurre a mil industrias fantásticas. Que se quede esto entre nosotros: si se enterase de que os lo he contado, se vengaría. ¡Es una mujer terrible!

Volodin sacudía la cabeza y miraba a su amigo con cierta admiración.

XX

Cada día se hablaba más en la ciudad de las cartas falsificadas por Gruchina a petición de Varvara. Era un tema de conversación divertido y sensacional. Todo el mundo aplaudía a Varvara, y se alegraba mucho de que hubiera logrado engañar a Peredonov. Y cuantos habían tenido ocasión de ver las

cartas falsificadas, aseguraban que en seguida habían comprendido que se trataba de un engaño.

Donde se comentaba con más regocijo la mala partida jugada al profesor por Varvara era en casa de Verchina. La viuda estaba furiosa con Peredonov, contra cuyo egoísmo se habían estrellado todas sus generosas astucias de casamentera. Verdad es que Marta había encontrado novio al cabo: Murin, el jovial propietario rústico, se le había declarado, y ella le había contestado con el más dulce de los síes. Sin embargo, Verchina le guardaba rencor al marido de Varvara. ¡No podía olvidar las groserías que le había aguantado!

Marta también triunfaba: el profesor se había casado con su amante, desdeñándola a ella, por obtener una plaza de inspector, y ahora se encontraba sin plaza y unido a su amante de por vida.

Vladia, el hermanito de la joven, también tenía sus motivos para odiar a Peredonov, que se complacía en amargarle la existencia, como a casi todos los colegiales.

Estas tiernas víctimas de su ardiente celo pedagógico le habían jurado un odio mortal al profesor, y experimentaban un placer diabólico hablando mal de él. Se había corrido la voz entre ellos de que el director del colegio había enviado un oficio a San Petersburgo, en el que afirmaba que Peredonov era un loco peligroso. Se aseguraba que, con tal motivo, el profesor sería sometido en breve a un reconocimiento psiquiátrico.

La gente, al ver a Varvara, se sonreía maliciosamente, bromeaba y hasta hacía alusiones nada veladas a la falsificación epistolar. Ella las escuchaba con una sonrisa descarada, y no afirmaba ni negaba.

No así Gruchina, que, cuando se le gastaban bromas acerca del asunto, ponía cara de susto y protestaba de su inocencia.

Un día se presentó en casa de Varvara y le reprochó de un modo violento su falta de sigilo.

—¡No diga usted tonterías! —le contestó Varvara—. Yo no he dicho nada a nadie.

—¿Cómo lo sabe entonces la gente? ¡Supongo que no creerá usted que se lo he contado yo!

—¡Pues yo tampoco se lo he contado!

—Lo mejor sería que me diese usted esas cartas. Si su marido de usted oye algo y las examina a conciencia, no tardará en convencerse de que no las ha escrito la princesa.

—¡Bueno; que crea lo que quiera ese imbécil! Me tiene sin cuidado.

Gruchina le dirigió a su amiga una mirada llena de cólera.

—¡A usted le tendrá sin cuidado, pero a mí no! —gritó—. Gracias a las cartas, se ha casado usted con él. A mí, en cambio, me pueden meter en la cárcel por haberlas escrito. Tenga la bondad de devolvérmelas. De lo contrario...

—¿De lo contrario, qué? —preguntó Varvara con rabia contenida.

—Haré que se anule el matrimonio.

—¿Que se anule el matrimonio? ¿Está usted loca? Aunque se suba usted a los tejados y se desgañite gritando que las cartas son falsificadas, no conseguirá que mi matrimonio se anule. ¡La bendición del cura es una cosa sagrada!

—¡Ya lo veremos! Para casarse se ha valido usted de una falsificación, y ya sabe usted, amiga mía, lo severa que es en ese punto la ley. Ardalion Borisovich, si se entera de la verdad, puede quejarse a las autoridades, y el Senado puede declarar nulo el matrimonio. ¡Contra el matrimonio, amiga mía, existe el divorcio!

Varvara se atemorizó y dijo, con tono conciliador:

—¡No comprendo por qué se pone usted así!

—¡Creo que me sobra motivo!

—No hay motivo ninguno para enfadarse de ese modo, mujer...

—¡Cómo! Se niega usted a darme las cartas...

—No me niego. La última, por lo menos —pues la primera la rompí—, no tengo inconveniente en dársela. Lo que ocurre es que, como la lleva siempre en la cartera mi marido...

Las dos mujeres se reconciliaron. Pero a Varvara no se le ocultaba que Gruchina no se calmaría mientras no tuviera la carta en su poder.

Y decidió robársela a Peredonov. Había que hacerlo cuanto antes, pues la impaciencia de la viuda no admitía largas demoras. Lo mejor sería aprovechar una borrachera del profesor. Afortunadamente para Varvara, las borracheras de su marido menudeaban desde hacía algún tiempo. A veces, incluso al colegio, iba borracho, y se conducía en las clases de manera tan vergonzosa, que hasta a los alumnos más perversos les inspiraba repugnancia.

Una noche volvió a casa más borracho que de costumbre. Sin embargo, llevaba, como siempre, abrochados todos los botones de la americana, y cuando, tambaleándose, se la quitó para acostarse, sacó la cartera y la guardó debajo de la almohada.

En cuanto se acostó quedóse dormido; pero con un sueño intranquilo, agitado. A cada momento pronunciaba palabras incoherentes y lanzaba gritos de terror. Varvara velaba y le acechaba, temblando de miedo, en espera de que su sueño se hiciese más profundo.

Por fin le oyó roncar. “Ya se ha quedado como un tronco” —se dijo—. Y para cerciorarse empezó a empujarle, a menearle. Él rechinaba los dientes, pero no se despertaba. Entonces Varvara encendió la vela, la colocó de modo que la luz no hiriese los ojos de Peredonov, y, saltándosele el corazón del pecho —tal era el miedo que sentía—, metió la mano, con extremada precaución, debajo de la almohada de su marido.

La cartera no estaba muy adentro; pero el apoderarse de ella no era empresa sencilla. Las sombras de los objetos interpuestos entre la vela y las paredes movíanse a modo de fantasmas. La atmósfera olía a aguardiente. Los ronquidos de Peredonov atronaban la estancia.

Por fin Varvara consiguió sacar la cartera, y después de coger con mano trémula la carta, la puso de nuevo en su sitio.

Por la mañana, cuando estaba vistiéndose, Peredonov la echó de menos.

—¡Varvara! ¿Dónde está la carta? —gritó muy alarmado.

La interpelada, simulando, no sin gran esfuerzo, la tranquilidad de una mujer que no tiene nada que reprocharse, contestó:

—¡Qué sé yo, Ardalion Borisovich! ¿No está en tu cartera?

—¡No! ¡Ha desaparecido!

—¿La has buscado bien? La habrás metido entre otros papeles...

—¡La he buscado bien! ¡He mirado todos los papeles, uno por uno! ¡No está!

—Como acostumbras enseñársela a todo el mundo, y la sacas a cada momento, es muy fácil que la hayas dejado caer en cualquier parte... O quizá te la hayan robado. Te pasas la noche bebiendo con tus amigotes, y no tendría nada de extraño...

“No le falta razón —pensó Peredonov—. He sido un imprudente.” Y se sumió en sus téticas cavilaciones. Acaso le hubiera robado la carta alguno de aquellos aparentes amigos, que eran, en realidad, sus enemigos más encarnizados y se habían jurado perderle. De quien más sospechaba era de Volodin. El maestro de ebanistería se habría apoderado, por lo pronto, de la carta, y proyectaría irse apoderando después de sus demás papeles, de sus documentos personales, para arramblar, por último, con la plaza de inspector y dejarle a él en la miseria.

Decidido a luchar contra sus enemigos con verdadera actividad, Peredonov se convirtió en un delator infatigable.

Cada día escribía una denuncia contra uno de sus supuestos perseguidores. Al primero que denunció fue a Volodin. Luego denunció a Rutilov y a sus hermanas, a la señora Verchina, a sus compañeros de profesorado, de quienes recelaba que querían arrebatarse la plaza de inspector.

Por la noche le llevaba las denuncias a Rubovsky, el jefe de los gendarmes.

Como el coronel vivía en la Plaza Mayor, al lado del colegio, las entradas y salidas de Peredonov en su casa mal podían ser un secreto para la ciudad. Pero el profesor estaba seguro de que lo eran, porque nunca llevaba de día las denuncias y subía y bajaba por la escalera de servicio.

Creyendo no despertar así sospecha alguna llevaba las denuncias escondidas bajo el gabán y las sujetaba con la mano derecha. Si se encontraba a algún amigo las sujetaba con la izquierda, mientras le saludaba.

—¿Qué lleva usted ahí escondido? —preguntábanle a veces.

—¿Yo? ¡Nada!

—¿Adónde va usted?

—A tomar el aire.

Con estas respuestas, el celoso delator creía engañar a los más linceos.

—¡Qué taifa de canallas! —le decía a Rubovsky—. Si fuera uno a creerles, ¡los mejores amigos del mundo! Pero yo no me dejo engañar. Ellos no saben que conozco todos sus actos criminales, todos los motivos que han dado para que se les meta en la cárcel o se les deporte a Siberia.

Rubovsky le escuchaba en silencio. La mayoría de sus denuncias, llenas de acusaciones estúpidas, se las enviaba al director del colegio; algunas se las guardaba.

El señor Jripach escribió a San Petersburgo diciendo que Peredonov, a juzgar por muchos de los actos que venía realizando desde hacía algún tiempo, debía de haberse vuelto loco.

En su casa, el profesor se creía rodeado de peligros y enemigos. Se imaginaba oír a toda hora ruidos sospechosos, murmullos burlones.

—Por ahí anda alguien de puntillas —le decía a Varvara—. Toda la casa está llena de espías y tú los dejas campar por sus respetos.

Varvara no se daba cuenta del estado de su marido. Atribuyendo a la embriaguez, tan frecuente en él, sus despropósitos, le contestaba con acritud:

—¡El vodka te hace ver visiones! Si no empinaras tanto el codo...

—Más valía —replicaba él— que en vez de decir estupideces velases por mi seguridad, ¡idiota!

—¿Yo qué culpa tengo de que estés borracho?

—¡Cállate, mala pécora!

La puerta de su despacho no cerraba bien, y Peredonov se imaginaba que por el resquicio le acechaba siempre un ojo maligno y siniestro. A veces, deslizándose como una sombra a lo largo de la pared, se acercaba a la puerta inquietante y la abría de golpe, con ánimo de sorprender al misterioso espía; pero el maldito siempre conseguía escapar a tiempo.

El gato se hacía cada día más antipático, y sus terribles ojos verdes no dejaban tranquilo un momento a Peredonov. A veces maullaba de una manera tan extraña, que el profesor sentía escalofríos. El felino quería perderle, no cabía duda, y como no lo lograba, estaba furioso. Él le escupía, le daba puntapiés, se persignaba, murmuraba jaculatorias de su invención; pero todo era en vano: el odioso animal no le dejaba a sol ni a sombra.

Aún le angustiaba más el trasgo. El extraño ser saltaba de silla en silla, lanzando grititos. Exhalaba un olor repugnante. Peredonov estaba seguro de que había acudido a su casa con el propósito de perderle. Era un diabólico aliado de sus numerosos enemigos. Y vivía allí, junto a él, misterioso, temible, preparando su perdición, espiándole, burlándose de él con desconcertante insolencia... Le perseguía por la calle, cambiando de aspecto a cada paso. Ya parecía un trapo, ya una cinta, ya una rama de árbol, ya una bandera, ya una nube de polvo. ¡Qué fatigosa era su persecución, tenaz, encarnizada! Y él no podía pedirle socorro a ningún ser humano, porque todos eran mortales enemigos suyos. En vez de socorrerle, las gentes a quienes acudiese harían todo lo posible por acelerar su perdición. No; no podía contar con nadie. Tenía que defenderse él solo. Pero ¿cómo?...

Un día se dijo de pronto: “ ¡Ya sé cómo cazar al trasgo!” Y puso en seguida manos a la obra.

Provisto de una brocha y de un frasco de cola se metió en su despacho y encoló todo el pavimento. Luego hizo la misma operación en las demás habitaciones, incluso en la cocina. “Así —pensaba— al trasgo se le pegarán las patitas al suelo y no podrá escaparse. Desgraciadamente, la artimaña no tuvo éxito. A él y a Varvara se les pegaron los pies al suelo pero el trasgo recorrió sin ninguna dificultad toda la casa, desternillándose de risa.

—¿A cuento de qué se te ha ocurrido esta imbecilidad? —gritaba Varvara, furiosa.

XXI

La manía persecutoria de Peredonov se acentuaba de día en día. El desventurado vivía en un mundo de espectros terribles. Un terror constante se pintaba en su rostro. No se atrevía a salir de noche. Había renunciado hasta a su partida de billar. Después de comer se encerraba en la alcoba, atrancaba la puerta con sillas, luego de dibujar con tiza en sus dos hojas numerosas cruces para ahuyentar a los espectros, y se ponía a escribir denuncias contra sus enemigos. Cuando terminaba las llevaba a casa de Rubovsky y se volvía a la suya a toda prisa, temeroso de que las tinieblas le sorprendiesen en la calle.

A menudo se le aparecían los reyes, los caballos, las sotas y las demás cartas, no como tales cartas, sino como seres humanos todos ellos, incluso los ases, los doses, los treses... Los ases, por ejemplo, se presentaban a sus ojos con personalidad de hombres gordos y barrigudos. A veces, los naipes fantasmas eran el vivo retrato de personas que él conocía.

Quien más malos ratos le daba era la sota de bastos. Peredonov se la imaginaba dotada de un gran poder y dispuesta a cogerle cuando menos se lo pensara y llevarlo a la cárcel. La endiablada sota permanecía horas y horas detrás de la puerta vigilándole.

Muchas cartas se parecían a alumnos del colegio; pero tenían patas de chivo. Se divertían en desfilar como soldados por delante de él. El trasco las miraba, riéndose.

El extraño ser se hacía cada día más insolente. Ya ni siquiera se escondía. Se burlaba de él con un irritante descaro. Peredonov, agotada la paciencia, decidió matarlo. Su risa le ponía frenético. Fue a la cocina por un hacha y destrozó con ella la mesa, en uno de cuyos cajones se había refugiado el trasco al verle tan fuera de sí. El trasco lanzó un grito de queja y de terror y huyó, dando tremendos saltos, al otro extremo de la estancia.

A Peredonov se le heló la sangre en las venas y le flaquearon las piernas. “¿Se rebelará contra mí —pensaba— y me morderá?” Pero no tardó en tranquilizarse; el extraño ser desapareció.

Algunas veces el profesor cogía las cartas, y pintada la ira en el rostro, se ponía a decapitarlas. Un día pensó que era muy peligroso cortarle la cabeza a los reyes, pues los espías podían denunciarle como regicida, y se limitó desde entonces a decapitar a los caballos y a las sotas. Como Varvara, en cuanto él deterioraba una baraja, compraba otra, Peredonov siempre tenía cabezas que cortar.

No tardó en imaginarse que, realmente, era un revolucionario terrible, vigilado por la policía desde su juventud, desde sus tiempos de estudiante. En aquella época había leído algunos folletos clandestinos y hasta había asistido a algunos mítines universitarios. Ahora pagaba aquellos crímenes. A eso obedecía el que se viese rodeado de espías.

Lo que le sacaba de sus casillas era la habilidad casi taumatúrgica de los espías para esconderse. Cuando el viento agitaba el papel mal pegado de las paredes, el ligero ruido que hacía le inquietaba. “Detrás de ese papel —decíase— hay espías escondidos.” Sus enemigos, por lo visto, habían dado orden de que se pegase mal el papel para que los espías pudieran esconderse allí. Recordaba

haber leído hacía tiempo una novela cuyo protagonista se ocultaba detrás del papel de la pared y apuñalaba a media noche a otro personaje.

Pero él no estaba dispuesto a dejarse asesinar. El se defendería. Prefería matar a que le matasen.

Aquella misma tarde compró un puñal muy afilado. Cuando volvió a casa, como hacía aire y estaban abiertas las ventanas, el papel de la pared se agitaba ligeramente. Sin duda, los espías, presintiendo el peligro, huían hacia los rincones de la estancia.

Peredonov sintió una cólera frenética y clavó en la pared, con toda su fuerza, el puñal. Imaginóse que bajo el papel se estremecía alguien. Lleno de triunfal alegría empezó a dar saltos y a aullar, sin soltar el arma.

Atraída por el ruido entró Varvara.

—¿Qué demonios te pasa? —gritó.

—¡Acabo de matar a un espía!

—¿Dónde estaba escondido? —Detrás del papel de la pared.

—¡A que lo que has matado ha sido una chinche!

—Sí, sí... ¡una chinche! Lo que es ése no vuelve a espiarme...

—¡Jesús, cómo te pone el vodka!

Aquel crimen imaginario despertó en Peredonov los instintos homicidas que duermen en el corazón de todos los hombres. El profesor, a partir de aquel día, sintió una constante e imperiosa necesidad de matar, de destruir, de aniquilar. Para satisfacerla, destrozaba a hachazos los muebles, talaba los árboles del jardín, figurándose que entre sus ramas se ocultaban malos espíritus.

Todo se le antojaba sospechoso, lleno de misteriosos peligros.

Varvara, para divertirse, se acercaba a veces de puntillas a la puerta de su despacho, y, con bronca voz, pronunciaba palabras amenazadoras. Él, asustado, abría la puerta de golpe, esperando encontrar en el vestíbulo a alguno de sus enemigos, y a quien encontraba era a su mujer.

—¿Quién había contigo? —le preguntaba.

—¿Conmigo? ¡Nadie!

—¿Cómo que nadie, mentirosa?

—¡Como no fuera el gato!...

—El gato no habla. ¡Eso le faltaba al maldito!

—¿Has oído acaso hablar? Cuando yo digo...

—Cuando tú dices... ¿Qué?

—Que tú eres capaz de inventarte...

—¡No me invento nada! ¡Aquí había alguien! ¡No estoy loco, gracias a Dios!

En la ciudad se hablaba con una insistencia creciente de las cartas falsificadas con que Varvara había logrado engañar a Peredonov y convertirlo en su marido. Hasta en presencia del profesor se aludía de un modo harto directo al engaño.

—¡Qué!... ¿Y la plaza de inspector, Ardalion Borisovich? —le preguntaban.

La señora Prepolovenskaya gozaba lo indecible dirigiéndole envenenadas

reticencias.

—No me explico —decíale— cómo no se ha ido usted ya a tomar posesión de su plaza de inspector.

—Estamos esperando el nombramiento —contestaba Varvara por su marido, haciendo casi sobrehumanos esfuerzos para no prorrumpir en insultos—. No creemos que tarde. En cuanto lo recibamos nos iremos.

—Sí, ¿eh?... Ya ha habido tiempo...

—¿Y qué vamos a hacerle nosotros, señora? ¡No vamos a dar prisa!

—¡Claro que no! Pero es muy raro.

—No... En los ministerios...

—¿Qué quiere usted que le diga?. .. Esa historia de la plaza de inspector empieza la gente a sospechar que sea una fantasía.

—¿Quién hace caso de la gente?

—Es verdad. ¡La gente es terrible! ¡Con decirle a usted que ya hasta duda que exista la princesa!...

Estas conversaciones ponían aún más triste a Peredonov, y suscitaban en su espíritu nuevos recelos. “¿Por qué no llegará —pensaba— ese dichoso nombramiento?”

Desde hacía algún tiempo, el profesor guardaba un hacha debajo de la cama y llevaba siempre un cuchillo sueco en el bolsillo. Por las noches, después de cerrar con llave todas las puertas, atrancaba la de la alcoba con numerosas sillas. De cuando en cuando ponía cepos alrededor de la casa, en el jardín y hasta en las habitaciones, diciéndose: “¡Lo que es ahora no se escaparán mis enemigos!”

Pero los cepos —obra suya— estaban tan mal hechos, que no caía nadie en ellos. Él lo atribuía a que sus enemigos los inutilizaban, y sentía una inmensa desesperación al pensar que la lucha con gente tan astuta y tan poderosa era insostenible.

Al maestro de ebanistería le consideraba el más peligroso de sus perseguidores. Iba a su casa, con frecuencia, a las horas en que sabía que no lo había de encontrar, y registraba los cajones de su escritorio, para ver si le había robado algún documento.

Después de mucho cavilar dio por fin con la causa del enojo de la princesa: la empingorotada dama le amaba todavía y la tenía enfadadísima el que él no se brindase a ser de nuevo su querido. ¡Era tan fea y tan anciana!

“¡Pasaré —pensaba con horror— de los ciento cincuenta años!”

Sin embargo, sería quizá lo más sensato capitular, hacer de nuevo de tripas corazón, pues la princesa era terrible.

Tal vez convendría escribirle.

Y, ni corto ni perezoso, Peredonov le escribió la siguiente carta:

La amo a usted porque es fría. Varvara es demasiado ardiente y se asa uno a su lado. Necesito una amante fría. Venga usted, si quiere, y viviremos juntos.

Lo mismo fue echar al correo la absurda misiva, el profesor sintió un miedo atroz. Lo que acababa de hacer podía tener consecuencias desagradables. La Volchansky, al cabo, era una princesa, una gran aristócrata. Aquello fue un nuevo motivo de inquietudes para Peredonov.

El trago, que había estado sin aparecérselo unos días, había vuelto a las andadas. Se le deslizaba por entre las piernas y se complacía en atormentarle, en irritarle. Sus ojos despedían chispas amarillas y parecía aún más malévolo y más soberbio.

El gato también le hacía sufrir mucho. Le dirigía miradas amenazadoras y lanzaba maullidos lúgubres, que le helaban la sangre en las venas.

“¡Qué siniestros presagios —decíase Peredonov—. ¡El desenlace se aproxima!” La insolencia creciente del trago y del gato probaban que uno y otro veían cercana su victoria.

¿Habría llegado la carta?... Acaso la princesa estuviese ya en la ciudad y se ocultase no muy lejos..., tal vez en la baraja. ¡Aquel caballo de espadas le miraba con tanta malicia! Quizá fuera él la princesa. O quizá lo fuese el caballo de copas... Lo malo era que Peredonov no había visto nunca a la Volchansky y no podía reconocerla. Si le preguntase a su mujer... Pero su mujer no le diría la verdad. Nunca se la decía.

Por fin el profesor decidió quemar la baraja. Tanto peor para la princesa si era ella uno de los caballos.

Esperó a que Varvara se fuera de compras, y en cuanto estuvo solo tiró la baraja a la chimenea. El fuego prendió al punto en ella. Los naipes se abarquillaban, se agitaban. Peredonov se imaginó que querían huir y los golpeó furiosamente con un hierro. Un torbellino de chispas policromas se alzó, rutilante. Y de pronto, en su centro, apareció una mujercita color ceniza: la princesa. Lanzaba gritos desgarradores, silbaba, escupía...

Peredonov, aterrorizado, se desplomó y empezó a aullar. El trago daba saltos a su alrededor y se reía con una risa victoriosa y siniestra.

XXII

Sacha Pilnikov estaba encantado con Ludmila; pero siempre que se la nombraba, la vieja Kokovkina se turbaba, diríase que se avergonzaba.

A veces, sus visitas hasta le daban miedo. El corazón casi cesaba de latirle y el rostro se le ensombrecía cuando, por la ventana, la veía llegar con su sombrero rosa y gualda. La esperaba siempre lleno de angustia y de inquietud, y se moría de fastidio cuando no la esperaba. Sentimientos contradictorios agitaban su alma, sentimientos oscuros, vagos, viciosos, por lo precoces, y deliciosamente turbadores.

Hacía dos días que Ludmila no iba. Sacha, que llevaba esperándola toda la tarde, se dijo, muy triste: “¡Ya no viene!” Pero en aquel momento oyó su voz en el pasillo. Hinchida el alma de alegría, corrió a su encuentro, le cogió las

manos y comenzó a besárselas.

—¿Qué le ha pasado a usted? ¡Dos días sin venir! —le reprochó.

Ella se reía, muy contenta. Exhalaba un delicioso olor a esencias japonesas.

— Momentos después se fueron ambos a dar un paseo por las afueras.

—¿No quiere usted acompañarnos? —le dijo Ludmila a la patrona.

—Soy demasiado vieja para esos paseos. Váyanse sin mí. Lo pasarán mejor.

—¿Y si hacemos tonterías? —preguntó, riendo con malicia, la regocijada doncella.

En la dulce quietud del aire parecían flotar nostalgias y añoranzas. La luz del sol se iba apagando, como la vida de un enfermo, en el cielo pálido y cansado, se teñían de púrpura, por occidente, los resplandores del ocaso. Las hojas secas cubrían, inmóviles, la tierra.

Ludmila y Sacha descendieron a lo hondo de un barranco. En aquella profundidad era aún más intensa la melancolía del otoño, y casi hacía frío.

Ludmila iba delante y llevaba la falda un poco levantada, lo que permitía ver la caña de sus coquetonas botitas y algo de sus medias color de carne. Sacha bajó los ojos y pensó, al fijarse en los tobillos de su amiga: “¿Por qué no se habrá puesto medias?” Un sentimiento vago y apasionado le turbó. Sus mejillas se arrebolaron. Le acometió una especie de vértigo. ¡Con qué gusto se hubiera prosternado ante la joven, le hubiera quitado las botas y hubiera posado los labios en sus pies desnudos!

Ludmila, como si hubiera sentido la mirada ardiente del colegial y hubiera adivinado sus recónditas ansias, volvió la cabeza y le dijo risueña:

—¿Te gustan mis medias?

—No..., yo no miraba... —contestó él, azoradísimo.

—Me había parecido...

—No, no... Le juro a usted...

—¡Son unas medias tan extrañas! No mirándolas muy de cerca parece que no lleva una medias, ¿verdad?

La joven se detuvo y se levantó más la falda.

—¿Verdad que son muy raras?

—¡No! ¡Son muy bonitas! —protestó, colorado como un tomate, el colegial.

Ludmila, sonriendo y mirándole con afectado asombro, exclamó:

—¡Calla, calla!... Ya empieza el mocoso a entender de bonituras.

Siguió andando. Sacha iba en pos de ella, confuso en extremo y sin atreverse a mirarle las piernas.

Cuando llegaron al otro lado del barranco se sentaron en el tronco de un álamo derribado por el viento.

—Tengo las botas llenas de tierra —dijo Ludmila—, y no puedo andar.

Se quitó las botas y las sacudió. Sus ojos se clavaron, maliciosos, en Sacha.

—¿Te gustan mis pies? —le preguntó—. ¿Verdad que son bonitos?

Sacha, colorado hasta la raíz de los cabellos, no sabía qué contestar.

Ella, sin dejar de mirarle, se quitó una media.

—¿Has visto en tu vida un pie más blanco?

La regocijada doncella se sonreía provocativamente. De pronto gritó, altiva, imperiosa:

—¡Arrodíllate! ¡Bésalo!

El colegial no se hizo repetir la orden.

—Me gusta ir sin medias —dijo ella—. Voy a quitarme también la otra.

Se la quitó, se guardó luego las dos en el bolsillo y volvió a ponerse las botas. No se advertía en su semblante la menor señal de turbación.

—¿No se constipará usted? —le preguntó Sacha.

—¡No tengas cuidado! ¡Soy más fuerte de lo que tú crees!

Una tarde, Ludmila fue a casa de Kokovkina y le dijo a Sacha:

—¿Quieres prestarme un gran servicio?

—¡Con mucho gusto! Usted dirá...

—Necesito que me ayudes a colgar una *étagère*. ¿Quieres venirte conmigo?

Sacha era muy aficionado a clavar clavos, y aceptó gustosísimo, con tanto más motivo cuanto que le era siempre en extremo agradable pasar un rato en compañía de Ludmila.

—¡Pues, andando, señor colegial!

—¡Vamos! —contestó Sacha, cogiendo el sombrero.

Una vez en su cuarto, Ludmila le hizo a Sacha tomar asiento, y, detrás del biombo, cambió de indumentaria en un santiamén.

—¡Qué coquetona! —exclamó el colegial cuando la vio salir con una falda corta, sin medias, los brazos desnudos, lozana y fragante como una flor recién abierta.

—¿No se echan de menos las medias?

—¡Usted siempre está encantadora!...

—¡Oh, qué galante!

—Bueno; vamos a trabajar. ¿Dónde están los clavos?

—¡Jesús! ¡Qué prisa tienes! ¿No quieres charlar conmigo un rato?

—¿No he de querer?

—Pues entonces, mocoso, espérate un poquito. Nadie te corre. Nos sobrará tiempo para colgar la *étagère*. ¡Cualquiera diría que estás deseando irte!

—¡Ya sabe usted, querida Ludmila, que si dependiese de mí, estaría a su lado hasta que me echase!

—¡Embustero!

—No necesito jurárselo.

—¿Sabes —suspiró la joven— que cada día eres más guapo?

Sacha se ruborizó, se echó a reír y sacó la lengua.

—¡No diga usted tonterías! —protestó—. ¡Me importa un comino el ser guapo o feo!

—Te importará un comino; pero eres muy guapo.

—¡Por todos los santos, Ludmila, no me piropee usted más!

—¡Me da la gana! ¡Eres guapísimo! ¡Tienes una cara preciosa!

—¡Ja, ja, ja!

—Y debes tener un cuerpo...

Ludmila rodeó con su brazo derecho la cintura del colegial y su mano izquierda empezó a acariciarle los cabellos.

—Anda, enséñamelo..., nada más que hasta la cintura... —le rogó.

—¡Qué cosas se le ocurren a usted! —dijo él, ruboroso y un poco contrariado.

—¡Anda, tontín!

—Pero, Ludmila...

—¿Por qué no quieres? Si no tiene nada de particular...

—Sí, sí; pero.

Pero ¿qué, criatura?

—Podría entrar alguien...

—¡No entra nadie! —contestó la joven con tono ligero, como si no le diese importancia a lo que pretendía.

Y como el colegial no cediese, añadió, levantándose y dirigiéndose a la puerta:

—¡Cerraré con llave para que estés más tranquilo!

Sacha, al ver que, en efecto, cerraba con llave, comprendió que no se trataba de una broma. Su frente se llenó de frías gotitas de sudor.

—¡Ludmila, por Dios! —suplicó.

—¡Jesús, qué tonto eres! ¿Qué te va a pasar?

La cabecita joven sujetó al muchacho y empezó a desabrocharle la blusa. Él se resistía, le atenazaba la muñeca, pintado el espanto en el rostro.

—¡Déjeme, déjeme! —imploraba.

La vergüenza le hacía bajar los ojos. Poco a poco le fueron faltando las fuerzas y acabó por soltar la mano de su admiradora, que, con gesto resuelto, las cejas fruncidas, siguió desabrochándole. Cuando hubo logrado desanudarle el cinturón, la joven le quitó la blusa y le dejó en mangas de camisa. Él entonces hizo un esfuerzo desesperado, se desasíó y echó a correr a través de la estancia, tropezando con los muebles. Pero Ludmila le dio alcance junto al sofá, sobre uno de cuyos cojines le derribó, medio desvanecido por el enervante perfume de sus ropas, de su carne y de sus cabellos.

En la lucha, saltaron todos los botones de la camisa del muchacho. Ludmila le desnudó los hombros, y se disponía a desnudarle los brazos, cuando él comenzó de nuevo a defenderse.

—¡Veremos quién puede más, mocoso! —murmuró ella, jadeante.

En aquel momento el colegial, en su braceo desesperado, le dio, sin querer, un manotazo muy parecido a un bofetón.

Ella se estremeció y se puso como la grana, pero siguió luchando.

—¡Ah maldito, me pegas! —rugió.

Sacha, avergonzado, bajó los ojos y, como un hombre que renuncia a defenderse, dejó caer los brazos.

La joven, entonces, aprovechando ocasión tan propicia, se los desnudó rápidamente y pudo, al cabo, contemplarle sin ropaje alguno de medio cuerpo arriba.

El doncel sintió frío y vergüenza. Una vergüenza como nunca la había sentido.

—¡Chico, no hay motivo para que te pongas tan colorado! —le dijo

Ludmila.

Estaba sentada junto a él y le había cogido una mano, que apretaba hasta casi estrujársela. Con la mano libre le daba palmaditas en la espalda desnuda. Intentaba, en vano, encontrar la mirada de sus ojos bajos, velados por las negras y largas pestañas.

De pronto el doncel empezó a hacer pucheros.

—¡Déjeme usted! —gimió—. ¡Es una vergüenza todo esto!

Y se echó a llorar. Los sollozos estremecían todo su cuerpo. Ludmila, confusa, asustada, le soltó la mano, cesó de acariciarle y se levantó.

—¡Mira que llorar como un bebé! —le reconvino—. ¡Parece mentira!

Él volvió la cabeza y se llevó la mano a los ojos, para secarse las lágrimas, avergonzado de su llanto.

La joven miraba su espalda desnuda ávidamente. ”¡Cuánta belleza — pensaba— hay en el mundo! Pero la gente la cubre con trapos para que no se vea.”

Sacha se levantó y comenzó a vestirse; es decir, a intentar vestirse, porque en su turbación no acertaba a meter los brazos por las mangas de la camisa.

Viendo sus apuros, Ludmila le tiró la blusa y le dijo con acritud:

—¡Toma, estúpido! ¡No tengas miedo, que no te van a comer!

Luego le tiró el cinturón, se acercó a la ventana y se puso a mirar al jardín.

Apresuradamente, sin haber llegado a ponerse la camisa del todo, el colegial se cubrió el cuerpo con la blusa. Luego le dirigió a Ludmila una mirada de arrepentimiento. Juraría que estaba llorando. Acercóse, con táticos pasos, a ella; la miró, tímido, a los ojos, y vio que, en efecto, estaba derramando lágrimas. Su llanto le produjo profunda impresión. La ternura y la lástima sucedieron en su corazón a la cólera y la vergüenza.

—¿Por qué llora usted, querida Ludmila?

Ella no contestó.

—Llora usted porque le he pegado, ¿verdad? Pues le juro que lo he hecho sin querer... Braceando para defenderme...

—¡No lloro por eso! Lloro porque te duele tanto el satisfacer un capricho tan inocente como el mío... ¿Qué hay de malo en que yo te vea los hombros desnudos?

—¡Me da mucha vergüenza, Ludmila!

—¡Qué tontería!

—Pero ¿por qué tiene usted ese empeño?...

—¿Por qué? —contestó con impetuosidad la joven—. Porque soy una pagana, porque yo debía haber nacido en Atenas, entre los paganos, que sabían apreciar la belleza y no la ocultaban. Amo las flores, los perfumes, los bellos ropajes, los cuerpos desnudos. Dicen que hay un alma... No lo sé, no la he visto. Desde luego, no me interesa. Cuando mi cuerpo muera, todo acabará para mí. No es para mí ningún consuelo vivir en espíritu después de muerta. El alma me tiene sin cuidado. Lo que yo amo es el cuerpo, el cuerpo fuerte, ágil, desnudo, que sabe sentir los placeres, las delicias...

—Y que también sufre —interrumpió Sacha con dulzura.

—¡Sí, es verdad, también sufre! Pero hasta en los sufrimientos hay placer.

¿Qué importan los sufrimientos, mientras puedan los ojos recrearse en la belleza del cuerpo desnudo?

—¡Da tanta vergüenza estar desnudo!

—¿Vergüenza por qué, tonto? ¿Es algún crimen?

—No es un crimen...; pero...

La joven, de pronto, se prosternó ante el colegial y empezó a susurrar, besándole las manos:

—¡ídolo mío, vida mía, déjame mirar un instante, nada más que un instante, tus hermosos hombros! ¡Te lo pido por lo que más quieras!

Sacha suspiró; bajó los ojos, ruboroso, y se despojó, con mano trémula, de la blusa y la camisa. La joven se abalanzó sobre él y le cubrió los hombros de besos. Sus manos ardientes acariciábanle la espalda. El se estremecía de vergüenza.

—¿Ve usted qué dócil soy? —dijo, tratando de disimular su confusión con una sonrisa.

Los labios de Ludmila recorrían, ávidos, insaciables, la esbelta desnudez de sus brazos, desde los hombros hasta las muñecas.

—¡Ídolo mío, vida mía, qué hermoso eres! —murmuraba de vez en cuando.

El doncel no oponía la menor resistencia, sumido en un lánguido deliquio lleno de voluptuosos y vagos anhelos.

—¡Oh! ¡Es usted terrible! —suspiraba.

Daria y Valeria miraban por el ojo de la cerradura, disputándose el sitio a empujones, y sentían correr por sus venas lava en vez de sangre.

—¡Es muy tarde! —dijo el colegial—. Me permitirá usted que me vista...

—Bueno; te vestiremos —repuso Ludmila.

Y le ayudó a ponerse la camisa y la blusa, solícita como una esclava.

—Conque es usted pagana...

La joven lanzó una alegre carcajada.

—¿Y tú, no?

—¿Yo?... ¡Dios me libre!

—Tú eres cristiano, ¿eh?

—¡Vaya! Me sé de memoria todo el catecismo.

—Pues yo soy pagana. ¡Ya ves!

—Y... sin embargo..., va usted a misa.

Ludmila se quedó perpleja.

—Voy a misa —explicó— porque me gusta el culto católico, porque me gusta ver arder la cera ante los iconos, respirar el olor del incienso, oír el canto del coro, sobre todo cuando hay buenas voces. Todo eso es hermoso... Además, yo amo al Crucificado.

Las últimas palabras las pronunció muy quedo, casi susurrando, y con los ojos bajos.

—A veces —añadió— le veo en sueños... en la cruz, sudando gotitas de sangre.

XXIII

A partir de aquel día, escenas análogas tuvieron lugar con frecuencia. Ludmila se llevaba a Sacha a su casa y lo desnudaba de medio cuerpo arriba.

Al principio, el muchacho sufría con esto lo indecible y tenía que hacer grandes esfuerzos para no llorar; pero no tardó en acostumbrarse y acabó por no padecer poco ni mucho cuando su amiga le bajaba la camisa hasta la cintura, le acariciaba la espalda y le daba besos en los hombros. Últimamente se quitaba él mismo la blusa.

Un día, estando solo en casa, como se acordase de las extrañas caricias de la joven, se dijo: “¿Qué querrá de mí?”

De pronto se puso colorado y su corazón empezó a latir con violencia. Momentos después se apoderó de él una alegría loca. Se levantó, derribando la silla, y comenzó a dar grandes saltos, como impelido por una fuerza misteriosa.

La vieja Kokovkina, que llegaba en aquel momento, acudió, atraída por el ruido. No acertando a explicarse tan descomedido regocijo, se detuvo a la puerta de la habitación y sacudió la cabeza con gesto de reproche.

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¡Parece que te has vuelto loco! Aun se te podrían perdonar esos saltos si estuvieras con tus compañeros; pero estando solo... ¡Es una vergüenza! ¡A los catorce años!

Sacha, azoradísimo, miraba a la excelente anciana, sin saber qué contestar.

Una vez, Kokovkina encontró a Ludmila en su casa dándole bombones a Sacha.

—¡Le está usted echando a perder! —le dijo—. ¿Habrás visto goloso?

—¡Pues no crea usted que me lo agradece! —contestó la joven—. ¿Sabe usted lo que acaba de decirme?

—¿Qué?

—¡Que estoy loca!

—¡Pero, Sacha! ¡Parece mentira!

—¡Si supiera usted —repuso el colegial— las tonterías que hace!...

Y le dirigió una mirada llena de cólera a su amiga.

Ella prorrumpió en carcajadas.

—¡Soplona! —le dijo él, por lo bajo.

—¡No, Sacha —insistió Kokovkina—, no se debe ser grosero con nadie, y sobre todo con las personas mayores!

El colegial miró de nuevo a la alegre doncella, y una fina sonrisa se dibujó en sus labios.

—Perdóneme usted —murmuró—, no lo haré más.

Ludmila dio en la flor de vestir a su amigo, siempre que iba a verle, con los ropajes más fantásticos.

A veces le ponía un corsé y un vestido suyo. Los trajes de baile, que le permitían lucir los torneados y finos brazos, le sentaban muy bien. También le

sentaban a las mil maravillas las medias y los zapatos de Ludmila. Vestido de mujer y provisto de un abanico se sentaba en el sofá y hacía tales dengues y coqueterías que parecía una muchacha.

—¡Es una lástima —le decía Ludmila— que te hayas cortado el pelo al rape!

—¡Lo he hecho por orden tuya! Te empeñaste en que no lo llevara largo...

—¡Qué tonto! Con un poco que te lo hubieras dejado crecer...

La joven le enseñó a su amigo a saludar. Al principio lo hacía con cierta torpeza; pero como el maldito estaba dotado de una gracia que para sí quisieran muchas damiselas, no tardó en hacerlo tan bien como su profesora.

A veces, Ludmila le cubría de besos los brazos. El se dejaba querer, y, con frecuencia, se los acercaba a los labios y le decía:

—¡Bésalos!

No contenta con ponerle sus trajes, la joven decidió hacer algunos *ex profeso* para él. Y le hizo uno de pescador, que le permitía lucir las piernas, y una túnica griega. Con ambos estaba muy guapo. Ella le contemplaba punto menos que en éxtasis.

—¡Qué hermoso eres! —murmuraba.

Con frecuencia, después de admirarle durante largo rato, suspiraba y se quedaba como absorta en una cavilación triste...

Sacha estaba sentado en la cama de Ludmila vestido a la griega. La joven, en pie, le contemplaba llena de admiración, conmovida, dichosa.

—¡Qué tonta eres, querida Ludmila! —dijo él.

—Tal vez. ¡Pero mi tontería me hace tan feliz! —balbuceó ella con las lágrimas en los ojos, besando las manos adoradas.

—Si eres tan feliz, ¿por qué lloras?

—Porque tengo clavadas en el corazón las flechas de la felicidad...

—¿Hacen daño esas flechas?

—Sí, hacen daño, un daño delicioso.

—¡Un daño delicioso! No lo acabo de comprender.

—Si lo sintieses como yo, lo comprenderías.

—Sin embargo, confesarás que es un poco tonto eso de gozar padeciendo.

—¡Qué equivocado estás, querido! —contestó Ludmila, secándose las lágrimas—. Debes convencerte de que únicamente en la locura está la verdadera dicha.

—¿En la locura, querida Ludmila?

—Sí, en la locura. Los demasiado razonables no sabrán nunca lo que es ser dichoso de veras.

—Entonces, para ser feliz —preguntó Sacha, un poco inquieto—, ¿es necesario perder el juicio?

—Tal vez.

—Pero, mujer...

—No le des vueltas. Sólo cuando se olvida todo; sólo cuando anega el corazón y la cabeza una ola de olvido, se puede conocer la verdadera dicha, que no razona, que no titubea, que no se detiene ante nada...

La tarde otoñal se asomaba por la ventana. Se oía el rumor triste del

viento en la arboleda del jardín.

Sacha y Ludmila estaban solos. Él, en traje de pescador —chaqueta y pantalón corto de seda—, estaba perezosamente tendido en el sofá; ella, sin más vestido que un ligero salto de cama, sin medias ni zapatos, estaba sentada junto a él, en el suelo. Le había perfumado el cuerpo y la ropa con una esencia que olía a hierbas y flores silvestres, y le había adornado el cuello con enormes diamantes falsos y las muñecas con pulseras de oro. Se había impregnado los hombros, los brazos y el pecho de esencia de iris.

Embobada, arrobada, contemplaba el rostro moreno de su ídolo, sus largas pestañas, sus pupilas negras e indolentes de meridional.

—¡Qué hermoso eres! —le dijo.

Y le besó los ojos. Luego empezó a besarle las rodillas desnudas, cubriéndolas con su dorada cabellera suelta. El olor bucólico que exhalaba la carne del pescadorcillo la embriagaba, le causaba vértigos.

Las ramas de un manzano golpeaban suavemente los cristales de la ventana. Una calma profunda reinaba en la naturaleza. La noche descendía, silente y llena de misterios.

XXIV

Peredonov se afirmaba cada día más en la creencia de que su principal enemigo era Volodin. El maestro de ebanistería estaba, en su sentir, decidido a perderle para ocupar su puesto, y mientras no se le presentaba la ansiada ocasión de realizar su plan diabólico, hacía todo lo posible por perjudicarlo, le denunciaba a las autoridades, le calumniaba.

Cuando el profesor, al volver a casa, lo encontraba esperándole, de charla con Varvara, en el comedor, se decía: “No cabe duda. ¡Están conspirando contra mí!”

Una noche, desde el vestíbulo oyó sus alegres carcajadas y se detuvo, alarmadísimo. ¿Qué tramarían los dos infames?

Entró muy serio y no saludó.

La mesa estaba servida.

Varvara, mirando con extrañeza a su marido, preguntó:

—¿Quieren ustedes una copita de vodka?

“Tratan de envenenarme —pensó Peredonov—. ¡Pero se van a llevar chasco!”

Con mucho disimulo colocó su copa ante Volodin y cogió, para beber él, la de su supuesto enemigo. Si su copa, como presumía, estaba envenenada, sería Volodin el que fenecería.

El joven carneril bebió. Peredonov esperó con febril impaciencia el mortal efecto del tósigo; pero no pasó nada.

Comenzó la cena. Volodin estaba de muy buen humor, se reía mucho, hablaba por los codos.

Peredonov, que comía en silencio, muy serio, muy grave, le dijo de pronto:

—Oye, Volodin: si renuncias a hacerme daño, te compraré todas las

semanas una libra de bombones... de los mejores, de los más caros...

El otro le miró con asombro y contestó:

—Pero ¿de dónde saca usted que yo quiero hacerle daño? ¡Vaya una ocurrencia!

Varvara se sonrió irónicamente y dijo a su vez:

—¡Qué tontería, Ardalion Borisovich! ¿Qué daño puede hacerte Volodin?

—Para hacer daño no se necesita talento —repuso con tono severo el profesor—. ¡Ser imbécil no es ser inofensivo!

—¡Muchas gracias por el cumplimento! No esperaba yo que me tratara usted así —se dolió Volodin—. Me creía su amigo, y me insulta usted sin razón...

—No le haga usted caso —le aconsejó Varvara—. Se conoce que ha empujado el codo por ahí...

A la mañana siguiente, cuando estaba vistiéndose, Peredonov advirtió, horrorizado, que unos ojos enormes, redondos —sin duda los de uno de sus espías— le miraban por la ventana. Cogió el jarro del agua, se acercó a la ventana, la abrió y lanzó el agua con todas sus fuerzas contra los misteriosos ojos, que desaparecieron.

Al volverse vio al trago, que se estremecía de risa, mirándole. Le tiró el jarro; pero el extraño ser huyó, como había huido el espía. “¡Toda la naturaleza —pensó el profesor— está contra mí!” Los hombres, las bestias, los malos espíritus, las cosas, eran sus enemigos. Sentía que las fuerzas, en aquella lucha desigual, empezaban a abandonarle.

Pero él no desesperaba y seguía luchando. Sus compañeros, los profesores del colegio, los colegiales y sus familias, el director, todos se le antojaban enemigos mortales, y hacía todo lo posible por desacreditarlos. Hasta en clase se dedicaba, con gran asombro de los alumnos, a calumniar a los profesores y al director, a quienes les atribuía verdaderos horrores.

Algunos colegiales aprovechaban la desafortunada maledicencia del profesor para no estudiar una jota, y se pasaban la clase riéndose a carcajadas; pero otros, de espíritu más delicado, le escuchaban con repugnancia y hasta protestaban cuando manchaba el honor de gentes respetables.

Sacha Pilnikov le miraba sonriéndose irónicamente y no le ocultaba su asco y su desprecio. Su mirada turbaba en extremo a Peredonov. Desde luego, el muchacho, que no era un muchacho, sino una muchacha disfrazada, tramaba algo contra él; pero ¿qué tramaba?... ¿Quiénes eran sus cómplices? ¿Qué objeto perseguía? Peredonov intentaba en vano adivinarlo. Tal vez sus enemigos quisieran hacerle caer en una trampa, utilizando, como cebo, la belleza de la misteriosa muchacha disfrazada... Por eso el fingido mancebo se acicalaba y se perfumaba tanto.

No tardó el profesor en enterarse de que Sacha y Ludmila sostenían relaciones amistosas y se veían con frecuencia. Se congratuló del descubrimiento, en el que encontró su mala lengua base para una nueva historia escandalosa. En las clases a que no asistía Sacha les contó a los alumnos que Ludmila estaba enamorada del lindo colegial. Sin acordarse de sus recientes afirmaciones respecto al sexo de Pilnikov, aseguraba que

Ludmila lo había seducido y que el colegialito había llegado a hacerla madre.

Sacha, cuando sus compañeros le hablaban de esto, se ponía furioso y decía que Peredonov estaba loco y que había inventado aquella historia para vengarse de Ludmila, que no había querido casarse con él.

Pero la historia corría ya de boca en boca.

—¿Es verdad —le preguntaban a Ludmila— que se ha enamorado usted de ese chiquillo? ¡Sería una ofensa para los pollos de la ciudad!

Ludmila, confusa, contestaba, tratando de sonreírse:

—¡Qué tontería! La ha tomado conmigo ese demonio de Peredonov...

Sacha estaba más indignado cada día, y le decía, a veces con acritud:

—¿Ves a lo que has dado lugar con tus caprichos paganos? Ella procuraba calmarle a fuerza de caricias.

Para poner fin a tan escandalosas habladurías y sacar a Ludmila del entredicho en que se hallaba, sus hermanas, su hermano y sus numerosos amigos organizaron una enérgica campaña defensiva contra Peredonov. Afirmaban en todas partes que era un loco peligroso y que le había dado últimamente por contar horrores de todo el mundo. Y no tenían que esforzarse mucho para convencer a la gente, pues la conducta del profesor despertaba, desde hacía tiempo, dudas inquietantes, respecto a su estado mental, en cuantos le trataban.

Se enviaban a San Petersburgo numerosas denuncias contra él. Los padres de los colegiales le rogaban al director que hiciese lo posible por librar a sus hijos de la férula de aquel hombre. El director escribió de nuevo a San Petersburgo, insistiendo en la petición del cese de su subalterno, cuya permanencia en el profesorado suscitaba generales protestas y era incompatible con el prestigio del colegio.

Pero como la máquina burocrática funcionaba con demasiada lentitud y la respuesta podía hacerse esperar mucho, decidió tomar, por lo pronto, otras providencias.

Un día llamó al profesor a su despacho y le dijo:

—Ardalion Borisovich, ¿cómo va esa salud? Parece que está usted un poco fatigado...

—Sí, me duele la cabeza —contestó Peredonov con gesto severo.

—¿Ve usted?... No me considero autorizado para darle consejos...; pero... yo, en su lugar, descansaría una temporada... suspendería durante unos días mis lecciones en el colegio, y me cuidaría. Seguramente el exceso de trabajo cerebral propio de nuestra profesión le ha producido a usted un ligero desequilibrio nervioso...

Peredonov escuchaba al señor Jripach atentamente. No le parecía mal la idea; sería para él una felicidad el dejar de ir al colegio, entre otras razones, porque entonces sus enemigos dispondrían de un campo de acción menos amplio. Aprovecharía, pues, la proposición del director.

—¡Tiene usted razón! —repuso—. Estoy cansado, enfermo, debo cuidarme. Desde mañana no vendré al colegio; me quedaré en casa.

La respuesta de San Petersburgo se hacía, en efecto, esperar días y días. El director volvió a escribir, exponiendo de nuevo la necesidad de someter al

profesor a un reconocimiento psiquiátrico.

Peredonov no iba ya al colegio. Se pasaba el día forjando planes de defensa contra sus enemigos, sobre todo contra Volodin. La imagen del maestro de ebanistería le perseguía por todas partes y a todas horas. Temeroso de su actividad subrepticia, sólo estaba relativamente tranquilo cuando le tenía a la vista.

Por la mañana, al despertarse, su primer pensamiento era para él: ¿Dónde estaría? ¿Qué haría en aquel momento? De noche, lo soñaba. Buscaba su compañía como la del amigo más caro.

Volodin veía en esta afición a su presencia una prueba de profundo cariño, y estaba muy hueco.

—Es natural —decía—; Ardalion Borisovich se da cuenta de que yo soy su único amigo fiel. No puede confiar ni en su mujer, que le ha engañado con las cartas de la princesa...

Pasaban juntos todo el tiempo libre del maestro de ebanistería. Durante horas y horas no despegaban los labios; pero a veces entablaban conversaciones.

—Acaban de inventarse, según he leído —decía Volodin—, unas máquinas maravillosas que no sólo siembran el trigo, sino que fabrican la harina y amasan el pan.

—Sí —contestó Peredonov—. En el porvenir, la gente no tendrá nada que hacer; le dará vueltas a las manivelas de las máquinas y asunto concluido.

—¿Tú crees que llegará a progresar tanto?

—¿Qué duda cabe?

—Será magnífico. Lo malo es que eso no lo veremos nosotros.

Peredonov le dirigía una mirada sombría a su interlocutor y replicaba:

—¡Tú, cuando eso suceda, acaso te hayas muerto; pero yo viviré todavía!

—¡Te felicito! Por lo visto, piensas vivir uno o dos siglos. Con frecuencia, el profesor, bebiendo vodka en compañía de su supuesto perseguidor, hablaba de la princesa.

—¿Cuántos años dirás que tiene? —decía.

—Si no recuerdo mal, dijiste una vez que tenía ciento cincuenta.

—¡Ca! Tendrá lo menos doscientos.

—¡Qué barbaridad!

—¡Está horrible! Amarilla, arrugada, encorvada...

—¡Un encanto!

—¡Y, sin embargo, se empeña en que yo vuelva a ser su amante!

—¡Mándala a paseo!

—¡Si la mando a paseo no me dará la plaza de inspector!

—¡Qué mujer!

Como no tenía nada que hacer, Peredonov se dedicó con redoblada actividad a escribir denuncias contra sus enemigos: contra el trasgo, que se complacía en amargarle la existencia; contra las cartas, que querían perderle; contra Volodin, que solía transformarse en carnero para realizar más fácilmente sus proyectos diabólicos.

Cuando se encontraba en la calle a los colegiales les decía cosas estúpidas,

insensatas; les contaba historias absurdas.

No tardó en convertirse en el hazmerreír de toda la chiquillería de la ciudad. Los chiquillos le seguían en grandes grupos: los pequeños, de lejos, porque le tenían miedo; los mayorcitos, no tan tímidos, de cerca. Pero él no hacía caso; vivía por entero en el mundo de las alucinaciones, de los terribles misterios, de las fantasías lúgubres. De continuo le atormentaban, ya el trasgo, que tomaba ahora aspectos nuevos y lanzaba gritos y gemidos penetrantes como agudos dardos, ya el gato, que crecía a lo mejor de un modo espantoso y se metamorfoseaba en un hombre corpulentísimo, mal encarado y con unos enormes bigotes.

Ni uno ni otro le dejaban tranquilo en ninguna parte. Se le aparecían cuando menos lo esperaba; lo perseguían por la calle, por las habitaciones de su casa; se presentaban ante él en cuanto abría los ojos al despertarse. El trasgo ya no era gris, sino rojizo, color de fuego. Y cada día era más ágil, más rápido, más inaprehensible.

XXV

Un día, Sacha le pidió permiso a Kokovkina para dar un paseo. Serían las cuatro de la tarde.

—Volverás antes de las siete, ¿verdad? —le dijo la excelente anciana—. Ya sabes que después de esa hora os prohíbe el reglamento estar fuera de casa.

—No tenga usted cuidado —contestó el colegial—. No tardaré.

—¡Anda con Dios, trotacalles!

Como sonaran las siete en el reloj de comedor y Sacha no volviera, Kokovkina empezó a inquietarse. Si alguno de los profesores le encontraba a aquella hora en la calle, el colegial sería castigado. Además, la reputación de su casa no ganaría nada con ello; los colegiales sometidos a su custodia eran siempre muchachos formales. Decidió, pues, ir a buscar a su pupilo.

“Debe de estar —pensó— en casa de las señoritas Rutilov.”

Y se encaminó a casa de Ludmila.

La joven no se había acordado aquella tarde de cerrar la puerta con la llave. Kokovkina la abrió y se detuvo en el umbral, estupefacta. Tan inesperado era el cuadro que se ofrecía a sus ojos.

Sacha, vestido de mujer, estaba de pie ante el espejo, haciendo monadas con el abanico.

Ludmila, riéndose a carcajadas, le arreglaba las cintas de la cintura. ¡

—¡Ave María Purísima! —exclamó con horror la vieja—. ¡Yo, llena de inquietud preguntándome qué le habrá pasado y él vestido de máscara! ¡Parece mentira! ¡Mire usted que ponerse una falda, cintas, medias!... ¿Ya usted, Ludmila, no le da vergüenza enseñarle esas cosas?

Ludmila, en el primer momento, se turbó mucho; pero no tardó en recobrar su aplomo: se le había ocurrido una explicación. Abrazó a la vieja, la hizo sentarse en un sillón y le contó, riéndose, la historia que acababa de inventar.

—Mire usted, querida señora..., estamos preparando una función de aficionados... Sacha va a representar en ella un papel de muchacha y yo uno de muchacho. ¡Nos vamos a divertir más!...

El colegial, muy colorado, con las lágrimas en los ojos, miraba a su patrona sin saber qué decir.

—¡Al diablo se le ocurre! —contestó, indignada, Kokovkina—. ¡Como si él pudiera perder el tiempo en esas tonterías! ¡Lo que tiene que hacer es estudiar!

Y volviéndose a Sacha, añadió con tono imperativo:

—¡Anda, vístete y vámonos a casa!

Pero Ludmila le hizo tantas zalamerías, que la buena mujer acabó por decirse. “Verdaderamente la cosa no puede ser más inocente y no hay que darle más importancia de la que tiene” Sin embargo, debía mostrarse severa para que los jóvenes no se creyesen por entero limpios de pecado. Y aunque en su interior no estaba ya enojada, continuó, o, mejor dicho, procuró continuar poniendo una cara de pocos amigos.

Sacha cambió de traje en un periquete detrás del biombo. Kokovkina, en cuanto estuvo listo, se lo llevó a casa. Todo el camino fue riñéndole. Él, confuso, avergonzado, ni siquiera osaba disculparse y pensaba, temeroso: “¡Cuando lleguemos a casa será ella!”

La vieja decidió castigarle severamente. Era la primera vez que lo hacía. En cuanto llegaron le mandó ponerse de rodillas. Pero no llevaría arrodillado cinco minutos, cuando impresionada por sus lágrimas silenciosas y su expresión resignada, le tuvo lástima y le perdonó.

—¡Cómo hueles a esencias! —le dijo huraña aún—. ¿No te da vergüenza?... ¡Como una muchacha!

Sacha hizo una reverencia y besó la mano de Kokovkina cuyo corazón aún se ablandó más.

Negras nubes se cernían, entre tanto, sobre la cabeza de colegial, Varvara y Gruchina le habían dirigido al director del colegio un anónimo, en el que aseguraban que el colegial Sacha Pilnikov, pervertido por Ludmila, se había enamorado de ella y pasaba en su compañía todas las tardes entregado a ilícitas expansiones.

La carta llenó de inquietud al director. Ya había oído él una vez hablar de un chiquillo enamorado de una joven pero no había sospechado que se tratase de Sacha. Además, se había cambiado de conversación al advertir su presencia, “¿De quién hablarán?”, había pensado; pero, como hombre correcto, no había preguntado nada. “Tarde o temprano —se había dicho— me enteraré de todo.” Y no se había engañado. Los rumores escandalosos que circulaban por la ciudad se referían, a juzgar por lo que en el anónimo se le contaba, a Sacha y a Ludmila.

Ni por un momento creyó en la veracidad de la denuncia. No era posible que las relaciones entre el colegial y la joven tuvieran un carácter erótico.

Aquello era, seguramente una invención absurda del loco de Peredonov. Además, la gente de la ciudad, sobre todo la del sexo débil, se distinguía por su mala lengua. Pero bastaba el hecho de que circularan tales rumores para que el prestigio del colegio sufriera grave menoscabo. Había que tomar medidas

enérgicas.

Por lo pronto, el señor Jripach le mandó un recado a Kokovkina, suplicándole que fuera a verle; quizá hubiera algo en la conducta de Sacha y Ludmila en que los maldicientes hubieran encontrado base para sus calumnias.

Precisamente aquella mañana la vieja se había topado a la puerta de una tienda con Gruchina y había tenido con ella una conversación que casi la había puesto enferma.

—¿Se ha enterado usted —le preguntó la repugnante cómplice de Varvara— de lo de Ludmila y el niño?

—¿Qué niño? —preguntó ella a su vez un poco inquieta, acordándose de su disgusto de la víspera.

—¿Qué niño va a ser? ¡Sacha!

—No sé a lo que se refiere usted, señora...

—Ya suponía yo que sería usted la última en enterarse.

—¡Por Dios, acabe usted! ¿Qué sucede?

—Pues que Ludmila se ha entusiasmado con Sacha y lo ha hecho su amante.

—¡Ave María Purísima! ¡Una criatura tan inocente!

—¡Sí, sí, muy inocente! ¡Ya no le queda nada por aprender! ¡Menuda profesora tiene!

La pobre mujer volvió a su casa en el estado de ánimo que es de suponer, y entró como una tromba en el cuarto del colegial.

—¡Vaya una manera de corresponder a mis bondades, a mi confianza! —le gritó—. ¡Has estado engañándome de un modo indigno! Yo, sin sospechar nada, te dejaba ir a casa de Ludmila siempre que querías, y tú...

Sacha fingió una gran extrañeza.

—Pero, señora, ¿qué he hecho yo? ¿Por qué me riñe usted?

—¿Y aún te atreves a preguntármelo?

—¡Le juro a usted que no sé de qué habla! ¡No tengo nada de que acusarme!

Aquellas protestas de inocencia desarmaron a Kokovkina, que no sabía qué contestar.

—¿Se te ha olvidado ya lo de anoche, granuja?

—¿El qué? ¿Lo del disfraz?...

—¡Lo del disfraz! ¡Sí, lo del disfraz!

—¿Acaso es un crimen?... Ya sabe usted que me vestí así para ensayar una comedia... Además, ¿no me castigó usted?

El colegial casi lloraba. La vieja, no encontrando argumentos más sólidos que oponer a los suyos, replicó:

—¡Sí, te castigué; pero no como merecías!

—¡Bueno! ¡Si cree usted que no me castigó bastante, castigúeme más! —dijo el colegial en el tono de un hombre que es víctima de una injusticia—. ¿Por qué no me tuvo usted de rodillas hasta la madrugada? ¡Me perdona usted, y ahora vuelve a reñirme!

—Pero ¿no sabes, criatura, que ya se habla de ti y de Ludmila en toda la ciudad?

—¿Y qué dicen? —preguntó Sacha de un modo tan infantil que

desconcertó aún más a la vieja.

—¿No te lo figuras?

—¿Yo?... ¡No!

—¡Nada bueno, como podrás suponer! ¡Se dice que haces con Ludmila... cosas que no están bien!

—¡Pues de hoy en adelante seré más formal! —prometió el muchacho muy tranquilo, como si se tratase de travesuras sin importancia.

Al preguntar, fingiendo una angelical inocencia, qué se decía en la ciudad de él y de su amiga, Sacha tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su inquietud; temía oír algo grosero, vergonzoso. ¿Qué podían decir?... La ventana del cuarto de Ludmila no daba a la calle, sino al jardín; además, cuando él iba, cerraba ella la puerta con llave y bajaba las cortinas. ¿Se le habría olvidado algún día bajarlas y habrían visto algo sus hermanas o la criada? De haber ocurrido eso, ¿en qué forma se referiría lo atisbado por la cerradura?

Cuando recibió el recado del director, Kokovkina estuvo a punto de desmayarse. Sin decirle nada a Sacha se vistió y se dirigió a casa del señor Jripach.

Éste la acogió muy amablemente. Con toda clase de eufemismos la enteró del contenido del anónimo.

La pobre mujer se echó a llorar.

¡Cálmese usted, señora! —le dijo él—. Bien sé yo que usted no es responsable de nada; es usted una mujer dignísima, que merece toda mi consideración. Lo único que le ruego es que vigile bien a Sacha. Y ahora tenga la bondad de decirme lo que, en su sentir, puede haber de cierto...

Ella le contó todo lo que sabía, manifestándole su profunda convicción de que Sacha era un niño inocente y de que se trataba de una calumnia.

Cuando volvió a casa le armó un nuevo escándalo a su pupilo.

—¡Le voy a escribir a tu tía! —le amenazó.

—¡Bueno; escríbale usted! —le contestó él, llorando.

—¡Sí, le escribiré, y le diré que venga!

—¡Que venga, si quiere!

—¡Ah! ¿No te importa?

—¡Como no he hecho nada malo!

Al día siguiente el director llamó al colegial a su despacho.

—Quiero saber —le dijo con tono severo— qué amistades tiene usted en la ciudad.

Sacha supo darle a su rostro una expresión ingenua, que predispuso en su favor al señor Jripach.

—Tengo muy pocas amistades —repuso—. La señora Kokovkina conoce a todas las personas con quienes me trato... A veces van a verme algunos de mis compañeros. Suelo ir de visita a casa de la familia Rutilov...

—Esas visitas son las que me interesan. ¿Son muy frecuentes?

—Bastante frecuentes.

—¿Y qué hace usted en ellas?

—Me distraigo un rato charlando, oyéndoles recitar versos a las señoritas Rutilov, que son muy aficionadas a la poesía...

—¿Y hasta qué hora suele usted estar en casa del señor Rutilov?

—Hasta poco antes de las siete.

—¿No alarga usted alguna vez un poco la visita? —preguntó el director, clavando en Sacha una mirada de juez de instrucción.

—Anteanoche la alargué un poco —contestó el colegial, con la tranquilidad de un muchacho inocente que no tiene nada de qué acusarse—, y la señora Kokovkina me castigó. Es la primera vez que ha tenido que castigarme.

El director se quedó perplejo. Las respuestas de Sacha, tranquilas, pronunciadas con voz firme, le desconcertaban. No cabía duda: el anónimo mentía, el colegial era inocente de las obscenidades que se le achacaban. Era un niño aún, y ninguna persona sensata podía suponerle capaz de tales cosas. Ni siquiera comprendía de qué se trataba. ¡Más valía así! Maldita la falta que hacía que lo comprendiese. Había que darle otro sesgo a la conversación para que no sospechara nada. ¿Qué se le podía decir para ocultarle el verdadero objeto de aquel interrogatorio, para que las preguntas que se le habían hecho no suscitasen en su mente ideas peligrosas? Se había de procurar, al mismo tiempo, no ofenderle, no herir su amor propio. Desde luego, lo mejor era poner fin a sus visitas a la familia Rutilov, y, con ellas, a las calumnias de la gente malévola. Mas era necesario hablarle con diplomacia...

“¡Ah, la labor del pedagogo es una labor ardua, delicadísima —pensó el director—, sobre todo cuando se tiene el honor de estar al frente de un establecimiento como éste, cuando se está obligado a velar por la moralidad de tanto futuro ciudadano!”

Por decir algo, empezó a repetir, como un rezo, las vulgaridades que los colegiales estaban acostumbrados a oírle, y que Sacha casi se sabía ya de memoria; pero no tardó en elevar un poco la voz y poner un poco más de calor en sus palabras.

—Usted, Pilnikov, es aún un niño y no tiene derecho a perder el tiempo en visiteos. Su único deber es el de estudiar, el de prepararse para la vida. Cuando tenga usted un poco de tiempo libre, lo mejor que puede hacer es pasarlo con sus compañeros de colegio y no con personas mayores, como, por ejemplo, las señoritas Rutilov... Respecto a sus frecuentes visitas a tan honorable familia..., debo decirle...

El director hizo una pausa, como para escoger las palabras que mejor se adaptasen a las circunstancias.

Debo decirle que esas visitas no me agradan. Tengo motivos para creer que sus relaciones de usted con esas señoritas —dignas, desde luego, de toda mi consideración— son de un carácter..., vamos, de un carácter no del todo en armonía, dada la edad de usted, con las reglas de buena conducta.

Sacha se echó a llorar. ¡Se les acusaba a él y a la pobrecita Ludmila de una conducta poco correcta!

Palabra de honor —protestó entre sollozos—, no hacemos nada malo. Leemos, paseamos, jugamos... No tenemos nada que reprocharnos.

El director le dio unas amistosas palmaditas en el hombro y dijo, tratando en vano de poner en su acento un poco de cordialidad:

—¡Escúcheme usted, Pilnikov!

Su primer impulso había sido llamarle Sacha; mas eso estaba en desacuerdo con las costumbres establecidas en el colegio.

¡Escúcheme usted, Pilnikov! Me complazco en creer que, en efecto, no

ocurre nada malo entre ustedes... Pero, sin embargo, lo mejor sería que renunciase usted a esas visitas... ¡Créame! Le hablo no sólo como superior, sino como amigo...

¿Qué iba a hacer Sacha?... Dar las gracias, prometer que obedecería y despedirse.

Desde aquel día, sus entrevistas con Ludmila fueron muy cortas, de cinco o diez minutos; pero él procuraba que fuesen diarias. La necesidad de acatar las órdenes del director le ponía nervioso y, a veces, estaba grosero, hasta brutal con Ludmila. Ella no se ofendía, y a todas sus groserías y brutalidades contestaba con alegres carcajadas.

XXVI

Se corrió la voz por la ciudad de que los actores del teatro local estaban organizando un baile de máscaras en el club, con premios para los mejores disfraces: uno, para el mejor disfraz de hombre, y otro, para el mejor disfraz de mujer.

Se aseguraba que los premios consistían en una bicicleta y una vaca.

Estos rumores despertaron en mucha gente el deseo de tomar parte en el concurso; una bicicleta y una vaca no eran cosas despreciables. Se confeccionaron apresuradamente disfraces y se gastó en ellos mucho dinero. Los que pensaban disfrazarse se ocultaban unos a otros sus proyectos indumentales, para evitar plagios.

Una dolorosa decepción les esperaba: cuando aparecieron en las paredes los enormes carteles anunciadores de la fiesta, vieron que los premios, contra lo que se había dicho, consistían, no en una vaca y una bicicleta, sino en un abanico y un álbum.

Aquello fue una sorpresa desagradable. La gente censuraba a los organizadores. Se decía:

—¡No valían la pena esos premios de gastarse tanto dinero!

—¡Esto es burlarse del público!

—¡Debía haberse anunciado el baile mucho antes, para que uno hubiera sabido a qué atenerse!

—¡Sólo en esta ciudad se puede abusar así de la gente!

—¡No se arruinarán con el abanico y el álbum los muy roñosos!

Pero, a pesar de estas protestas, el público siguió entregado a sus preparativos; aunque los premios fuesen de poco valor, siempre era halagadora la esperanza de recibirlos.

Las hermanas de Ludmila no manifestaron al principio el menor interés por el baile.

Los premios no eran para tentar a nadie. Además, ¿quiénes serían los jueces? ¿Acaso se podía confiar en su buen gusto? En la capital o en cualquier otra población de importancia ya hubiera sido otra cosa; pero allí, en aquella

vetusta ciudad, el buen gusto brillaba por su ausencia hasta entre la gente distinguida.

—No iremos a esa fiesta estúpida —decidieron.

Sin embargo, no tardaron en volver sobre su acuerdo. A Ludmila se le ocurrió una idea que no carecía de originalidad: la de vestir a Sacha de muchacha y hacerle tomar parte en la fiesta. Le darían el gran bromazo a toda la ciudad. ¡Sobre todo si Sacha se llevaba el premio!

Valeria, la hermana menor, que estaba un poquito celosa de la preferencia de Sacha por Ludmila, le puso ciertos reparos al proyecto.

—Además, no se atreverá —dijo, como postrero y definitivo argumento—. ¡Es demasiado tímido tu colegial!

—¿Por qué no ha de atreverse, tonta?

—Porque temerá que le conozcan.

—Le disfrazaremos tan bien, que ni el más lince podrá sospechar que es un muchacho.

—Bueno; pues disfracémosle.

Aquella tarde, las hermanas Rutilov le dijeron al colegial:

—¡Te vamos a llevar al baile vestido de japonesita!

El colegial empezó a saltar de alegría. La idea le parecía de perlas. ¡Sería delicioso embromar a toda la ciudad de aquel modo! Aceptó, desde luego, con la condición de que no se le dijese nada a nadie.

Tras largas deliberaciones se decidió disfrazarlo de gueicha. Ludmila se puso en seguida a trabajar. Utilizando como modelo los grabados de una revista, hizo en poco tiempo un quimono de seda amarilla, forrado de tafetán rojo, muy largo y muy amplio, con grandes flores exóticas bordadas. Las otras dos hermanas confeccionaron un abanico de papel japonés, una sombrilla de seda rosa con caña de bambú y unos minúsculos y agudos zapatos de raso.

Sólo faltaba la careta. De su confección se encargó Ludmila, y demostró en ella verdaderas dotes de artista: la careta representaba un rostro delgado y gentil, de ojos oblicuos y boca pequeña, en la que se dibujaba una leve sonrisa. La peluca hubo que encargarla a San Petersburgo; podía haberla hecho un barbero de la ciudad; pero era de temer que lo contase luego.

La gran dificultad estaba en que Sacha sólo les hacía a las traviesas hermanas visitas de cinco minutos, y no había tiempo en tan breves entrevistas furtivas para probarle el traje.

—Te necesitamos —le dijo una tarde Ludmila— lo menos por una hora, nene.

—Ya sabes que no me es posible...

—¡Pues tiene que sértelo!

—Kokovkina me preguntaría dónde había estado...

—Hay una manera de que no te lo pregunte.

—¡A ver! ¡Dímela!

—Arregládotelas de modo que te crea ella en tu habitación mientras estás tú aquí.

—Eso es muy fácil de decir.

—¡Y de hacer, infeliz! Esta noche, cuando Kokovkina se haya acostado, te escapas por la ventana... Luego, entras por la ventana también.

Sacha encontró muy ingenioso el proyecto de Ludmila y lo realizó: aquella

noche se escapó por la ventana, estuvo una hora larga en casa de Rutilov y se volvió a su residencia estudiantil sin que se enterase nadie.

Varvara decidió también tomar parte en la fiesta.

Se compró una careta que representaba una faz sobremanera estúpida y se hizo un traje de cocinera.

No tenía grandes esperanzas de alcanzar el premio. Pero todo podía ser...

Gruchina, que también pensaba ir al baile, le anunció que se vestiría de Diana.

—¡Cómo! ¿De perra?

—¡No, mujer! ¡Diana, aunque hay algunas perras que se llaman así, es el nombre de una diosa antigua! —contestó Gruchina con aire de suficiencia.

La noche del baile, Varvara envolvió en un periódico su disfraz y se fue a vestir a casa de su cómplice.

La *toilette* de la viuda era muy ligera: el pecho desnudo, la espalda desnuda, los hombros y los brazos desnudos, la ropa interior, incluso las medias suprimidas; sandalias, falda hasta la rodilla; el traje —blanco, con cenefa roja— de una tela tenue y vaporosa.

—Me parece —dijo Varvara, sonriendo— que va usted demasiado fresca.

Gruchina se miró al espejo, lanzó una carcajada insolente y repuso:

—¡Así me daré el gusto de que todos los hombres me sigan!

Sacha estuvo durante unos días que no cabía en sí de gozo pensando en el baile de máscaras: ¡Era tan bonito su disfraz de gueicha! Pero no tardaron en aminorar su regocijo vivas inquietudes: no era una cosa baladí el pasarse fuera de casa casi toda una noche, sobre todo ahora, después de las explicaciones con el director y Kokovkina. Si su asistencia al baile se descubría, el escándalo sería formidable. Seguramente le expulsarían del colegio.

No tenía la conciencia tranquila. Antes era uno de los mejores alumnos; ahora estudiaba menos y los profesores habían llegado a advertirlo.

—¿Qué es eso, Pilnikov? —le preguntó un día uno de ellos, un hombre muy amable, extremadamente cortés, no sólo con las personas, sino hasta con los animales—. Hace algún tiempo que no trabaja usted con el celo que ha trabajado siempre...

—Estudio, señor profesor.

—Sí estudia usted, pero no como antes... La diferencia es muy visible.

Era la víspera del baile. Sacha decidió negarse a ir.

—¡Sólo faltaba que descubriesen mi calaverada! —pensó.

Pero Ludmila logró hacerle volver sobre su acuerdo a fuerza de caricias y dulces palabras.

A la noche siguiente, el colegial —que a duras penas había podido ocultarle su turbación a Kokovkina durante la cena se acostó temprano para que la vieja no sospechase nada. Cuando la oyó retirarse a su cuarto se incorporó y se puso a escuchar, atentísimo, dispuesto a echar pie a tierra en cuanto la oyese roncar.

Los ronquidos de la buena mujer no se hicieron esperar mucho. Sacha se

levantó, se vistió presuroso, abrió sin ruido la ventana, y, después de cerciorarse de que nadie podía verle, saltó a la calle.

Caía una menuda lluvia. Aunque la noche era muy oscura, temiendo ser reconocido, se quitó la gorra y las botas, las tiró por la ventana a la habitación y echó a correr, destocado y descalzo.

—Así —pensaba— no se fijará nadie en mí.

Valeria y Ludmila le esperaban vestidas de españolas. Ludmila, con un traje de colores chillones de seda y terciopelo; Valeria, con un traje negro de seda y encaje. Daría se había vestido como el año anterior: de turca.

Cuando llegó, las tres hermanas pusiéronse a vestirlo, en lo que invirtieron mucho tiempo. Lo que les costó más trabajo fue colocarle la peluca.

—¡Sería horrible que se le cayese! —decía Ludmila.

Al cabo consiguieron sujetársela bien con unas cintitas.

El club —cuyos salones se habían habilitado para el baile— era un edificio de dos pisos, rojo, parecido a un cuartel, situado en la Plaza Mayor.

El principal organizador de la fiesta había sido el empresario y, al mismo tiempo, actor del teatro local Gromov-Chistopolsky.

La puerta de entrada del club estaba iluminada con numerosos farolillos de colores. Ante ella se agolpaba la multitud, que acogía a las máscaras que iban llegando con vayas tan ruidosas como poco áticas. El no poder ver a su gusto los disfraces, ocultos casi por completo bajo los abrigos, la exasperaba.

A los guardias les costaba mucho trabajo mantener el orden. El jefe de la policía y sus ayudantes estaban en el interior del edificio.

A cada máscara se le entregaban a la puerta dos *tickets*: uno rosa, para el mejor disfraz femenino, y otro verde, para el mejor disfraz masculino. Esos *tickets* debían entregársele a la mujer y al hombre a quienes se considerase dignos del premio.

—Desde luego puedo guardarme un *ticket* para mí, ¿verdad? —le preguntó una de las máscaras al taquillero.

—¡Qué capricho más raro!

—¡No, no es capricho! Si en mi sentir, el mejor disfraz es el mío, ¿por qué le he de dar a otra máscara el *ticket*?

—¡Tiene usted razón!

—¡Claro!

No pocas máscaras hicieron la misma consulta. El taquillero les contestaba:

—¡Puede usted quedarse, si quiere, con los dos!

Peredonov estaba seguro de que el baile se había organizado con el exclusivo objeto de hacerle a él algún nuevo daño.

Tal vez sus enemigos hubieran acordado tenderle un lazo...

Estuvo, durante unos días, cavilosísimo, pensando si debía ir o no, y al cabo determinó ir. Así le sería quizá más fácil desbaratar los planes criminales

de sus enemigos. Mejor era salir al encuentro del peligro que volverle la espalda.

Y fue al baile —desde luego, sin disfraz— con su larga levita negra, que le daba un aspecto imponente.

XXVII

La estancia en los salones, apenas comenzada la fiesta, no podía ser más desagradable. Los llenaba una multitud abigarrada en la que se advertía el principio de la borrachera. El humo de las luces de los candelabros —unos candelabros enormes, pesados— dificultaba la respiración. Los feos y sucios cortinajes impedían la renovación del aire. No se podía andar sin tropezar a cada paso con la gente.

Se veían por todas partes hombres y mujeres disfrazados, que se esforzaban en llamar la atención de la concurrencia.

El notario Gudayevsky se había vestido de indio; llevaba una careta de color rojo-cobre con rayas verdes, una chaqueta de cuero y unas botas altas de lo mismo y numerosas plumas de gallo en la cabeza. Marchaba a través de los salones a paso gimnástico, agitando los brazos. De cuando en cuando daba saltos.

Su mujer se había vestido de espiga. Llevaba un traje de retales verdes y amarillos, al que había cosido infinidad de espigas auténticas. La gente, para hacerle rabiar, se las arrancaba, y ella se ponía furiosa.

—¡Cuidado con tocarme! —gritaba—. ¡Como empiece a dar bofetadas...!

La gente, desternillándose de risa, la seguía en grupos compactos.

—¿De dónde has sacado tanta espiga? —le decía, arrancándole los geórgicos adornos.

—Se ha pasado el verano —contestó una máscara— robándolas en los trigales.

—¡Sinvergüenzas! —rugía ella.

Y la siega continuaba, activa y alegre.

Unos cuantos empleados públicos, enamorados de Gruchina, que les había anunciado cómo iba a ir disfrazada, constituían su guardia de honor. No la perdían de vista y acudían en su socorro en las circunstancias difíciles. Recogían *tickets* para ella, mendigándolos entre sus conocidos. A los más tímidos se los arrebatában.

En poco tiempo consiguieron llenarse los bolsillos de los codiciados cartoncitos.

—¡El triunfo de usted es seguro! —decíanle a su ídolo.

Ella consideraba ya suyo el abanico, que debía entregársele a la máscara femenina que reuniese más *tickets*.

Pero otras señoras disfrazadas tenían también adoradores, parientes y amigos que recogían para ellas cartoncitos rosa. Ellas mismas se los pedían a la gente.

—¡Déme usted su *ticket*! —suplicaban.

—¡Quítese usted la careta para que yo vea si se merece! —les contestaban con frecuencia.

Y a lo mejor les contestaban una barbaridad.

Una dama de aspecto triste, vestida de Noche —un traje azul celeste tachonado de estrellas y media luna de cartón en la frente—, se acercó a Falastov, con voz suplicante:

—¡Dame tu *ticket!*

—¡Déjame en paz! —contestó él.

—¡Qué mal genio tienes!

—¡Y tú qué frescura! Seguramente ni siquiera sabrás cómo me llamo, y me tuteas.

La Noche se alejó refunfuñando. Era una máscara fea y pobre que no aspiraba a obtener el premio. Su única ambición consistía en reunir un puñado de cartoncitos para enseñarlos en su casa. ¡Y hasta este humilde sueño era para ella irrealizable!

La institutriz Skobochkina se había vestido de oso: llevaba una piel y una cabeza ursinos muy bien colocados. El disfraz no tenía, a la verdad, nada de bello; pero estaba muy en armonía con su corpulencia y con su voz tonante. La zoológica máscara iba y venía con paso pesado a través de los salones, lanzando aullidos tan sonoros, que las luces temblaban en los candelabros.

—¡Parece un oso de verdad! —exclamaban, al verla y oírla, muchos concurrentes.

Y le daban su *ticket*.

Otras señoras disfrazadas la miraban con mal disimulada envidia. Los amigos de algunas de ellas organizaron un complot para despojarla de los cartoncitos color rosa. Empezaron a seguirla, simulando una gran admiración.

—¡Es usted encantadora, señora osa!

—¡Muchas gracias!

—Y debe de gustarle a usted el vodka.

—¿Por qué?

—Porque a los osos les gusta mucho. ¿No lo sabía usted?

—Lo ignoraba...

—¡Parece mentira! Para estar en su papel, se tomará usted una copita...

La corpulenta institutriz no se atrevió a decir que no: quería conservar su prestigio. Lleváronla al *buffet* y la obligaron a beber, no una copita, sino varias. Cuando comprendieron que empezaba a subírsele a la cabeza, la rodearon y le quitaron casi todos los *tickets*.

Entre las máscaras masculinas llamaba la atención un señor de elevada estatura vestido de teutón antiguo. La concurrencia admiraba la atlética musculosidad de sus brazos. Seguía un compacto grupo de señoras, haciéndose lenguas de su robustez.

—Es Bengalsky —dijo alguien, al verle pasar.

A los cinco minutos todo el mundo sabía que era Bengalsky, un actor muy estimado en la ciudad, y muchos concurrentes le dieron sus cartoncitos verdes.

—Más vale que se lleve el premio un actor —decíanse unos a otros— que cualquier zascandil.

El disfraz de Gruchina tuvo también éxito, pero un éxito de escándalo. Los hombres la seguían, riéndose a carcajadas y comentando su semidesnudez

con chistes groseros. Las mujeres, por el contrario, protestaban con tal indignación, que el jefe de policía se acercó a la viuda y le hizo la siguiente advertencia:

—Señora, me permito aconsejar a usted que se abrigue un poco.

—¿Por qué?

—Porque va usted demasiado fresca.

—Y eso le escandaliza a usted, ¿verdad?

—A mí, no. ¡Al contrario! —repuso galantemente el jefe—. A quien parece que les molesta es a las señoras.

—¡Yo a las señoras me las paso por debajo del sobaco!

—Sí; pero, sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Me permito rogar a usted que se cubra un poquito el pecho y la espalda..., aunque sea con un pañuelo.

—¿Y sino quiero?

—¿Por qué no ha de querer usted?

—¡Supóngase usted que no quiero!

—En ese caso, señora...

—¡Acabe usted!

—Me vería en la triste necesidad...

—¿De echarme?

—No; de echarla, no...; de suplicarle que se fuera.

La viuda, furiosa, se dirigió al gabinete-tocador, donde, ayudada por una camarera, se cubrió un poco la espalda y el pecho.

Luego volvió al salón y, a pesar de todo, siguió llamando la atención de la concurrencia. Insolente, descocada, provocaba una hilaridad estrepitosa con sus muchas bromas de mal gusto.

Cuando se cansó de embromar a todo bicho viviente y de pedir *tickets* a diestra y siniestra, se fue al *buffet* a robar bombones y frutas.

Allí se encontró a Volodin.

—¡Mire usted! —le dijo, por lo bajo, a los pocos instantes de entrar.

Y le enseñó, a hurto de la gente, un puñado de bombones que había cogido del mostrador, aprovechando un descuido del encargado.

Media hora después estaba borracha. Su manera de conducirse era verdaderamente escandalosa: agitaba los brazos, gritaba, decía frases de doble sentido...

XXVIII

Tal era el baile adonde llevaron a Sacha las hermanas de Rutilov.

Llegaron con él, en un coche de punto, cuando la fiesta estaba en su apogeo.

Su entrada en el salón levantó un clamor admirativo. Sacha, con su traje de gueicha, produjo verdadero entusiasmo. La gente le rodeó en seguida, preguntándose quién sería.

—¿Será la Kachtanova? —dijo, envanecido por su anterior acierto, el concurrente que había reconocido a Bengalsky.

La Kachtanova era una actriz del teatro local, que tenía muchos admiradores.

—¡Sí, es la Kachtanova, es la Kachtanova! —se oyó gritar por todo el salón.

Los compañeros de la actriz se sonreían. Estaban seguros de que la gueicha no era ella. Precisamente el día anterior había caído enfermo su hijo.

Sacha, viéndose objeto de la admiración general, poseído por completo de su papel, sentía una especie de embriaguez, una excitación deliciosa, y hacía todas las monadas, dengues y remilgos de una japonesita coqueta. Sus ojos brillaban con vivo fulgor tras los agujeros del antifaz. Hacía graciosas reverencias; prorrumpía, al oír los piropos que le echaban, en carcajadas argentinas; les daba en el hombro golpecitos con el abanico a sus piropeadores, y de cuando en cuando cerraba y abría la sombrilla.

El número de sus admiradores crecía por momentos, y las máscaras femeninas de más relieve no tardaron en quedar relegadas a segundo término. Los *tickets* caían en abundancia en la manecita abierta del colegial, que apenas tenía tiempo de guardarlos en los bolsillos de su quimono. Algunos señores que habían bebido demasiado en el *buffet*, lo que se advertía en sus rostros enrojecidos y sus miradas turbias, le decían galanterías de un verde subidísimo, que, por fortuna, él, en su relativa inocencia, no entendía del todo.

Valeria estaba un poco celosa de su éxito. También a la linda muchacha le hubiera gustado llevarse el premio, con tanto más motivo cuanto que su disfraz de española era muy bonito y muchos concurrentes le daban sus *tickets*. Su figura esbelta y gentil contribuía en gran parte a ello. “Si no fuera —pensaba— por lo que hemos acordado, el abanico acaso me lo ganara yo.” Lo que las tres hermanas habían acordado era cederle a Sacha cuantos cartoncitos recogiesen. La linda muchacha tenía, pues, que renunciar, con harto dolor de su alma, a todo triunfo personal. ¿Por qué se habría comprometido?... En una esquina del salón, Volodin, en medio de un corro de hombres y mujeres, bailaba el *trepak*,* zapateando y palmoteando con un entusiasmo frenético. Los espectadores le acompañaban palmoteando también. Dos de ellos, empleados de comercio a juzgar por su aspecto, salieron al centro del corro y, poniéndose en jarras, empezaron a bailar no menos fervorosamente. Los tres bailarines armaban tal estrépito, que parecían un centenar.

Dos caballeros, en cuyas mangas se veían unas cintas rojas, que denotaban su calidad de organizadores de la fiesta, se acercaron a ellos con no poca dificultad y les rogaron que dejasen de bailar.

Volodin, respetuoso con todas las autoridades, obedeció sin replicar; pero los otros protestaron.

—¡Como hemos pagado la entrada, tenemos derecho a divertirnos!

—¡Pero no a bailar el *trepak*, señores!

—¿Es algún baile subversivo?

—¡Es un baile que no está en el programa!

—¡Vaya una razón!

* Danza nacional rusa. [T.]

—¿No les convence a ustedes?

—¡Qué ha de convencernos!

—Lo sentimos mucho; pero no estamos dispuestos a discutir...

—Ni nosotros a dejarnos atropellar.

—No es atropellarles, señores, el rogarles que respeten el programa.

—¡A nosotros el programa nos importa un comino!

Los dos amantes del *trepak* se iban exaltando por momentos. La discusión amenazaba convertirse en escándalo.

—Señores, si no se reportan ustedes, habrá que expulsarlos.

—¿Expulsarnos?

—Sí, expulsarlos. No están ustedes dando motivo para otra cosa.

—¡A ver quién es el guapo!...

Momentos después acudieron un oficial y dos agentes de policía, y los levantiscos bailarines fueron expulsados. Peredonov, muy solemne con su levita negra, estaba sentado en un rincón y miraba a la multitud con ojos severos. Cuanto ocurría en su presencia parecía una fantasmagoría estúpida, absurda, incoherente; una especie de pesadilla. Sin cesar pasaban por delante de él gentes vestidas de un modo estrambótico y con la faz enmascarada, riéndose, atropellándose, cambiando palabras extrañas. Todas le eran adversas y habían jurado perderle. Para algo se habían enmascarado: así podrían realizar a mansalva sus planes criminales.

Las hermanas Rutilov le vieron y decidieron divertirse un poco con él.

Primero se le acercó Ludmila, a la que no reconoció bajo su disfraz de gitana.

—¡Buenas noches, chiquillo, alma mía, tesoro! —le dijo la alegre doncella, fingiendo la voz—. ¡Qué guapo eres! ¿Quieres que te diga la buenaventura? ¡A ver esa mano, querubín!

—¡Vete al diablo! —contestó él encolerizado.

La gitana, al acercársele inesperadamente, le había dado un susto.

—¡Vete al diablo! —repitió furioso—. ¡Si sigues molestándome, llamaré a la policía!

—¡No te pongas así, cachito de cielo!

—¡Déjame en paz! ¡Lárgate!

—¡Anda, hermoso, enséñame la mano! ¡Nada más que un momento, tontín!

—¡No me interesan tus predicciones! ¡Si sigues molestándome...!

—¡Si supieras lo que estoy leyendo en esa carita de lucero...!

—¡No me importa! Si sigues...

—Estoy leyendo un porvenir que le daría envidia a un rey.

—¡Cuánto hablas!

—¡Pero lo que hablo es el Evangelio, corazón!

—Ya, ya...

—Como las rayitas de tu mano anuncien lo mismo que tu cara...

—¿Qué anuncia mi cara, parlanchína?

—Que vas a ser rico, poderoso...

—Bueno; échame la buenaventura —dijo Peredonov, presentándole abierta su mano derecha a la gitana, animado por sus palabras—; échamela, pero no mientas. Dime la verdad.

Ludmila, luego de examinar detenidamente la palma de la mano del profesor, le soltó el horóscopo siguiente:

—¡Pobrecito mío, vidita, qué desgraciado eres! Por si no es bastante que vivas como vives, rodeado de enemigos que te espían, te denuncian a las autoridades y te tienden lazos, morirás lo mismo que un perro, en medio de la calle, el día menos pensado.

—¡Ah canalla! —gritó Peredonov, retirando la mano.

—¡Adiós, sol!

La gitana, lanzando alegres carcajadas, se perdió entre la multitud.

El profesor, aterrorizado, se enjugaba el frío sudor de la frente. ¿La maldita máscara habría dicho la verdad?

Pero el infeliz no tuvo tiempo de entregarse a sus tristes cavilaciones; apenas se había ido Ludmila, se le acercó Valeria. Sentóse a su lado y le susurró casi al oído, fingiendo la voz, como su hermana:

*Soy la más bonita
de las sevillanas,
las más deliciosas
mujeres de España,
y con un buen mozo
como tú, mi alma,
sueño a todas horas.
¡Vámonos a España!*

—¡Déjame en paz! —gritó el profesor, fuera de sí, apartándose.

La joven acercó más su silla a la que él ocupaba, le cogió una mano y prosiguió:

*El sol de Sevilla
mis besos inflama,
los aromatiza
la dulce fragancia
de los azahares
en la noche lánguida.
Tu mujer es fea,
da miedo mirarla,
parece una bruja,
¡mándala a hacer gárgaras!
¡Sígueme a mi tierra!
¡Vámonos a España!
¡Ven, que entre mis brazos
venturas te aguardan
dignas de los dioses!
¿Por qué las rechazas?...*

Peredonov empezó a prestar oído al apasionado cuchicheo de la elegante española. Acaso estuviera, en efecto, enamorada de él, como tantas otras mujeres. Acaso fuera rica, noble...

—Tienes razón —dijo— al hablar así de mi mujer. Es verdad: parece una bruja, y de buena gana la mandaría a hacer gárgaras; pero se quejaría a la

princesa y me partiría por el eje.

—¿Qué iba a hacerte la princesa, tonto?

—¡No darme la plaza de inspector!

—¿Y qué? ¡Que se la guarde!

—¡Me es de todo punto necesaria!

—¿La prefieres a mi amor, a mis besos?

—Sin tus besos y sin tu amor podré vivir. ¡Sin la plaza, no!

—¡Pues eres un puerco, un imbécil, un sinvergüenza! —contestó Valeria con la misma voz queda, susurrante, acariciadora.

Y desapareció entre la multitud, como había desaparecido su hermana.

Peredonov pensó: “Es uno de mis enemigos. Acaso sea el diablo en persona.”

La otra hermana, Daria, no embromó al profesor; pero embromó a Volodin. Con mucho misterio le puso en la mano una cartita color rosa. El maestro de ebanistería la abrió, emocionado y lleno de impaciencia, y la leyó, creyendo soñar. Decía así:

Ven, amor mío, esta noche, a las doce, a la explanada de atrás del cuartel. Te espero ansiosa. Tu *G*.

Ni siquiera le pasó por la mente que aquello pudiera ser una burla; no le cupo la menor duda de que una hermosa se había enamorado de él, y esperaba impaciente la hora de la cita. ¿Quién sería?

Todas las mujeres de la ciudad cuyo nombre empezaba con *G* fueron desfilando por su imaginación.

Luego le enseñó a Rutilov la amorosa misiva.

—¿Tú qué harías en mi lugar? —le preguntó.

—¡Acudir a la cita, hombre!

—Acudir, ¿eh?

—¡Claro! ¡Acaso te aguarde esta noche detrás del cuartel la felicidad de toda tu vida!...

—¡No tanto!

—¿No tanto?.. . Quizá tu enamorada sea rica, muy rica, y quiera casarse contigo.

—Para eso no me citarías detrás del cuartel.

—¿Tú qué sabes?... Suponte que sus padres se oponen y que se ve obligada...

—¡Chico, tienes razón! No se me había ocurrido a mí eso. La cosa pudiera ser más seria de lo que parece.

—¡Ve, tonto, ve! Sería una estupidez que no aprovecharas la ocasión.

—¡Iré, iré! —dijo Volodin.

Pero luego lo pensó mejor, y decidió no ir. Acaso se tratase de una celada. La explanada de detrás del cuartel era uno de los sitios más solitarios y peor alumbrados de la ciudad.

El baile estaba más animado a cada instante. Llenaba todos los salones una multitud densa, compacta, agitada, excitada, gesticulante, gritadora; era casi

imposible dar un paso por las vastas estancias.

Afluían sin cesar nuevas máscaras.

—¡Mirad! ¡Mirad! —se oyó gritar.

Todo el mundo volvió la cabeza hacia la puerta de entrada. Acababa de entrar una máscara, en torno de la cual se agolpaba la gente.

—¡No está mal! ¡Tiene gracia!

La máscara a quien se referían estas exclamaciones era un hombre flaco, muy alto, con un largo capote viejo y sucio y una careta patilluda de expresión terriblemente estúpida. Llevaba una toalla al brazo, una palangana en una mano y un pedazo de jabón en la otra. Cubría su cabeza un gorro con escarapela.

—Yo creía que aquí había unos baños * —repetía sin cesar—. He entrado a bañarme y me encuentro con que la gente está bailando en vez de lavarse. Y eso que un lavadito no le vendría mal.

La concurrencia le aplaudía y se reía mucho.

—Es una sátira —explicó alguien.

—¿De qué? ¿De los bailes? ¿De los baños?

—De las autoridades.

—¿De dónde saca usted eso?

—¡Creo que está bien a la vista! ¿Qué significa, si no, la escarapela?

—¡ Ah!... Tal vez... No me había fijado.

—¡No le quepa a usted duda, es una sátira política!

Volodin, que estaba junto al exégeta, se alejó presuroso: toda crítica de las autoridades le inspiraba un miedo cerval.

La nueva máscara eclipsó durante un rato a todas las demás.

—¡Éste se lleva el premio! —decía la gente—. ¡Vaya que se lo lleva!

El calor era insoportable. El bañista se hacía aire con la palangana.

—¡Se asa uno en este establecimiento de baños! —decía, excitando la hilaridad de sus numerosos admiradores.

Luego les alargó la palangana, en demanda de *tickets*, y reunió gran cantidad.

Peredonov, al verle pasar, se estremeció. Sobre uno de sus hombros hacía cabriolas el trasgo. Y lo más extraño era que nadie se fijaba en el diabólico ser. El sí se fijaba; el maldito le miraba con sus ojillos rutilantes y se reía. Hubo un momento en que se hubiera dicho que iba a acometerle.

XXIX

Se comenzó, al fin, a contar los *tickets* obtenidos por cada uno de los aspirantes al premio. El jurado, constituido por miembros del club, se encerró en un gabinete contiguo a los salones.

Numerosos curiosos se agolparon a la puerta. Cesaron los gritos, las risas, las bromas; la orquesta dejó de tocar. Llena de impaciencia, la multitud

* En Rusia se llama, humorísticamente, “bailes de máscaras” a los baños de vapor. [T.]

esperaba el veredicto.

El inesperado silencio alarmó a Peredonov, que no se lo explicaba. “¿Qué ha sucedido? —se preguntó aterrorizado—. ¿Qué fraguan? ¿Qué traman?”

De pronto vio al trasgo pasar con la rapidez de un relámpago, fulgurantes los ojos, lanzando un largo y leve silbo.

Se levantó y buscó el amparo de la multitud; en medio del gentío, en el agobio de las apreturas, se sentía más seguro. El silencio no duró mucho. La gente se cansó pronto de esperar y empezó a protestar en voz alta.

—¡Están abusando de nuestra paciencia!

—¡Se necesita frescura para hacernos esperar tanto!

—¡Me dejo cortar la cabeza si los premios no se los dan a un actor y a una actriz!

—¡Como si sólo los actores tuvieran gusto!

—¡Sería una injusticia!

—¡Sería una injuria!

—¡No lo toleraríamos!

—¡Son unos farsantes!

Muchos de los que protestaban no habían obtenido casi ningún *ticket*, y por grande que hubiera sido su confianza en el jurado, no hubieran podido hacerse ilusiones. Las señoras que se encontraban en esta situación estaban furiosas y tronaban contra el jurado, contra el club, contra los actores de ambos sexos y contra el público, que no había sabido apreciar el mérito de sus disfraces. Los que habían reunido gran cantidad de *tickets* temían que no se efectuase como era debido el escrutinio, y su excitación superaba a la de los demás.

Por fin sonó un timbre prolongadamente, anunciando que el escrutinio había terminado.

Momentos después se abrió la puerta del gabinete y apareció el jurado en el umbral. Lo componían Avinovitsky, el fiscal, Veriga, el inspector de escuelas primarias y tres miembros del club.

La emoción del público era enorme. Diríase que iba a decidirse el porvenir de la humanidad. Reinaba un profundo silencio.

Avinovitsky pronunció con voz sonora y penetrante las siguientes palabras:

—El premio para el mejor disfraz masculino, el álbum, le ha sido adjudicado al señor vestido de teutón antiguo, que es el que ha obtenido mayor número de *tickets*.

El fiscal tomó el álbum de manos de Veriga, y lanzando una mirada furiosa sobre la multitud, como si se dispusiera a tirárselo a algún concurrente a la cabeza, añadió:

—¡Señor teutón, acérquese!

La fornida máscara empezó a abrirse paso a través de la concurrencia. No era empresa fácil: se le manifestaba una hostilidad agresiva. Algunos individuos no se apartaban.

—¡Haga el favor de no atropellarme! —gritó con acento quejumbroso la señora del traje tachonado de estrellas y la media luna de cartón.

—¡Esto es intolerable! —protestó otra máscara fracasada—. ¡Se figura que porque se ha llevado el premio vamos a aguantar sus brutalidades!

—¡Al menos podía ser un poco más fino con las señoras! —refunfuñó una dama a quien el triunfador había tenido que apartar con el codo.

—¡Qué mal educados son estos actores! —exclamó otra dama.

—¡Pero si no me dejan ustedes pasar! —replicó el teutón, haciendo visibles esfuerzos para contener la cólera.

Por fin, con no poco trabajo, logró acercarse a Avinovitsky, que le entregó el álbum.

En el mismo instante la orquesta empezó a tocar la marcha; pero los insultos y las maldiciones de la multitud ahogaron sus triunfales sonos. La gente rodeaba al teutón con intenciones visiblemente hostiles, gritaba, aullaba.

—¡Abajo la careta!

—¡Que se la quite, que se la quite!

El teutón no contestaba. Hubiera podido con facilidad abrirse paso, para lo que le sobraban puños; pero no quería servirse de la fuerza.

El notario Gudayevsky intentó arrebatarse el álbum, sin lograrlo.

—¡Abajo la careta! —seguía gritando la multitud.

—¡Que se la quite, que se la quite!

—¡Yo se la quitaré! —rugió alguien.

Y su mano violenta, sin que el teutón tuviera tiempo de evitarlo, se la arrancó del rostro.

La gente no se había engañado: la fornida máscara era, en efecto, el actor Bengalsky.

—¡Pues bien, soy Bengalsky! —profirió mirando con cólera a la multitud—. ¿Quién me ha dado los *tickets* sino vosotros?

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Todos, no!

—¡La mayoría los traía usted en el bolsillo!

—¿Qué duda cabe?

—¡Como si no conociera una a los actores!

—¡Buenos pájaros están!

—¡Son capaces de todo!

Bengalsky gritó, rojo de ira:

—¡Es una infamia lanzar esas acusaciones! Se puede contar el número de los concurrentes y el de los *tickets*...

—¡Fuera, fuera!

—¡Señores, cálmense! —dijo Veriga—. Les aseguro que se ha procedido, por parte de todos, con la mayor corrección. El número de *tickets* corresponde al número de concurrentes.

—¡Fuera, fuera!

Por fin, con mucho trabajo, los miembros del club lograron poner un poco de orden. Contribuyó mucho a que la gente se aquietase la curiosidad que despertaba el veredicto relativo al premio femenino.

El inspector de escuelas primarias, cuando se lo permitió el silencio del público, habló de esta manera:

—Señores: el premio para el mejor disfraz de mujer le ha sido adjudicado, en virtud del número de *tickets* obtenidos, a la señora vestida de gueicha. Señora gueicha, acérquese usted: el abanico está a su disposición. Señores, tengan la bondad de dejarla pasar...

La orquesta empezó de nuevo a tocar la marcha de honor.

Sacha, turbadísimo, temeroso, de buena gana hubiera huido; pero era imposible. Alguien le empujó hacia delante. Momentos después, el colegial se encontraba ante el jurado. Veriga, sonriendo amablemente, le entregó el abanico. Había que dar las gracias... El colegial hizo una graciosa reverencia, balbució algo ininteligible y se dispuso a retirarse. Mas, en aquel momento, estalló una tempestad de gritos furiosos y se vio rodeado de gentes en actitud nada pacífica, envuelto en un torbellino de hombres y mujeres iracundos.

Intentó en vano abrirse paso hacia la puerta: el muro de seres humanos que le circundaba era infranqueable.

Se oían por todas partes gritos belicosos e injurias.

—¡Abajo la careta!

—¡Que se la quite!

—¡No la dejéis escapar!

—¡Arrancadle la careta!

—¡Quitadle el abanico!

—Es la Kachtanova. La comicucha...

—¡Esa indecente trastornadora de maridos!

—¡Qué escándalo!

—¡La muy suripanta!...

—¡No debemos tolerarlo!

—¡Los hombres son tontos!

—¡Los señores del jurado le deberán favores!

—¡Es muy posible!

La señora Gudayevsky, vestida de espiga, era una de las máscaras más enfurecidas. No contenta con insultar de un modo brutal a la gueicha, se lanzó contra ella con los puños cerrados.

Sacha hacía desesperados esfuerzos para ganar la puerta.

La agresividad de la concurrencia a cada momento era mayor. Aquellos salvajes le arrebataron el abanico y lo hicieron mil pedazos. Luego decidieron arrancarle la careta, en vista de que él se negaba a quitársela. Ni las hermanas Rutilov ni los miembros del club podían llegar a su lado para defenderle, a pesar de sus tenaces tentativas. Hábil, fuerte, se defendía él mismo, dando a diestra y siniestra arañazos y puñetazos, sin dejar un momento de sujetarse con una mano la careta. La sola idea de que lo desenmascarasen y lo reconociesen le inspiraba un terror indecible.

Uno de los que atacaban recibió en pleno rostro un magnífico puñetazo y empezó a echar sangre por las narices.

—¡Mal rayo te parta! —gimió.

Aquello acreció la furia de la multitud.

—¡Hay que escarmentar a esa sinvergüenza! —vociferó Gruchina.

Y parapetándose detrás de Volodin, alargó el brazo y le dio un pellizco feroz a la supuesta actriz.

Un jovenzuelo se agarró a una manga del quimono y la desgarró de arriba abajo.

Sacha gritó:

—¡Socorro!

Pero nadie pudo acudir en su ayuda, y siguió combatiendo él solo con la multitud vil y cobarde.

Manos innobles y brutales se complacían en hacerle nuevos desgarrones en el traje, y por algunos sitios se le veía ya la carne. Ludmila y Daría intentaban llegar hasta él y también fueron agredidas.

Volodin, borracho perdido, le atacaba con terrible saña, aullando y gesticulando. La supuesta actriz no le inspiraba la menor malquerencia; a él le tenía sin cuidado el que le hubieran adjudicado el premio; mas aquel escándalo le divertía, y gozaba en extremo contribuyendo a su magnitud en la medida de sus fuerzas.

Al darle un tirón de una manga al colegial se quedó con ella en la mano.

—¡Mirad qué guapo estoy! —gritó, colocándose en la cabeza a modo de turbante.

Y se dirigió, dando saltos, a la ventana, desde cuyo hueco contemplaba Peredonov la bárbara escena.

El profesor le miró con ojos espantados, como si viese a Satanás brotar de las entrañas de la tierra. Lo que más le asustó fue la tela con que acababa de tocarse.

“¡El principio del fin!”, se dijo, sintiendo que el corazón cesaba de latirle.

XXX

El colegial consiguió al fin, merced a casi sobrehumanos esfuerzos, zafarse de la multitud y salir corriendo al pasillo.

Algunas señoras corrieron en pos del fugitivo; la señora Gudayevsky logró darle alcance y asirle un pliegue del quimono. Él le asestó un puñetazo en la cabeza; pero en aquel momento llegaron otras de sus perseguidoras y empezaron a maltratarle. El pobre muchacho, agotadas las fuerzas, desesperado, llorando de rabia, no sabía ya cómo librarse de aquellas arpías.

Por fortuna, en tan crítico instante, apareció en el corredor el actor Bengalsky, de vuelta de su casa adonde había ido a despojarse de su disfraz y ponerse su traje ordinario. Con el poderoso auxilio de sus puños se abrió paso hasta Sacha. Lo cogió y levantó como una pluma, y con él en los brazos volvió a abrirse paso a través de la aglomeración de furias, y se dirigió a una puertecita que daba al comedor.

La multitud, al ver que se le escapaba su presa, se puso más furiosa aún.

—¡Canalla! ¡Sinvergüenza! —le gritaban a Bengalsky.

Y le pegaban puñetazos en la espalda, le silbaban; pero él seguía su camino, con Sacha en los brazos, como un oso acosado por una jauría.

—¡No os permitiré maltratar a una mujer! —gritaba—. ¡Podéis hacer lo que queráis; pero eso no os lo permitiré!

—¡Que se quite la careta! —aullaban las señoras.

—¡No tienen ustedes derecho a exigirle eso a ninguna máscara!

—¡Se la quitaremos nosotras!

—¡Eso sería una infamia y no lo harán ustedes!

El actor, perseguido por la multitud, llegó a la puertecita del comedor, adonde acudieron en su socorro numerosos miembros del club, con Veriga a la

cabeza.

—¡Señoras, de aquí no pasan ustedes! —dijo, con tono resuelto, el inspector.

La señora Gudayevsky, sin embargo, intentó pasar; pero él la detuvo con una mirada severa y amenazadora.

Bengalsky atravesó el comedor y penetró en la cocina, donde se le proporcionó un gabán para Sacha, a quien dejó en tierra por fin.

—Con esto —le dijo, ayudando a ponérselo— podrá usted salir a la calle sin temor de que la reconozcan.

En seguida bajaron ambos por la escalera de servicio, mal alumbrada y sucia, a una calleja oscura, en cuya medrosa soledad respiró Sacha el aire fresco de la noche con un placer inenarrable.

Cuando los miembros del club consideraron que los fugitivos habían tenido tiempo de evadirse, se retiraron de la puertecita. La multitud se precipitó en el comedor, de donde pasó a la cocina; pero en vano buscó a la gueicha: había desaparecido.

—Ahora lo más prudente —le dijo Bengalsky al colegial— sería que se quitase usted la careta. Puede usted contar con mi discreción...

“¿Quién será —pensaba— esta mujer cuya asistencia al baile ha estado a punto de provocar una tragedia?”

Él sabía que no era la actriz Kachtanova, como creía en el club todo el mundo.

Sacha se quitó la careta.

El actor le miró y se encogió de hombros. No recordaba haber visto nunca aquel rostro moreno, en el que se pintaban, a la vez, el espanto y la alegría de haber sorteado un gran peligro; aquellos ojos negros que brillaban como dos ascuas en la oscuridad...

—¡No encuentro palabras —murmuró Sacha— con que expresarle a usted mi agradecimiento! ¡Sin su intervención sabe Dios lo que hubiera sido de mí!

—¡Pero usted se defendía como una leona!

—Hacía lo que podía...

—Que no era poco, ¿eh?... Porque hay que reconocer que el valor, en usted, va acompañado de una fuerza bastante regular.

—Pues, a pesar de todo eso, si usted no acierta a volver al club esta noche... ¡Qué gente más salvaje!

Bengalsky se preguntaba quién sería aquella muchacha tan brava y tan interesante. Él conocía a todas las señoras y señoritas de la ciudad... Debía de ser forastera y llevar allí poco tiempo. ¿De dónde sería? Aquella tez, aquellos ojos eran meridionales, dignos de una española o de una italiana... Pero ella era rusa, no cabía duda. Su acento no tenía nada de extranjero. ¡Qué profunda y deliciosamente femenina debía de ser, a pesar de su valentía y de sus buenos puños! ¡Había estado adorable en su papel de gueicha! En sus gentilezas y donaires de máscara traviesa había sabido poner toda la inquieta e ingrúvida coquetería, toda la blanca y exquisita perversidad de una figulina de amor. Para eso se necesitaba ser muy mujer.

—Debe usted estar en la calle lo menos posible —dijo el actor—. Es

peligroso. ¿Quiere usted decirme su dirección? Tomaremos un coche.

La linda gueicha le miró con espanto.

—¡Es imposible! —balbució—. Lo siento mucho; pero no puedo decirle mi dirección... por nada del mundo. Además, ya se me ha pasado el susto y puedo ir sola a casa.

—¿Pero cómo va usted a ir sola y a pie, con esos zapatos japoneses? Tiene usted que ir en coche. Yo la llevaré.

—¡No, se lo ruego; déjeme! En un momento estoy en casa. No me pasará nada.

—No, no puedo abandonarla a usted... Le doy mi palabra de honor de que seré discreto. Nadie sabrá nunca por mí... ¡Si va usted a pie y cae enferma, tendré yo la culpa!

—No se preocupe usted... no caeré enferma.

—Además, esos salvajes son capaces, si dan con su pista, de perseguirla por las calles. ¡Ya los conoce usted!

—Sí, ¡son terribles! —contestó Sacha con las lágrimas en los ojos.

Y, tras una corta vacilación, añadió:

—Bueno; lléveme usted a casa de Rutilov; dormiré allí esta noche.

Bengalsky detuvo el primer coche de punto que pasó. Subieron. El actor, a la débil luz de los faroles, miró con fijeza el rostro de la gueicha. Encontraba en él algo extraño. Sacha se turbó y volvió la cabeza a otro lado.

El actor empezó a concebir ciertas sospechas. Se acordó de las habladurías que circulaban por la ciudad respecto a Ludmila y Sacha Pilnikov.

“Ahora —pensó— me explico que la linda gueicha duerma en casa de Rutilov.”

Al pasar el coche por delante de un reverbero, pudo, al cabo, ver bien la cara de la extraña máscara.

—¡Calla! —dijo en voz baja, para que no le oyese el cochero—. ¡Tú no eres una mujer, hermosa gueicha, eres un muchacho!

—¡Por Dios —suplicó Sacha, pálido de horror—, no me pierda usted!

Y juntó las manos y las levantó, en un ademán implorante.

El otro lanzó una alegre carcajada y se apresuró a tranquilizarle.

—¡No tengas miedo, tonto, te guardaré el secreto!

—¿No se lo dirá usted a nadie?

—¡Como si no supiera nada!

—¡Oh, muchas gracias!

—¡Pero se necesita, para lo que has hecho, una osadía...!

—Si yo hubiera sabido lo que iba a sucederme...

—¿Y en tu casa no descubrirán tu escapatoria?

—No. Si usted no lo cuenta, nadie se enterará.

—¿Cuántas veces voy a decirte que puedes confiar en mí? Seré mudo como una tumba. Yo también he sido muchacho y he hecho muchas barrabasadas. ¡No tengas cuidado, amiguito!

Entre tanto, en el club, la gente se había apaciguado. Pero la tranquilidad no duró mucho. Cuando era mayor la animación, cuando la alegría de las máscaras era más ruidosa, ocurrió algo tan inesperado como horrible.

Mientras la gueicha luchaba desesperadamente con la multitud, el trasgo se deslizaba por entre las piernas de Peredonov y no le dejaba tranquilo un instante. De cuando en cuando brincaba a los candelabros, se encaramaba al techo y, desde allí, saltaba al suelo. A veces se subía a los hombros de los concurrentes y clavaba en el profesor una mirada fascinadora, provocativa y burlona.

Peredonov maldecía a aquel ser odioso, que le torturaba con tanta crueldad; maldecía a la multitud, compuesta de mortales enemigos suyos; maldecía al club, donde sucedían cosas tan terribles y extrañas.

Una idea insensata y atroz se le ocurrió de pronto: si le prendiese fuego a aquel edificio siniestro, si lo convirtiese en una inmensa hoguera, se salvaría. En el incendio perecerían el trasgo, Volodin y todos sus demás enemigos. ¡Sí, era la única salvación! ¡Habría que incendiar el club! Era una triste, pero imperiosa necesidad.

Se levantó y pasó a un saloncito contiguo, a la sazón desierto. Luego de mirar en torno suyo, para cerciorarse de que no le acechaba nadie, encendió una cerilla, se agachó, la acercó a la orla inferior de una cortina y esperó a que el lienzo comenzase a arder. Momentos después, el trasgo, en figura de llama, y chillando como una rata, trepó a lo alto de la cortina, ágil y rápido.

Peredonov, entonces, salió de la desierta estancia y cerró la puerta. Nadie le había visto ejecutar el acto criminal.

—¡Fuego! ¡Fuego! —se oyó gritar, a poco, en la calle.

Algunos transeúntes, viendo salir llamas por las ventanas del saloncito, daban la voz de alarma.

—¡Fuego! ¡Fuego en el club!

La alegre multitud, presa de un terror loco, huyó torrencialmente por todas las puertas. Un cuarto de hora después ardía el edificio entero, como una antorcha gigantesca.

Al día siguiente no se hablaba en la ciudad más que del incendio y del escándalo provocado por la gueicha.

Bengalsky cumplió su palabra y no le contó a nadie el donoso final de su aventura con la máscara.

Sacha, cuando el fornido actor lo dejó en casa de Rutilov, se despojó a toda prisa del disfraz, se transformó en el muchachuelo descalzo de algunas horas antes, corrió a su hospedaje, entró por la ventana en su cuarto y se metió tranquilamente en la cama.

En aquella ciudad donde la gente vivía como en casas de cristal, donde los menores detalles de la vida íntima de todo vecino eran públicos, donde nadie podía hurtar nada a la curiosidad insana y malévola de los demás, la correría nocturna del colegial permaneció siempre ignorada, envuelta en un profundo misterio.

Catalina Ivanovna Pilnikova, la tía y tutora de Sacha, recibió dos cartas: una, del director, y otra, de la señora Kokovkina. Lo que se decía en ellas la llenó de angustia: Sacha se había echado a perder. La buena señora decidió ponerse inmediatamente en camino. Había que apartar del borde del abismo a la inexperta criatura.

Con un tiempo endiablado, dejando a merced de las sirvientas su casita aldeana, salió aquella tarde para la ciudad.

Sacha, que la quería mucho, la acogió con gran alegría. Ella, aunque iba dispuesta a armarle un escándalo en cuanto lo viese, no pudo, en el primer momento, dirigirle ninguna palabra severa: el regocijo y la ternura con que el colegial saltó a su cuello y le besó las manos, la desarmaron.

—¡Tiíta querida, qué bien has hecho en venir! —gritaba el muy tuno—. ¡Tenía unas ganas de verte!...

Y contemplaba con filial arrobo la faz redonda y sonrosada de su tía, y sus ojos azules, cuya expresión benigna trataba ella de tornar dura y áspera.

—¡No te alegres tanto! —contestó la dama—. He venido a reñirte.

—¡Ríñeme lo que quieras, tiíta querida! —dijo el colegial con el tono y el gesto tranquilos de un niño de conciencia pura, que no tiene nada que temer—. ¡Por eso no será menor mi alegría!

—¡Eres muy zalamero, Sacha; pero no estoy contenta de ti!

—¿Porqué, tía?

—Porque he sabido cosas tuyas... horribles.

—¿De veras?

—¡Sí, hijo mío; cosas horribles!

Sacha puso la cara de asombro de un niño inocente, para quien las “cosas horribles” no pueden ser sino asesinatos, incendios, sacrilegios y otras atrocidades.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó, cuando su tutora se disponía a concretar sus acusaciones.

—¿Sabes a lo que me refiero?

—¡Me lo figuro! Hay en el colegio un profesor, el señor Peredonov, que está loco y que inventó hace ya tiempo que yo era una muchacha vestida de hombre... Ahora le ha dado por decir no sé qué tonterías de las señoritas Rutilov y de mí. El director me llamó el otro día a su despacho y me sermoneó por mis visitas a esas señoritas. ¡Como si yo fuese a casa de Rutilov a robar!

La señora Pilnikov escuchaba tan ingenuas, tan infantiles explicaciones, y se decía: “Esta criatura sigue igual de inocente que cuando vino de la aldea. Es el Sacha de siempre.” Y no comprendía cómo se le podía suponer capaz de las pecaminosas precocidades que se le achacaban. ¿Acaso estaría ya tan corrompido que simularía la inocencia para que le creyesen víctima de una calumnia? ¿Sería posible que aquellos ojos, aquella voz, aquel rostro mintiesen?

La buena señora se encerró con la vieja Kokovkina y tuvo con ella una larga conferencia. Después, triste y perpleja, se fue a casa del director.

Su conversación con el señor Jripach desvaneció todas sus dudas. Volvió a casa de Kokovkina llorando, convencida de que su sobrino no era ya, ni muchísimo menos, como ella se había figurado, “el Sacha de siempre”.

—¡Parece mentira! —le dijo—. No sólo haces cosas horribles, que debían avergonzarte, sino que, además, eres un embustero, un hipócrita.

Él lloraba a lágrima viva y seguía manifestando el asombro de un muchachito que no sabe de qué se le acusa.

—Yo no he hecho ni hago nada malo con las señoritas Rutilov —aseguraba—. Todo lo que te han contado es mentira.

—¿Qué interés puede tener nadie en hacer creer eso de ti?

—¿No te he dicho que lo ha inventado todo el loco de Peredonov?

La señora Pilnikov no creía ya nada de lo que su sobrino decía. Siguió riñéndole y llorando como una Magdalena.

—¡Te voy a dar una paliza —le amenazó con voz plañidera— que te va a dejar para toda la vida recuerdo de mí, pícaro!

—¡Yo no he hecho nada malo, tiíta!

—¿Habrás visto hipócrita?... Cualquiera que no conociese su vida y milagros le tomaría por un querubín, por un santo...

—¡Te juro que todo es una pura invención, una calumnia infame!

Los sollozos entrecortaban la voz del colegial. Su tía, severa, implacable, como un juez que no se deja impresionar por las lágrimas, se levantó y puso fin al luctuoso diálogo con estas palabras:

—¡Hasta luego! Voy a hacerles una visita a las señoritas Rutilov.

La buena señora, mientras esperaba en la sala a las hermanas del currutaco profesor, perdió no pocos de sus bríos. Había ido con la firme decisión de hacerles a las tres muchachas reproches crueles y hasta llevaba preparadas una porción de frases duras. Pero el aspecto plácido y coquetón de la estancia le inspiraba dudas en lo referente a la culpabilidad de las acusadas y aplacaba su cólera.

La sala, elegantemente amueblada y decorada, denotaba la innata distinción de las jóvenes. Sobre algunas butacas se veían bastidores con primorosos bordados sin acabar. Los cuadros, las plantas, los *bibelots* eran de un buen gusto exquisito. Todo estaba limpiísimo. Había allí un “no sé qué” de casa seria y honorable. “¿Es posible —se preguntaba la señora Pilnikov— que unas muchachas distinguidas, bien educadas, de una refinada cultura se complazcan en pervertir a un colegial?”

A medida que su espera en aquella sala se prolongaba, iba inclinándose a creer que lo que le habían contado carecía de fundamento, era una fantasía absurda. Quizá Sacha dijera la verdad cuando aseguraba, con las lágrimas en los ojos, que no había nada de malo en sus relaciones con las señoritas Rutilov. Acaso fuera cierto que se limitaban a recitar versos, a charlar, a bromear, a solazarse, en fin, de un modo inocente. Si la señora Kokovkina había sorprendido a Sacha vestido de mujer una tarde en la habitación de Ludmila, él había explicado que se trataba del ensayo de una función de aficionados, en la que se le había asignado un papel de muchacha.

La visita de la señora Pilnikov asustó mucho a las tres hermanas. “¿Se habrá enterado —pensaron— de la escapatoria de Sacha y de lo que le pasó en el baile?” Pero no tardaron en cobrar ánimos: sabrían, de seguro, salir triunfantes de la prueba.

Antes de acudir a la sala se reunieron las tres en la habitación de Ludmila, donde deliberaron durante largo rato, en voz baja, como si temiesen que la señora Pilnikov pudiera oírlas:

—¡Vamos! —dijo, por fin, Valeria—. No es cortés hacerla esperar tanto tiempo.

—No importa —contestó Daría—. Al contrario, conviene que se le enfríe un poco la sangre. Así no caerá sobre nosotras con tanta violencia.

A los pocos momentos entraron en la sala, perfumadas con finas esencias, coquetonamente vestidas, tranquilas, alegres, y la estancia se llenó al punto de la deliciosa música de sus risas y de la cristalina algarabía de su charla.

La señora Pilnikov las escuchaba y las contemplaba encantada.

“¡Y hay quien considera capaces a estas criaturas —pensaba— de tales horrores! A los señores pedagogos se les ocurren a veces unas cosas!...”

Pero luego se preguntó si las tres hermanas no estarían representando una comedia, haciéndose, para engañarla, las infantiles, las ingenuas. Sería más prudente desconfiar un poco. Se mantendría grave, severa, y no se dejaría engañar.

—Les ruego a ustedes, señoritas, que me perdonen el haber venido a su casa sin tener el gusto de conocerlas —dijo, esforzándose en hablar con la mayor sequedad posible—. La necesidad de pedirles ciertas explicaciones...

Las jóvenes fingieron no haberse dado cuenta de que se trataba de un asunto grave, y siguieron muy amables con ella.

—¡Estamos a su disposición, querida señora! ¿No estaría usted mejor en esa butaca?

—¿Quién de ustedes tres...? —inquirió, confusa, la tía de Sacha, no sabiendo cómo entrar en materia.

No encontraba palabras con que terminar la pregunta. Ludmila, con la cortés solicitud de una amable ama de casa que acude en socorro de su visitante al verle en una situación embarazosa, preguntó, sonriendo:

—Quiere usted saber quién de nosotras tres es la más amiga de su sobrino, ¿verdad?

—Sí, en efecto...

—La más amiga soy yo. Es tan bien educado y de unos gustos tan finos, que me encanta charlar con él.

—¡Es un chiquillo tan simpático!... —dijo a su vez Daría, segura de que el cumplimiento halagaría mucho a la dama.

—¡Sí, es una criatura encantadora! —confirmó Valeria—. ¡Y muy inteligente!

La señora Pilnikov había comprendido, de pronto, que no tenía nada concreto que reprocharles a las amables jóvenes, y estaba a cada momento más arrepentida de haber ido a pedirles, como les había dicho, “ciertas explicaciones”. ¿Qué explicaciones iba a pedirles? ¿Qué acusaciones podía formular contra ellas? ¿Qué crímenes habían cometido?

—No considero necesario advertirles a ustedes —balbució, turbadísima— que yo las creo...; pero me han contado unas cosas...

—¡Ah! Ya me figuro cuál es el asunto de que quiere usted hablarnos —la interrumpió Daría—. ¡Sin duda, han llegado a sus oídos las estúpidas invenciones del señor Peredonov! Sabrá usted que está loco...

—Sí; creo haber oído...

—¡Completamente loco, señora! Con decirle a usted que el director le ha suplicado que deje de ir al colegio...

—¡Pobre hombre!

—El director ha dirigido un oficio al Ministerio de Instrucción Pública solicitando que se le someta a un reconocimiento psiquiátrico... Padece manía persecutoria.

—¡Qué horror!... Pero perdone usted; no se trata del señor Peredonov, sino de mi sobrino. Personas que merecen crédito me han asegurado que ustedes..., perdonen la expresión..., le pervierten...

La tía de Sacha se arrepintió al punto de haber pronunciado esta palabra. “He ido demasiado lejos —pensó—. No debía haber sido tan explícita”.

Las tres hermanas se miraron, pintados en el rostro un asombro y una indignación tan bien fingidos, que la buena señora acabó de desconcertarse. Muy coloradas, prorrumpieron las tres a la vez en exclamaciones de cólera:

—¡Eso es demasiado!

—¡Qué atrocidad!

—¡Qué infamia!

Luego, Daría se encaró con la señora Pilnikov, y poniendo en su acento una frialdad glacial, habló de esta manera:

—Señora: debía usted medir un poco sus palabras. Antes de formular acusaciones tan graves hay que cerciorarse de que son fundadas. Se trata nada menos que de nuestra reputación, de nuestro honor...

—Me hago cargo, señora —dijo a su vez Ludmila, con el tono de una persona justamente ofendida, pero que sabe perdonar—, del estado de su alma. Usted quiere mucho a Sacha, le adora; sólo piensa usted en hacer de él un hombre digno, honrado, ¡y de pronto le cuentan a usted esos horrores!... Es natural que pierda usted los estribos. ¿A qué madre, pues Sacha es para usted un hijo, no le pasaría lo mismo?... Una cosa tan inocente como nuestro cariño a su sobrino que es un muchacho encantador y se gana las voluntades, ha servido de base para que los murmuradores de esta ciudad abominable se forjen todo un crimen. Si usted conociera a esa gentuza no le daría ninguna importancia a sus habladurías...

—¡Sí, es una gente repugnante! —murmuró Valeria, estremeciéndose de pies a cabeza como al contacto de algo impuro.

—Además —propuso Daria—, puede usted preguntarle a Sacha; es demasiado franco, demasiado ingenuo, demasiado niño para engañarla. Es asombroso lo niño que es aún..., lo puro, lo candido. ¡Y pensar que hay gente capaz de sospechar...! ¡Vivimos en un nido de víboras!... Ni un santo se libraría aquí de las más infames calumnias.

Las tres hermanas mentían con un aplomo tal, que era imposible no dar crédito a sus palabras. La mentira, a veces, posee más apariencias de verdad que la verdad misma, inverosímil a menudo.

—Sí, lo confesamos —continuó Daria tras un corto silencio—, venía a casa con frecuencia, quizá con demasiada frecuencia. El pobre muchacho prefería nuestra conversación a los juegos brutales de sus compañeros. Desde hace algún tiempo apenas viene. Si las habladurías siguen, nos veremos en la precisión de dejar de recibirle... Lo sentiríamos mucho; pero... hágase usted

cargo...; se trata de nuestro honor, sin mancha hasta ahora.

—Esta misma tarde iré a ver al señor Jripach —dijo Ludmila—. Él ha sido, sin duda, quien le ha contado a usted esa atrocidad. ¡No estoy dispuesta a tolerar!...

—El señor director —interrumpió la tía de Sacha— se ha limitado a lamentarse de que circulen por la ciudad esos rumores..., con los que pierde mucho el prestigio del colegio... No me ha dicho que sean verídicos.

—¿Ve usted? —gritó con alegría Ludmila—. El propio director opina que se trata de una calumnia. Es demasiado inteligente para suponer otra cosa. Nos conoce y, lo que es aún más importante, conoce a la gente de esta ciudad.

La señora Pilnikov escuchaba a las tres hermanas y se sentía a cada momento más confusa. A medida que oía las protestas de las lindas jóvenes iba afirmándose en la idea de que toda aquella historia era una estúpida invención de los desocupados de la ciudad, sin fundamento alguno. La prueba era —tenía razón la gentil amiga de Sacha— que el propio director no parecía darles crédito, y sólo por lo que tenían de dañosos para el prestigio del colegio se preocupaba de ellos.

Ludmila, Daría y Valeria siguieron protestando durante largo rato contra “la infame calumnia”, como actrices hábiles y concienzudas. Parecían tan dolorosamente sorprendidas ante la terrible acusación y tan indignadas, que se necesitaba ser de piedra para no conmoverse oyéndolas.

A fin de convencer definitivamente a la señora Pilnikov del carácter puro e inocente de sus relaciones con Sacha, manifestaron la intención de contarle, sin omitir detalle, cómo pasaban el tiempo cuando el colegial iba a verlas. Pero, después de algunas tentativas no muy afortunadas, desistieron de su propósito: no era posible recordar, como si tuvieran importancia, una infinidad de detalles minúsculos, a los que nunca se les había concedido ninguna.

La tía de Sacha acabó por convencerse de que aquellas lindas señoritas, tan bien educadas, tan distinguidas, eran víctimas de un innoble falso testimonio.

Al irse, las abrazó a las tres y les dijo:

—Veo que son ustedes unas excelentes muchachas a quienes no se les puede reprochar nada. Debo confesarles que, antes de conocerlas, mi concepto de ustedes era muy distinto.

Las tres hermanas se echaron a reír.

—Me lo figuro —contestó Ludmila.

—Parece mentira que haya lenguas tan venenosas.

—Como no nos tratamos con ella y no le ocultamos nuestro desprecio, cierta gente de esta ciudad se venga de nosotras desollándonos vivas.

Cuando llegó a casa de Kokovkina, la señora Pilnikov se limitó a decirle a Sacha:

—¡Hola, granuja!

El colegial, confuso, inquieto, no se atrevió a mirarla de frente.

La buena señora volvió a encerrarse con Kokovkina y celebró una nueva conferencia con ella. “Mañana —pensó, cuando la hubo terminado— iré otra vez a casa del señor Jripach.”

Ludmila se le adelantó y fue aquel mismo día a ver al director. Luego de charlar en la sala unos cuantos minutos con su mujer, se levantó y dijo:

—¿Quiere usted pasarme al despacho de su marido? Esta visita es para él. Tengo que hablarle de un asuntillo.

Su conversación con el señor Jripach fue muy animada, con tanto más motivo cuanto que los dos interlocutores eran en extremo parlanchines. Ludmila estuvo elocuente, persuasiva. Hizo enérgicas protestas de inocencia, habló largamente del carácter de sus relaciones con Sacha.

—No se trata de mí —decía—. Todas esas habladurías me hubieran tenido en absoluto sin cuidado, a no ser por ese pobre Sacha Pilnikov, a quien la gente se atreve a acusar de semejantes ignominias. Mi crimen consiste tan sólo en haberle manifestado cierto cariño. Mis hermanas y yo creímos poder reemplazar, en cierto modo, a la familia de que el pobrecito carece. Además, es tan simpático, tan dulce, tan ingenuo, que es imposible no quererle.

La emoción llegó a hacerle llorar; trémulas lagrimitas empezaron a deslizarse por sus mejillas sonrosadas.

—Sí, lo confieso; le quiero como a un hermanito. Él también me quiere como a una hermana mayor...

—No hay nada reprochable en eso...

—La gente sin corazón, sin nobleza de alma puede encontrarlo pecaminoso.

El director, visiblemente turbado, trató de tranquilizar a la joven.

—¡Cálmese, querida señorita! Líbreme Dios de poner en duda la nobleza de los sentimientos que le inspira a usted ese niño. Bien sé que usted y sus hermanas son unas muchachas bien educadas, distinguidas... ¡Siempre lo he afirmado?

—Es monstruoso, sí, señor; monstruoso el suponer que yo...

—Créame usted, señorita; yo nunca he dado oído a esas habladurías... Me he considerado, eso sí, en el deber de noticiarle a la señora Pilnikov que su sobrino andaba en lenguas; pero no he formulado la menor acusación contra usted. No debe usted, pues, tomar la cosa por lo trágico.

A pesar de estas explicaciones, Ludmila no deponía su actitud de virgen calumniada, y seguía vertiendo lágrimas.

—¿Quiere usted decirme —preguntó con acento de dulce reproche—, qué hay de malo en que haya despertado en nosotras cierto interés ese pobre niño, brutalmente ofendido por Peredonov, el loco peligroso, contra toda prudencia no encerrado aún?

Se interrumpió breves instantes para enjugarse las lágrimas, y prosiguió:

—¿Acaso no se da usted cuenta de que Pilnikov es un niño puro, sin malicia, de que se necesita ser un monstruo para acusarle de ciertas cosas? Sólo seres como Peredonov son capaces de propalar mentiras tan infames...

De nuevo se llevó a los ojos el fino pañuelo perfumado. El director aspiró con delicia la exquisita fragancia que flotó un momento en el aire, miró la mano blanca y delicada de la joven y sintió un violento deseo de cubrirla de besos. De buena gana hubiera dicho, con aquella mano divina entre las suyas: “¡Ludmila, es usted bella como un ángel! ¡No lllore usted! ¡Esta estúpida historia no vale una lágrima de sus hermosos ojos!” Pero, naturalmente, dominó sus impulsos y siguió escuchando los argumentos de Ludmila contra

las invenciones de Peredonov. Estaba dispuesto a creer cuanto le dijese. Al fin y al cabo, no tenía gran interés en conocer la verdad. Prefería creer lo que le contaba Ludmila a creer lo que le referían sus acusadores. El dar crédito a lo que la joven llamaba calumnias le costaría algunos disgustos y le obligaría quizá a contestar, en son de disculpa, a algún oficio inculpatorio de sus superiores. Además, él había afirmado, en los partes acerca de Peredonov, que el profesor estaba loco, y si ahora daba crédito a sus invenciones, se desmentiría a sí mismo.

—Lamento de todo corazón —le dijo a la dulce amiga de Sacha— que este enojoso asunto haya sido causa para usted de desazones y de angustias. Créame usted, señorita, ni por un instante he pensado nada malo en lo relativo al carácter de sus relaciones de usted con Sacha Pilnikov. Por el contrario, aprecio en lo mucho que valen los nobles sentimientos que ese muchacho le inspira a usted, y he considerado siempre viles calumnias los estúpidos rumores que acerca de ustedes circulan por la ciudad. Y si, a pesar de eso, le he escrito a la señora Pilnikov poniéndola en autos de tan despreciables habladurías, ha sido tan sólo porque me creía en el deber de prevenirla, temeroso de que llegasen, como verídicas, a sus oídos. Siento mucho que ella haya interpretado mal mi aviso y le haya dirigido a usted reproches de todo punto injustificados. Si yo hubiera supuesto, cuando ha estado aquí esta mañana, que después iba a permitirse...

—Nos hemos reconciliado —interrumpió, risueña, Ludmila—, y somos muy buenas amigas. La excelente señora es demasiado inteligente para no dejarse convencer por la razón...

—Y demasiado torpe para interpretar como es debido lo que yo le he escrito y le he dicho.

—La pobre quiere tanto a Sacha, que, por lo visto, se ha ofuscado...

—Gracias a que ha dado con ustedes.

—Nos hemos hecho cargo de su estado de ánimo... Espero, señor director, que no le reñirá usted al pobre Sacha... Él no tiene culpa de nada. Si considera usted nuestra casa tan peligrosa para él, dejaremos de recibirle...

—Yo no me opongo, en modo alguno, a que Sacha visite de cuando en cuando, con permiso de su tía, a las familias que quiera. Nada más lejos de mi ánimo que prohibirle la entrada en casa de ustedes. Pero creo, sin embargo, que mientras no se evidencie la locura del señor Peredonov, lo mejor será que el muchacho no haga visitas.

Poco tiempo después, un trágico acontecimiento ocurrido en casa de Peredonov rehabilitó ante la opinión pública a Sacha y a Ludmila. Tal acontecimiento convenció de una manera plena a todo el mundo de que las historias que el profesor contaba acerca de uno y otro no eran sino invenciones de la imaginación de un loco.

XXXII

Una tarde fría y nublada, Peredonov volvía muy triste de casa de Volodin. Al pasar por delante de la de Verchina vio a la viuda asomada a la puerta, y no queriendo saludarla, se hizo el distraído; pero ella lo llamó.

—¡Entre usted un momento! —le dijo con mucho misterio—. Tengo que contarle una cosa.

Por las avenidas húmedas, cubiertas de hojas amarillas, del jardín, se dirigieron al cenador. Allí la humedad no era menor que en las avenidas. Se veía por la ventana, a través de la arboleda desnuda, la casita gris, como dormida en la invernal melancolía de la tarde.

—Quiero abrirle a usted los ojos —dijo Verchina con tono confidencial, rehuendo la mirada del profesor.

Envuelta en una manteleta negra, fumaba, como siempre, y lanzaba grandes bocanadas de humo.

—¡Quiero decirle la verdad! —añadió.

—¡Métase usted la verdad donde le quepa!

—No, no... ¡Quiero decírsela! ¡Me da usted mucha lástima!

—¿Lástima? ¿Por qué?

—¡Porque le han engañado a usted de un modo indigno!

Había en la voz de la viuda al decir esto una alegría malévolamente triunfante.

—Usted se ha casado contando con la protección de la princesa, ¿verdad?... ¡Pues ha sido usted víctima de un timo! Es usted demasiado crédulo, demasiado cándido. Le enseñaron una carta y usted se creyó en posesión de un tesoro, o poco menos, olvidando que las personas con quienes andaba usted en tratos no merecían su confianza. Permítame que se lo diga: Varvara es una mujer que no se detiene ante ningún obstáculo.

La viuda hablaba en voz baja, mirando de cuando en cuando la puerta, temerosa de ser oída por algún indiscreto. La idea de que Varvara pudiera enterarse de la conversación la estremecía. ¡Qué escándalo le armaría, Dios santo!

Peredonov la escuchaba y se esforzaba en desentrañar el sentido de sus palabras; pero el desbarajuste de su cabeza no se lo permitía. Aunque desde que se había descubierto la falsificación de las cartas se hacían frecuentes alusiones en su presencia a tal engaño, él no adivinaba la verdad; estaba convencido de que las cartas habían sido escritas, en realidad, por la princesa; no sospechaba, ni remotamente, que fueran falsificadas. El que el ansiado nombramiento no llegase nunca lo achacaba a que la princesa, una sinvergüenza, persiguiendo fines misteriosos, no quería ya protegerle.

Por más que ella hubiera preferido no decirle claramente de qué se trataba y hacerse entender sólo con alusiones, Verchina decidió, viendo que no entendía su lenguaje velado, hablarle con toda claridad.

—¿Usted cree —prosiguió— que fue la princesa quien escribió las cartas? ¡Qué ciego está usted, Ardalion Borisovich! Todo el mundo sabe en la ciudad que fue Gruchina quien las escribía, a petición de su mujer. La princesa no les ha escrito nunca ni a usted ni a Varvara. La misma Varvara lo ha confesado, y Gruchina también. ¡Pregúnteselo usted a quien quiera y se convencerá! Para que en caso de un escándalo no existan pruebas, Varvara le ha robado a usted

las cartas y las ha quemado.

Una idea inquietante nació en el cerebro, cada día más débil y torpe, de Peredonov. De todo aquello sólo había sacado en limpio una cosa: que le habían engañado. ¿Quién? ¿La princesa? ¿Varvara? ¿Gruchina?... Todas eran unas mujeres peligrosas, unas canallas, que sólo pensaban en perderle. ¡Qué lástima que la princesa no se hubiera hallado en el club la noche del baile! Hubiera ardido viva. ¿O acaso aquella vieja bruja no le temería ni al fuego? Era muy posible. Quizás, incluso estuviera en el club aquella noche; juraría él que la había visto entre las llamas, que la había oído gritar, gemir... ¡Sí, sí, ahora se acordaba! Con sus propios ojos la había visto arder como una antorcha; pero la vieja bruja había, sin embargo, salido de la inmensa hoguera sana y salva y ahora se vengaba.

De pronto, el profesor sintió invadir su corazón una ola de cólera furiosa. Se levantó de un salto, dio un tremendo puñetazo en la mesa y echó a correr, sin despedirse de Verchina. Su idea dominante era que le habían engañado. ¡No quedaría impune esta nueva canallada!

Verchina le siguió con la mirada, llena de alegría malévolas, envuelta en nubes de humo.

Peredonov llegó a su casa ahogándose de ira; pero apenas vio a su mujer se aterrorizó y no pudo pronunciar una palabra, como si la lengua se le hubiera paralizado.

Al día siguiente, cuando se levantó, se metió en el bolsillo un cuchillo con vaina de piel y se fue a casa de Volodin, con quien pasó toda la mañana, mirándole trabajar y diciendo de cuando en cuando cosas tan estúpidas, tan sin sentido, que hasta a Volodin desconcertaban.

Cuando el profesor volvía a su casa, a la hora de almorzar, vio que iba el trago en pos de él: también el diabólico ser se había salvado de las llamas, en el incendio del club, y su osadía, su insolencia, su malignidad habían subido de punto. Entró tras él cuando la criada abrió la puerta, le siguió por el pasillo, y durante el almuerzo no le dejó tranquilo un instante. Después de almorzar, Peredonov se retiró a su gabinete a dormir un ratito; pero le fue difícilísimo conciliar el sueño: los ojillos del trago, brillantes como dos lucecitas verdes, le miraban malignos, burlones; en vano él volvía los suyos a otro lado o los cerraba: la mirada insolente, provocativa del diabólico ser, seguía atormentándole.

Conciliado, por fin, el sueño, turbáronsele terribles pesadillas. Como acorralado por numerosos enemigos, lanzaba gritos de horror, agitaba los brazos, apretaba los puños, rechinaba los dientes.

Había invitado a cenar a Volodin, que no se hizo esperar.

La noche era triste, desapacible. Gemía el viento en la chimenea. Se oía en la calle el monótono rumor de la lluvia. Los cristales de las ventanas, tras los que reinaban las tinieblas, parecían negros.

—¡Cierra la puerta con llave! —le gritó Peredonov a la criada—. Y si llaman, no abras.

Varvara se sonrió.

—¡A ver si me dejan en paz! —refunfuñó el profesor, sin dirigirse a nadie, como hablando consigo mismo—. Esta tarde ha entrado en mi despacho una campesina de nariz corva... Venía a ofrecerme sus servicios en calidad de cocinera. Luego, han entrado otras mujeres y dos o tres hombres. ¡Estoy harto!

Varvara y Volodin se miraron.

Él lo advirtió, y el miedo se enroscó, como una serpiente, a su corazón.

Sentáronse los tres a la mesa, y antes de empezar a comer se bebieron unas cuantas copas de vodka.

Peredonov sentía la cabeza pesada y lo veía todo como a través de una espesa niebla. Ideas vagas, confusas le atormentaban. Volodin, que ocupaba el sitio frontero al suyo, tan pronto era a sus ojos un carnero como un ser humano; pero en todo instante le parecía hostil, amenazador, dispuesto a acometerle. ¡Qué chasco iba a llevarse si le creía descuidado, ignorante de sus intenciones!... No había que darle vueltas: era necesario matarle, librarse de una vez para siempre de aquel terrible enemigo. Había que matarle en seguida; aún era tiempo... Después, sería demasiado tarde. No había otra manera de frustrar sus maquinaciones criminales.

El maestro de ebanistería empinaba el codo de lo lindo y se emborrachaba a ojos vistas. Decía tonterías incoherentes que hacían reír a Varvara. Peredonov casi no le atendía. Miraba sin cesar a la puerta como si tuviera temor de que entrase alguien.

—¿Quién hay ahí? —preguntaba a cada momento—. Oigo ruido en el corredor... Si viene alguien, que le digan que no estoy en casa.

Temía que le impidiesen realizar su proyecto.

Varvara y Volodin creían que se le había subido el vino a la cabeza. Y para divertirse inventaron un juego: alternativamente salían al corredor, llamaban a la puerta y gritaban, fingiéndola voz:

—¿Está el general Peredonov?

—¡Traigo una condecoración para el general Peredonov!

Pero el profesor, creyendo que, en efecto, eran visitas, vociferaba:

—¡No les dejéis entrar! ¡Echadlos! ¡Que vengan mañana si quieren verme! ¡Hoy no recibo a nadie!

—Bueno —dijo Volodin una de las veces que hizo de visitante, entrando y sentándose frente a él—. Ya se han ido. Les he rogado que vuelvan mañana.

Peredonov le miró fijamente y le preguntó:

—¿Qué quieres de mí? Dímelo con franqueza ¿Por qué quieres perderme? ¿Por qué eres mi enemigo?

Volodin soltó la carcajada, cambió una mirada burlona con Varvara y contestó:

—Te engañas, Ardalion Borisovich; no te deseo ningún mal. Al contrario, soy tu más leal amigo.

—¡A otro perro con ese hueso!

—¿Lo dudas? Pues, para probártelo, voy a beber a tu salud.

Hasta el último instante, Volodin estuvo muy tranquilo, sin sospechar ni remotamente que Peredonov se propusiera asesinarle. Sus numerosas

libaciones habían aumentado su buen humor, y hacía muecas cómicas y decía disparates, que provocaban la risa de Varvara.

Peredonov pensaba, con homicida complacencia, en el cuchillo de que se había armado aquella mañana. Cuando Varvara o Volodin se le acercaban por el lado del bolsillo en que lo llevaba, gritaba furioso:

—¡Largo, largo! ¡Me dais calor!

En un momento de humorismo macabro le dijo a Volodin, señalándose al bolsillo:

—¡Qué salto pegarías si vieras lo que llevo aquí!

—¡Sin necesidad de ver nada, Ardalion Borisovich —le contestó, riéndose, el maestro de ebanistería—, saltaré todo lo que quieras!

Y, en efecto, se puso a saltar muy cerca de él, gesticulando como un mico.

El profesor se imaginó que iba a matarle.

Durante unos cuantos segundos, le miró con ojos espantados; luego, súbitamente, se levantó, sacó el cuchillo, se lanzó sobre Volodin y se lo clavó en la garganta, de la que brotó un chorro de sangre.

Horrorizado, con los ojos fuera de las órbitas; dejó, al punto, caer el cuchillo. Volodin empezó a hipar, palideció de un modo horrible y se llevó instintivamente las manos a la herida. Después abrió los brazos y se desplomó sobre su matador.

Peredonov lanzó un grito de espanto y rechazó el cuerpo ensangrentado, que cayó pesadamente en tierra.

Tras una brevísima agonía, el pobre muchacho exhaló el último suspiro.

Varvara empezó a gritar con todas sus fuerzas y la criada acudió corriendo.

—¡Dios mío, lo ha asesinado! —gritó, loca de terror.

En aquel momento salió el gato de debajo del sofá, y sus terribles ojos azules se clavaron en el profesor. Casi al mismo tiempo surgió, no se sabe de dónde, el trasgo, y también clavó en el profesor sus ojillos burlones, todo estremecido de risa.

La noticia del asesinato corrió como un rayo por toda la ciudad, y la multitud se agolpó ante la casa del asesino. Algunos curiosos se atrevieron a entrar, y llegaron hasta la cocina; pero durante largo rato ninguno se atrevió a acercarse al comedor, donde yacía, en medio de un charco de sangre, el maestro de ebanistería.

Por fin los más valientes se acercaron y vieron a Peredonov, sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos, balbuciendo no se sabe qué...

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>